

*©2003 Asociación Argentina de Psicología  
y Psicoterapia de Grupo*

***Redacción y administración:***

Arévalo 1840 - Capital Federal  
E-mail: secretaria@aappg.org.ar  
Telefax: 4774-6465 rotativas

***ISSN 0328-2988***

Registro de la Propiedad Intelectual N° 237246  
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Derechos reservados  
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

***Producción gráfica:***

Ediciones PubliKar. Tel: 4743-4648

***Diseño de tapa:***

Curioni Producciones. Tel: 4822-6982

# TOMO XXVI Número 2 - 2003

Afiliada a la Federación Latinoamericana  
de Psicoterapia Analítica de Grupo,  
a la American Group Psychotherapy Association,  
y a la International Association  
of Group Psychotherapy

## *DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES*

### *Director:*

Dr. Carlos Pachuk

### *Secretaria:*

Lic. María Isabel Pazos de Winograd

### *Comité Científico:*

Lic. Bernardo Katz

Dr. Carlos Pachuk

Lic. María Isabel Pazos de Winograd

### *Consejo de Publicaciones:*

Lic. Alicia Barón de Dayan

Lic. Mirta Segoviano

Dra. Graciela Ventrici

### *Comité Asesor:*

Lic. Elina Aguiar

Dr. Isidoro Berenstein

Lic. Susana Matus

Lic. Gloria Mendilaharsu

Dra. Janine Puget

Lic. Rosa María Rey

Lic. Mirta Segoviano

Dra. Graciela Ventrici

### *Corresponsales en el exterior:*

Lic. Myriam Alarcón de Soler,  
Bogotá, Colombia.

Prof. Massimo Ammaniti, Roma, Italia.

Prof. Dr. Raymond Battagay, Basilea, Suiza.

Dra. Emilce Dio Bleichmar, Madrid, España.

Dr. Joao Antonio d'Arriaga, Porto Alegre, Brasil.

Dr. Rafael Cruz Roche, Madrid, España.

Dr. Alberto Eiguer, París, Francia.

Dr. Marco A. Fernández Velloso, San Pablo, Brasil.

Dr. Arnaldo Guter, Madrid, España.

Dr. Max Hernández, Lima, Perú.

Lic. Gloria Holguín, Madrid, España.

Dra. Liliana Huberman, Roma, Italia.

Lic. Rosa Jaitin, Lyon, Francia.

Prof. Dr. René Kaës, Lyon, Francia.

Prof. Dr. Karl König, Göttingen, Alemania.

Dr. Mario Marrone, Londres, Inglaterra.

Prof. Menenghini, Florencia, Italia.

Prof. Claudio Neri, Roma, Italia.

Dra. Elvira Nicolini, Bologna, Italia.

Lic. Teresa Palm, Estocolmo, Suecia.

Dr. Saúl Peña, Lima, Perú.

Lic. Martha Satne, Pekin, China.

Dr. Alejandro Scherzer, Montevideo, Uruguay.

Dr. Alberto Serrano, Honolulu, Hawaii.

Dra. Estela Welldon, Londres, Inglaterra.



# COMISIÓN DIRECTIVA

**Area Ejecutiva**

# **Editorial**

Iniciamos este mensaje lamentando el fallecimiento del Dr. Marcos Bernard, destacado psicoanalista vincular, líder científico de nuestra Institución y querido ser humano, tal como lo señalan los extensos comentarios que publicamos a continuación en las emotivas despedidas de Janine Puget y las colegas mendocinas.

Este número se gesta en un momento especial de la AAPPG, cuando por primera vez, y luego de una intensa participación del colectivo, la gran mayoría de los miembros eligió por sufragio a una Comisión Directiva. Acontecimiento que denota una apertura de perspectivas en la cultura institucional.

Algunas cuestiones comienzan a girar respecto al rol proactivo de los integrantes de la institución y al lugar que otorgamos al psicoanálisis y a otras prácticas y teorías tanto entre nosotros como en la comunidad científica y social.

En la Asociación se acentúa un perfil alejado del sistema saber-poder que, sin negar nuestra valiosa historia, apunta hacia un pensar que orilla en senderos instituyentes, problemáticas que aparecen parcialmente expresadas en estas páginas donde autores de filiaciones diversas han respondido a esta convocatoria.

También hubo cambios en nuestra Revista: luego de varios años de eficiente tarea despedimos con gratitud a las Licenciadas Nora Rivello y Diana Dorín, quienes han pasado a organizar con gran entusiasmo el nuevo espacio de la informática, a su vez incorporamos al staff al Lic. Bernardo Katz y la Lic Marisa Winograd fue designada en el cargo de secretaria.

Respecto a los trabajos publicados, éstos nos conducen a un debate acerca ¿de qué psicoanálisis? y ¿de qué vínculo? se trata, según nos ubiquemos en el horizonte de la representación, del devenir o de la complejidad, por citar tres líneas diferentes.

Por ejemplo ¿cuál es el estatuto de la presencia, de la otredad, del signo, del sí mismo, del entre, en cada postura? ¿Por

qué han adquirido tanta importancia los filósofos en el psicoanálisis vincular, especialmente los deconstructivistas?

Lo cual conlleva a esa «extraña boda», siguiendo a Mónica Vaqué, entre la clínica y la filosofía. ¿Será que la desterritorialización implica al mismo tiempo una percolación? (formas de impregnación y penetración múltiple de las culturas y los sujetos, concepto de Mario Rivas) y estos imaginarios no son ajenos a los psicoanálisis.

Este espacio está concebido como un encuentro sobre distintas versiones de las teorías vinculares, «plusvalía de lecturas» según José Milmaniene, quien afirma «busquemos en las diferencias, en la confrontación de textos y en las fricciones, un valor».

En la diversidad se intuye la tensión de un giro kepleriano y no copernicano, es decir que la idea de elipse supera a la idea de centro.

Después de veinte siglos la metafísica comienza a declinar como filosofía dominante a partir de la posmodernidad; concluida ésta nos encontramos, siguiendo a Rodríguez Magda, en la transmodernidad (transformación, transexualidad) y nadie sabe a ciencia cierta hacia dónde caminamos y qué efectos se producen en los psicoanálisis. ¿Otras técnicas? ¿Otras clínicas?

Así podemos leer varios escritos en ese sentido:

Mónica Vaqué plantea «no es lo mismo pensar en vía del descubrimiento que en clave de invención», problemática que en términos de esta Revista surge entre ampliación o perspectiva, y agrega «La idea de alteración sin tope anticipable es una de las formas en que lo inconmesurable nos muerde los talones».

Algo en esa dirección plantea Susana Matus con su trabajo sobre lo negativo y la «imposibilidad vincular». O bien interpretar en esta clave a Marta Satne en referencia a la escritura china como «la oportunidad de crear una nueva lengua».

Noche de rondas, inquietante geografía de la invención.

«Los humoristas, los payasos y los mimos tendrán un papel a jugar en la formación de los psicoanalistas» nos propone Rasia Friedler, en una conjunción de arte y psicoanálisis: nada menos que juntar la revuelta kristeviana con el retorno hedonista a Freud.

Orillando este pensamiento, Rodolfo Moguillansky y Guillermo Seiguer refieren que «en la situación analítica la penumbra de sentido deja de ser privilegio de la poesía». Pero también el riesgo de que «las palabras sean dichas y escuchadas como una jerga y su sentido como una consigna de pertenencia».

En esta última perspectiva los autores citados por Interrogaciones expresan reservas respecto a las consecuencias clínicas de ciertas ideas. Susana Sternbach nos pregunta sobre el destino de la metapsicología freudiana y el concepto de cura que se desprende de las nuevas nociones. Señala, al igual que Gloria Mendilharzu, sobre el peligro de «ideas-clave importadas y desgajadas del universo del que provienen, cuya aceptación fascinante y acrítica derivan en un nuevo sentido único». En paralelo, Miguel Spivacow plantea la valoración de la clínica (léase logros y objetivos) como eje central de la técnica psicoanalítica ampliada al psicoanálisis de pareja en la dimensión intersubjetiva.

Graciela Bianchi sostiene la lógica de la identidad en sus estudios sobre género, mientras que para Oscar De Cristóforis la verdadera polaridad es sociedad y psiquismo. Daniel Waisbrot nos advierte que «la inclusión de la novedad no debe barrer con la teoría de la repetición» y agrega un concepto fundamental: hay un límite interno del vínculo y del sujeto (léase la multiplicidad y el cambio tienen sus topes).

Es necesario un diálogo crítico con los grandes pensadores, Giles Deleuze por ejemplo:



¿Si descartamos el origen, cómo explicar desde los psicoanálisis, el otro primordial, la represión primaria y las identificaciones primarias, tan útiles para diferenciar aspectos neuróticos y psicóticos? ¿Si el deseo es pura producción sin origen, esto no remite a una idea biologista-genética? conceptos que en la historia psicoanalítica fueron desarrollados por Georg Groddek y Wilhem Reich (el orgón).

Lo originario es una temática que rescata Cielo Rolfo en su análisis de los mitos de la pareja sin renunciar a la producción vincular como presentación.

También podemos observar criterios opuestos entre autores: por ejemplo, Silvia Gomel destaca el lugar del sujeto en el vínculo, «evitemos el todo vincular como homogenización de las subjetividades» y propone la idea recursiva, la lógica paradójica entre disyunción y conjunción y una idea positiva de la ambigüedad opuesta a la tradición blegeriana.

Posición muy diferente presentan Rodolfo Moguillansky y Guillermo Seiguer para quienes la pareja se une por ilusión de complementariedad y la alteridad no es posible como dato inicial, luego la terapia de pareja sólo permite un «psicoanálisis silvestre» de la dimensión singular en el vínculo. Traen una interesante concepción de lo Uno que no es patología sino la unificación de pertenecer a un conjunto, pasaje de la multiplicidad (los dos de la pareja) al nosotros: ser una pareja. Esta idea de conjunto libidinizado recuerda el concepto de Pontalis: el grupo como objeto de investimento.

Esta noción por momentos parece progresiva: del estado fusional al estado vincular, la ajenidad es un logro vincular posterior, y en otros una versión dialéctica o pasaje de un estado a otro como devenir.

El trabajo a miembro titular de Carlos Pachuk hace jugar el vínculo desde el concepto filosófico derridiano *différance* como borde o intervalo de la re-presentación. Sus discutidores plantean varias objeciones, entre ellas el «retorno teórico de

lo reprimido», Janine Puget a través de la clínica y Hugo Bianchi a través de la metafísica.

Un escrito pensado desde el dispositivo es el de Solchi Lifac quien trabaja el efecto histerógeno, «ver y tocar» siguiendo a Kaës en la terapia vincular. Campo opuesto al origen del psicoanálisis. (Dora entrando al diván) y que ha generado la crítica (injusta) de lo vincular como pre-psicoanalítico.

Para finalizar, el comentario de dos libros sobre diferentes aspectos del naufragio: *Emigración, Salud Mental y Cultura y Clínica Psicoanalítica de las Catástrofes Sociales*, compilados respectivamente por Marisa Winograd y Daniel Waisbrot entre otros.

El primero es la crónica de los cruces babélicos entre lenguas, culturas y experiencias con ciertos hallazgos como la nostalgia transformada en fetiche en los inmigrantes.

El segundo fue el resultado de las Jornadas de Catástrofes Sociales realizadas en Buenos Aires en julio del 2002 y destacamos el trabajo en inmanencia sobre la devastación, un producir en el momento de los hechos que modifican el curso de los mismos. Esta obra, como bien dice Eduardo Muller, es un «acto de resistencia», cuando se investiguen estos años trágicos en la Argentina será de consulta indispensable.

La razón, el inconciente, el sujeto, la escritura, el arte, la ética... que se abran todos los debates posibles, evitemos la atracción por lo absoluto, pues, como diría un creador ya mencionado, nos conduce hacia el pensamiento único. Adjetivo que en la historia está ligado a despotismo y alienación.

Asumimos entonces el ineludible riesgo de «ese acto maldito»... seguir pensando.

*Dirección de Publicaciones*

## Recordando a Marcos Bernard

□

Cómo y qué escribir acerca de un amigo, colega, para una circunstancia como ésta. Es difícil discriminar si se trata de rendirle homenaje, de recordarlo, de seguir conversando acerca de él con otros que lo quisieron y valoraron, si se trata de transformar en recuerdos diferentes momentos de mi vida cerca de él, si es hacer conocer un Marcos, el que yo conocí, a nuestros colegas y potenciales lectores. Algo así como cristalizar fragmentos de una historia vivida a fin de transmitir algo... para cada uno será un algo distinto. Lo que es cierto y, que, si bien nunca aprendemos, y nos lo enseña la muerte de un ser querido, es que con Marcos ya no se puede hablar, pero en cambio se puede hablar de él a otros imaginados y reales y con ello, recordarlo, compartirlo. Pirandello en uno de sus cuentos que pudimos ver en la película *Kaos*, supo hablar del sufrimiento de un hijo frente a la muerte de su madre. Le dice: «lloro porque ya no estarás aquí para pensarme». Marcos ya no nos piensa pero nos queda poderlo pensar. Entonces decidí ir contando algo de mi historia con Marcos donde se mezclan los intercambios científicos, la amistad y la convivencia como colegas en diversas instituciones.

Lo conocí en los años 60. Era un joven colega, inteligente, callado, tímido, que hablaba poco y sólo cuando consideraba que tenía algo muy preciso. Sus comentarios denotaban siempre el fruto de una reflexión importante. En aquella época su silencio llegó a irritarme hasta que la irritación se transformó en curiosidad por esta persona, tan inteligente, que sólo hablara si le parecía necesario y muchas veces para rebatir un argumento o para agregar algo que a su parecer no había sido

dicho. Esto no deja de ser una cualidad. Tiempo después Marcos trabajó conmigo en un grupo de estudio donde discutíamos hipótesis acerca de los grupos terapéuticos, tanto en lo que se refería a los aspectos clínicos, como teóricos y técnicos. Discusiones apasionantes dado que además en aquella época estábamos en el puro descubrimiento de la riqueza de este naciente instrumento y método. Este grupo de estudio duró varios años y poco a poco se transformó en la preparación de un libro donde íbamos a dar cuenta de nuestras largas y fructíferas discusiones. Marcos fue uno de los co-autores del libro que escribimos con otros dos colegas con quienes veníamos compartiendo el grupo: las Dras. G. Games Chaves y E. Romano. Ese libro, ya muy conocido por los colegas, lo llamamos *El Grupo y sus Configuraciones*.<sup>1</sup> Es notable que poco a poco el concepto: «Configuraciones», polisémico por cierto, fue adquiriendo un status importante y ya hoy forma parte de la denominación «Configuraciones Vinculares».

Marcos, el psicoanalista siguió luego por su cuenta la profundización de sus investigaciones referidas a la metapsicología de los grupos terapéuticos, de los grupos de reflexión, de los grupos institucionales. De ello da cuenta su libro *Desarrollos sobre Grupalidad*<sup>2</sup> y en un capítulo de *Les Voies de la Psyché*.<sup>3</sup> También contamos con un libro en el que trata diversos cuestiones inherentes a su persistente inquietud teórica, *Temas de Psicoterapia de Grupos*<sup>4</sup> escrito en colaboración. Su interés por las ideas de René Kaës mereció un nuevo libro, *Introducción a la obra de René Kaës*,<sup>5</sup> autor con quien tuvo intensos intercambios y discusiones. Considero que este ami-

<sup>1</sup> Puget, J.; Bernard, M.; Games Chaves, G.; Romano, E. *El grupo y sus configuraciones*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1982.

<sup>2</sup> Bernard, M. P.; Eddelman, L.; Kordon, D.; L'Hoste, M.; Segoviano, M.; Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad, una perspectiva psicoanalítica*, Lugar Editorial, 1996.

<sup>3</sup> Bernard, M. *Structure du fantasme et du transfert dans les groupes*, en *Les Voies de la psyché*, Dunod, Paris, 1994.

<sup>4</sup> Bernard, M. P.; Cuissard, A. *Temas de Psicoterapia de Grupo*, Herlguero Edit., Bs. As., 1979.

<sup>5</sup> Bernard, M. *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*, publicación de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, 1991.

go ha sido para Marcos uno de los interlocutores más importantes. También puede seguirse el decurso de sus ideas a través de numerosos artículos publicados en diversas revistas nacionales y extranjeras. Poco a poco su radio de acción se amplió y así fue que lo invitaron a dar cursos en varias ciudades de la Argentina, en Uruguay, en Brasil donde fue adquiriendo muy queridos amigos tales como los Waldemar Fernandes, así como numerosos discípulos, en Méjico, en Chile y en tantos otros lugares. Así también pasó a Europa donde fue invitado en Italia, en España y en Francia, donde dictó cursos como profesor invitado en la Université Lyon 3.

Para sus desarrollos científicos, sobre todo en sus comienzos, autores de la Escuela Inglesa fueron una base importante tanto en lo que se refería a los que tradicionalmente son considerados aquí como tales y tienen que ver con los desarrollos kleinianos y bionianos, como autores que se han dedicado específicamente al estudio de los grupos tales como Malcom Pines, Ezriel, Foulks, etc. También dialogó con algunos autores italianos y uno de ellos ha sido Claudio Neri. El último número de una revista dirigida por Claudio Neri, *Funzione Gamma*, lleva un artículo de Marcos y él mismo ha sido el editor de ese número. Pero probablemente fueron adquiriendo el lugar de interlocutores privilegiados quienes pertenecían a la escuela francesa, dentro de los cuales destaco a René Kaës y Didier Anzieu. Dado que Marcos cultivaba el arte de la discusión, lo hizo con Laplanche, con Lacan, con Bergeret, con Piera Aulagnier, con Abraham y Torok, y en la Argentina con Bleger, Pichon Riviere, Grinberg, Rodrigué, Berenstein y Puget. Esta lista podría alargarse ya que Marcos hurgaba en las bibliotecas sin cesar. Pero hacia el final de su vida merece un lugar especial su relación con René Kaës, muy querido en la Argentina y con numerosos seguidores, amigo personal de Marcos, quien puede ser pensado como uno de sus representantes valiosos. Marcos hizo un gran esfuerzo de sistematización de las ideas de René Kaës.

Su actividad docente también fue intensa tanto a nivel institucional como en privado donde tenía numerosos grupos de estudios. Como docente además de la tarea ejercida en la

AAPPG, fue docente en la Universidad Nacional de La Plata en la carrera de Psicología, en la Universidad de Buenos Aires, también en la carrera de Psicología donde dictó clases sobre Técnica y Dinámica de Grupos y, como ya mencioné, en la Université Lumière, Lyon III, Francia.

Integró diversas Comisiones directivas de la Asociación Argentina de Psicoterapia de Grupo y durante un período fue nombrado presidente de la misma. Fue el Coordinador científico del Departamento de Grupo de la misma institución al cual dio un gran desarrollo. Fue también Presidente de la Federación Latinoamericana de Psicoterapia de Grupo con una activa participación en la marcha de dicha institución.

Para su formación psicoanalítica tradicional, ya Doctor en Medicina, cursó los seminarios de la Asociación Psicoanalítica Argentina hasta que, antes de pasar a ser Miembro Adherente de la misma, renunció a su pertenencia. Ello fue que ver con los problemas ocasionados por tensiones políticas que no pudieron ser procesadas dentro de la institución y entonces invadieron en cierta forma las relaciones científicas sin obtener dichas discusiones el status debido. En aquel momento se produjo una primera escisión en dicha institución y varios conspicuos miembros sintieron que sus intereses y compromisos sociales no podían ser tomados en cuenta en el seno de la institución. Marcos se fue con ellos si bien no encontró necesario integrar los nuevos grupos formados por dichos colegas y siguió como navegante solitario estrechando cada vez sus vínculos con la Asociación Argentina de Psicoterapia de Grupo.

Hace un tiempo se integró en una nueva institución psicoanalítica llamada Sociedad Psicoanalítica del Sur donde daba clases hasta poco tiempo antes de su muerte.

Si bien no pretendo hacer una reseña de los escritos de Marcos, cabe destacar que en la mayoría de ellos se interroga acerca de cuestiones fundamentales de la teoría psicoanalítica sugeridas a raíz de su interés por lo grupal e institucional. Sabía que si bien Freud iba a ser su apoyo teórico, eran necesarias nuevas formulaciones para pensar la relación del sujeto

con el conjunto y del conjunto con el sujeto. Desarrolló entonces la idea de la doble determinación del sujeto, lo que lo llevó a revisar la teoría: del narcisismo, de las fantasías, del origen, del status del inconsciente, descubrir funciones intersubjetivas. Es así como tuvo que discernir algunas funciones grupales tales como el auxiliar, por ejemplo en situaciones especiales de crisis o traumáticas. Asimismo propuso el término «grupo burocratizado» que se transformó en un clásico en nuestro ambiente. Esto lo llevó a especificar el lugar del otro en la relación transferencial y caracterizar de nuevo la transferencia, tema al cual dedicó parte de sus estudios de los últimos años. Fue entonces llevado a formular un modelo de aparato psíquico que posibilitara entender la dinámica de los grupos.

Lo que es posible afirmar es que Marcos tenía una mente de investigador, curioso, cuestionador.

Pero además de todo esto, Marcos era un refinado melómano, poseyendo, entre otras, una colección probablemente casi completa de las obras de Bach, con diferentes versiones de muchas de las obras que más le interesaron. Otro territorio, el estético, donde puede apreciarse la diversidad de escuchas de Marcos, referidas a un mismo tema o a un respetuoso interés ante una diversidad de interpretaciones de un mismo tema.

Recordemos que Bach es un músico preferido por muchos matemáticos y científicos que saben apreciar la estética de sus compases. Se pasaba horas escuchando música, leyendo y escribiendo lo que durante mucho tiempo fueron las horas que más placer le daban.

Marcos era un perfeccionista y sibarita en muchos de sus gustos y entre ellos el arte de la cocina figuraba en un lugar importante. Cocinaba maravillosamente, como lo puede hacer un científico y creo que muchos de nosotros habrán de recordar algunos platos elaborados por él. Ya enfermo, me invitó a cenar a su casa porque había cocinado una receta especial que quería compartir.

Así como Marcos supo apreciar muchas cosas en su vida, supo también vivir su muerte con una dignidad y entereza no habitual. Cuando se enteró, ya con cierta seguridad, que, como decía él, *le faltaba poco tiempo*, cuidó los vínculos valiosos, cuidó sus momentos de placer. También cuidó a sus pacientes interrumpiendo su trabajo cuando ya le pareció que, dada la percepción que tenían sus pacientes de su enfermedad, las condiciones que él les ofrecía ya no eran adecuadas. Se ocupó de ir distribuyendo in mente sus pertenencias teniendo muy claro los gustos de cada uno. Trató de terminar un libro donde da una nueva mirada a muchas de sus ideas así como un lugar especial al tema de la Transferencia. Pienso que este libro va ser para muchos, una obra muy importante. Para escribirla puso su manera de ser en actividad: escrupulosa, exigente y sin tregua en relación con el tema de la transferencia, probablemente no le quedó artículo sin revisar. Ahí emprendió su carrera intelectual contra la muerte. Su forma de intentar trascenderla.

Quedó como tarea para algunas personas cercanas el poder redondear y publicar su libro.

Marcos se fue, pero hizo mucho en su vida y me parece que ello es fundamental: aprovechar todo momento de la vida para vivirla con interés, curiosidad, placer e incluso algún digno sufrimiento.

*Janine Puget*

□



**Jornadas Anuales de F.A.P.C.V.  
Asociación de Psicoanálisis de Pareja, Familia y Grupo**

**Homenaje al Dr. Marcos Bernard**

¿Quién fue el Dr. Marcos Bernard? Creo que en mayor o menor medida todos lo saben, por eso creo que voy a dar un giro a esta interrogación y reflexión.

¿Quién fue y qué fue para nosotros, en esta institución, el Dr. Marcos Bernard?, tiene un cierto matiz de interrogación y mucho de aseveración, de afirmación.

Nuestra mente se puebla de recuerdos que motivan reflexiones, buscando sacar a la luz el encadenamiento del Dr. Marcos Bernard a lo largo de nuestra trayectoria institucional.

Fue alguien que transitó por nuestra vida institucional y dejó marcas. Marcos marcó, dejó huellas, surcos, pistas, profesional y personalmente.

Estas huellas podemos reconocerlas en tres niveles:  
– A nivel de la fundación y del recorrido institucional.  
– A nivel científico.  
– A nivel personal.

Marcos, acompañante en nuestra ruta institucional, estuvo entre nosotros desde los inicios. Contribuyó a gestar esta institución, que en sus primeros momentos tomó la configuración de un grupo de estudio integrado por profesionales ávidos de otros saberes, de otras técnicas y otras prácticas que se adecuaban a las demandas de los pacientes.

Y nos acompañó durante los veinte años que tiene de existencia nuestra institución. Estuvo presente en nuestros proyectos, necesidades e inquietudes. Participó en nuestro crecimiento, del pasaje de ser un grupo de estudio acerca de temas vinculados a pareja, familia y grupo a ser filial de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo de Buenos Aires por un largo período, hasta que, afrontando crisis y conflictos, crecimos y en el año 89 adquirimos la personería jurídica y nombre propio: Asociación de Psicoanálisis de Pareja, Familia y Grupo.

*Crecimos y hubo alguien especial, Marcos,  
que nos ayudó a crecer.*

A nivel científico, su rica y vasta producción, especialmente en temas de grupo, conocida a nivel nacional e internacional, nos permitió nutrirnos de una teoría y una práctica sólida y fecunda que hicieron progresar nuestro trabajo y abrimos a nuevas posibilidades como psicoanalistas vinculares.

No sólo leímos y estudiamos sus escritos sino que tuvimos innumerables oportunidades de contar con su presencia en una transmisión directa de su saber a través de conferencias, jornadas, clases, grupos de reflexión y supervisiones.

*Un grande estuvo entre nosotros y  
nos dejó su legado (marcas).*

A nivel personal, es destacable la humildad, la generosidad, la apertura, la calidez, la escucha, la discreción, la comprensión, el afecto, virtudes que lo caracterizaron en forma permanente y que nos hicieron sentir y generar además un vínculo de amistad.

Compartimos cenas, festejos institucionales, charlas informales, algunas, café de por medio, en las largas esperas de aeropuerto, siempre muy ricas, donde dejaba caer alguna aguda, sintética y profunda frase o comentario que promovía una reflexión, una interrogación, un pensamiento.

Podemos decir que estableció una relación muy honda entre sus concepciones teóricas acerca de los vínculos y su vida en vínculos.

*Marcos no fue sólo un teórico vincular, sino que supo generar vínculos profundos de respeto y amistad.*

Vayan, en esta recordación, nuestro reconocimiento y nuestra deuda de gratitud por su legado: científico, profesional y personal.

Gracias

*Lic. Mercedes Lamacchia  
Asociación de Psicoanálisis de Pareja, Familia y Grupo  
Mendoza*

**Atravesamientos de la  
concepción sobre lo negativo  
en el Psicoanálisis Vincular <sup>1</sup>**

**Susana Matus \***

<sup>1</sup> Este trabajo fue leído en la Jornada sobre la obra de René Kaës, Mayo 2003, en el Panel: «Grupo e inconciente, un modo de entender el funcionamiento psíquico».

(\*) Licenciada en Psicología, Miembro Titular de AAPPG, Directora del Centro Oro.  
Mendoza 4625 (1431) Buenos Aires, Argentina.  
Tel.: 4521-6429. E-mail: [netpre@fibertel.com.ar](mailto:netpre@fibertel.com.ar)

*«El sujeto del inconciente es simultáneamente sujeto del grupo, o más ampliamente, sujeto de los vínculos en los que se constituye como sujeto del inconciente».*

René Kaës

### *Introducción*

Quisiera que esta presentación se constituya en una posibilidad de compartir con ustedes un recorrido teórico y clínico de múltiples atravesamientos conceptuales entre los cuales la cuestión sobre «lo negativo» fue la que produjo un verdadero desvío en cierto momento de mi desarrollo como analista vincular.

Es que hacer historia en el marco del trabajo teórico-clínico del psicoanálisis ha sido siempre una herramienta para poder cuestionar y al mismo tiempo resignificar el valor situacional que los modelos teóricos me aportaban.

Desde Kuhn en adelante, la relación entre ciencia e historia cambió rotundamente. Este autor promovió un estilo de historiar muy diferente al de la ciencia moderna que consistía en recolectar anécdotas y ordenarlas cronológicamente.

A diferencia de los historiadores positivistas, los historiadores postkuhntianos trataron de poner de manifiesto la integridad histórica de la ciencia en su época y el hecho de que el historiador es él mismo un ser histórico y no tiene el privilegio de una mirada fuera del tiempo.

En este sentido todo relato tiene una «función historizante»: vamos construyendo una historia como una red fluida que incluye al historiador y su contexto. (Najmanovich, D.)

Y sobre todo, esta «función historizante» está siempre ligada a nuestra capacidad de hacer preguntas, de sostener el deseo de investigar más que el de explicar.

Es desde esta perspectiva que me propongo desarrollar algunas ideas acerca del modo en que, desde el psicoanálisis, y más específicamente desde el ámbito de la clínica vincular, algunos conceptos de la obra de René Kaës han ido transformando mi práctica y mis posicionamientos teóricos como analista.

### *Estructuralismo y Psicoanálisis Vincular*

Mi desarrollo como analista vincular se dio fundamentalmente a partir del trabajo con grupos familiares.

En este sentido, la noción de Estructura Familiar Inconciente acuñada por Isidoro Berenstein constituyó para mi práctica la posibilidad de legitimar desde el psicoanálisis y con cierta especificidad, intervenciones que desde una perspectiva intuitiva venía realizando para abordar cuestiones donde el *setting* individual clásico no me bastaba.

Este modelo que en sus inicios vino de la mano del estructuralismo de Lévi-Strauss, nos permitió a muchos de nosotros dejar de lado la identificación proyectiva como mecanismo clave del vínculo, y lograr armar un nivel de homogeneidad parecido al «sistema» en el que se podía incluir la dualidad conciente-inconciente. (Bianchi, G., 1998)

A poco de andar fue apareciendo la necesidad de complejizar este modelo de funciones vacantes, y empezó a circular la idea de Estructura Familiar Inconciente como operador entre el sujeto y la cultura. Lo lévistrausiano puro ya no cabía y comenzó a operar el tema de las funciones: el padre en su función de corte, la madre en su función de sostén, el hijo como el lugar del proyecto, de la novedad, y el avínculo como lugar del intercambio constitutivo familiar.

Es en este momento que desarrollo mi propuesta acerca de dos polos para significar este lugar del avínculo, que luego llamaremos, de las familias de origen: uno, como «baluarte narcisista» (polo endogámico) y otro, como «testigo de la alian-

za» (polo exogámico). Así conceptos como deseo, narcisismo, castración, comienzan a atravesar al de Estructura Familiar Inconciente. (Matus, S., 1991)

Para estos años –1988 en adelante– algunos de nosotros estábamos influidos por la lectura de Lacan, y dentro de sus teorizaciones, por la que proponía el anudamiento de los tres registros –simbólico, imaginario, real– para pensar la subjetividad.

Es por ello que sostuve en mi capítulo del libro *Familia e Inconciente* que escribimos entre algunos miembros del Departamento de Familia de aquella época: «...*planteamos tres registros diferentes para pensar el cuarto término de la Estructura Familiar Inconciente: 1) intercambio (lo simbólico), 2) narcisismo (lo imaginario) y 3) angustia (lo real)...El avínculo tiene una doble función en el origen de la constitución familiar: cumplir con el mandato exogámico y al mismo tiempo transmitir un modelo de narcisización de los vínculos. ...En cuanto al tercer registro, el de la angustia, se hace presente en la clínica fundamentalmente cuando escenas, mitos o frases que remiten al origen familiar son posibles de detectar en el discurso familiar*».

Este tercer registro, el que remitía a lo real del vínculo, si bien casi no aparecía trabajado en las teorizaciones que circulaban entre nosotros sobre lo vincular, era para mí un lugar de interrogación permanente, no sólo desde lo conceptual sino desde una clínica vincular plagada de actings y pasajes al acto, que cada vez más me mostraba la insuficiencia de dar cuenta de ella solamente desde una «positividad vincular».

### *Lo negativo y el Psicoanálisis Vincular*

Es en este camino, donde la cuestión de lo real insiste por ser trabajada en la clínica vincular, que me fue útil apelar al concepto de «lo negativo», tal como fue desarrollado por Kaës, quien en un intento de dar a los conjuntos transubjetivos una metapsicología propia, produjo una verdadera ampliación de la teoría psicoanalítica para pensar lo vincular.



Este define tres modalidades de lo negativo en el principio del trabajo de la ligazón intrapsíquica, como también en el de la ligazón transpsíquica, referido a los conjuntos pareja, grupos, familia, instituciones: *«La primera obedece a la obligación para la psique de producir algo negativo, la segunda define una posición relativa de lo negativo por referencia a algo posible, la tercera corresponde a lo que no está en el espacio psíquico: esta negatividad radical puede en ciertas condiciones ser pensada como lo imposible»*. (Kaës, R., 1991)

Con Marina Selvatici desarrollamos una serie de teorizaciones tratando de articular lo negativo para la clínica con el vínculo de pareja, tanto en sus especificidades como en su relación con otros conceptos de la teoría psicoanalítica.

Decimos sobre este tema: *«...Es del vacío supremo de donde emana el uno, que no es otra cosa que el aliento primordial. Este genera al dos, encarnado por los dos alientos vitales que son el Yin y el Yan. El Yan, como fuerza activa y el Yin como suavidad receptiva, rigen con su interacción los múltiples alientos vitales que animan a los diez mil seres del mundo creado. No obstante, entre el dos y los diez mil seres ocupa su lugar el tres»*. (Chang, F., 1992)

Pensamos que la filosofía china podía servir de metáfora para dar cuenta de la necesidad de abordar el vínculo de pareja –hoy digo, el vínculo en general– desde el concepto de lo negativo, es decir desde la posibilidad de incluir el vacío primordial.

Sabíamos que lo dual puede virar hacia la ilusión de lo uno, y en este sentido las teorizaciones de Berenstein y Puget sobre el «objeto pareja» con sus diferentes modalidades (objeto único, mellicez o terceridad edípica), dieron cuenta de estas cuestiones.

Nos quedaba por resolver el enigma del espacio vacío, de aquello ligado a lo incompatible del vínculo, pero no sólo en cuanto a las diferencias subjetivas, sino más específicamente en lo que se refiere a ese aspecto que podríamos denominar «lo imposible del vínculo».

Parafraseando a Chang, propusimos que *«es la falta primordial el antecedente y causa de la unidad narcisista tanto para el infans como para la pareja y será desde esta unidad que se construirá la diferencia entre los sujetos y la simbolización del vínculo como espacio tercero»*. (Matus, S., Selvatici, M., 1997)

Esto nos permitió pensar que la positividad del vínculo –en sus aspectos imaginarios y simbólicos– se articula con una negatividad –lo real del vínculo–, con una imposibilidad que al ser negada promueve justamente la posibilidad vincular.

Otro de los conceptos fundamentales de esta teorización sobre lo negativo, lo constituye la idea del «pacto denegativo». Dice Kaës: *«Se trata de un pacto cuyo enunciado como tal, nunca es formulado, pero que se deja registrar en la cadena significativa formada en el vínculo por los sujetos del vínculo»*... *«El pacto denegativo es la contracara del contrato narcisista... la investidura narcisista que, en cada individuo vuelve posible el cumplimiento de su propio fin, y que no puede ser sostenida sino en la medida en que la cadena de la que el sujeto es miembro y parte integrante, invista narcisísticamente a ese sujeto como portador de una continuidad del conjunto»* *«Estos dos tipos de alianzas inconcientes –pacto denegativo y contrato narcisista– se sitúan en el núcleo de la cuestión del origen y del fundamento correlativo del conjunto y del sujeto singular»*... *«Son dos las polaridades del pacto denegativo: una es organizadora del vínculo, la otra es defensiva. En efecto, cada vínculo se organiza positivamente sobre un conjunto de investiduras y de representaciones comunes inconcientes»*... *«pero también sobre un dejar de lado o sobre un resto que puede seguir los diferentes avatares de la represión, la desmentida o el rechazo»*. (Kaës, R., 1991)

Propusimos que el pacto denegativo da cuenta de la negatividad fundante del vínculo, y que su contracara, los pactos y acuerdos inconcientes, sostienen su positividad.

Por lo tanto, es importante diferenciar lo negativo en tanto necesariamente excluido del zócalo inconciente de un víncu-

lo, de lo negativo que formó parte de sus pactos y acuerdos inconcientes.

Propusimos con Selvatici, que estas tres negatividades a nivel del vínculo, pueden ser atravesadas también por los tres registros –lo simbólico, lo imaginario y lo real– (Lacan). La negatividad de obligación muestra a nivel del vínculo el modo en que el orden simbólico se pone en juego a partir del sostenimiento de una renuncia pulsional, que está en la base de la constitución de la cultura.

La negatividad relativa se relaciona con el aspecto imaginario que sostiene la ilusión de ser-juntos y que constituye el espacio de lo posible para la ligadura vincular.

Finalmente la negatividad radical bordea el registro de lo real del vínculo, en tanto remite a ese aspecto de imposibilidad fundante.

Sostuvimos que el pacto denegativo –en la medida en que niega la negatividad radical (es decir lo real del vínculo) y liga las negatividades de obligación (articula el registro simbólico del vínculo)– da lugar a la constitución de lo posible del vínculo, que sostenido en la negatividad relativa, pone en juego un registro predominantemente imaginario enraizado en el contrato narcisista.

Así fue que esta perspectiva teórica que plantea la construcción de «lo posible del vínculo» a partir de su «imposibilidad», atravesada por los tres registros y su correlato en las tres negatividades, constituyó para mí, un bagaje valioso para ampliar la comprensión de la clínica vincular y fundamentar las intervenciones en aquellos casos donde más que estar en juego el develamiento de significaciones inconcientes, se trataba de bordear una «imposibilidad», es decir, soportar un real que aparecía descarnadamente.

*Acerca de la imposibilidad vincular*

Como puede verse, la conceptualización de lo negativo de Kaës me llevó fundamentalmente a definir la «imposibilidad vincular» como uno de los temas centrales para tener en cuenta en el trabajo clínico vincular. (Matus, S., 1995)

A partir de estas reflexiones fueron surgiendo dos cuestiones: en primer término, la necesidad de diferenciar la imposibilidad vincular como motor del vínculo, de otra vertiente en la que lo real del vínculo surge como un vacío que lleva a la desligadura y la fragmentación.

Esta diferenciación nos llevó a pensar con Moscona un «circuito pulsional vincular» motorizado por un otro significado como ajeno para cada uno de los sujetos del vínculo, y organizado narcisísticamente alrededor de una ilusión de fusión entre los sujetos. Fusión, promotora, a su vez, del velamiento de dicha ajenidad, así como del encuentro con el otro en su alteridad.

De este modo: imposibilidad vincular como motor vincular, encuentro narcisista, y reconocimiento de las diferencias, constituyen tres aspectos de la construcción vincular.

Así, el reconocimiento de las diferencias, resignifica la renuncia pulsional implícita en la indiferenciación del enamoramiento o de la relación narcisista padres-hijos, y facilita bordear el registro de la imposibilidad vincular de una manera menos descarnada, permitiendo construir el camino sublimatorio vincular donde es posible un cierto registro de la ajenidad del otro. (Matus, S., Moscona, S., 1995)

En contraposición a esta posibilidad sublimatoria, vemos que en los grupos familiares en los que predominan las patologías narcisistas, lo que no se produce es este velamiento de la imposibilidad vincular, la cual queda asociada a una grave falla en la construcción del espejo familiar, así como al déficit en la simbolización de la prohibición y de la salida exogámica.

La otra cuestión que estas reflexiones pusieron de manifiesto fue la importancia de sostener la diferencia entre la falta que remite a lo imposible y la falta ligada a la prohibición.

Si la castración para el sujeto permite bordear lo imposible de un modo más soportable, en el plano de lo vincular, la simbolización de la prohibición permite acceder al reconocimiento de las diferencias, al reconocimiento de la alteridad, pero también permite encontrarse con la radical ajenidad del otro, esto es: con cierto registro de la imposibilidad vincular.

Así la alteridad remite a la falta en tanto prohibición, mientras que la ajenidad remite a la falta en tanto imposibilidad.

Todo esto lleva a pensar en intervenciones que favorezcan la construcción de un espacio de ilusión narcisista vincular, que permitan un cierto velamiento de la imposibilidad vincular y la inscripción de marcas que signifiquen las diferencias, así como también, el reencuentro de dicha imposibilidad, pero desde la ligadura pulsional.

### *Pensamiento complejo y Psicoanálisis Vincular*

A esta altura de los desarrollos teóricos por los que fui transitando, las cuestiones sobre el Pensamiento Complejo que Morin y Prigogyne plantean, fueron también atravesando mi clínica.

Si partimos de las ciencias de la complejidad que plantean los nuevos paradigmas, ninguna disciplina y ningún dispositivo en particular, puede dar cuenta de la totalidad del conocimiento. Por el contrario, surge la posibilidad de salir de los compartimentos estancos que planteaban las ciencias de la modernidad, para pasar al encuentro fructífero de los entrecruzamientos y la creación de campos inéditos de la actualidad.

En este sentido, entiendo que la clínica de lo vincular plantea un modo de «complejización» del psicoanálisis: una vez que en la clínica psicoanalítica se puso de manifiesto la nece-

sidad de trabajar sobre los vínculos, nada del edificio psicoanalítico quedó igual; por el contrario, la perspectiva vincular modificó también el trabajo clínico bipersonal. (Matus, S., 1999)

Por lo tanto: no es necesario pensar un psicoanálisis para cada dispositivo, sino más bien, los dispositivos producen una especificidad que complejiza al psicoanálisis.

Desde esta perspectiva, el concepto de «imposibilidad vincular» da cuenta del atravesamiento de lo real en el campo de lo vincular y, al mismo tiempo, enriquece el concepto de falta para el psicoanálisis en general.

Otra de las cuestiones que tomé del Pensamiento Complejo fue la «metáfora de la red».

Para la física clásica, el mundo estaba constituido por pequeños ladrillos elementales indivisibles: los átomos.

La revolución paradigmática en el plano de las ciencias físicas, llevó a descubrir que el átomo no era un ladrillo sino un sistema sumamente complejo constituido por partículas y que a su vez estas partículas mismas eran entidades altamente complejas, en el límite de lo material y no-material, dotadas de la extraña cualidad de ser tanto onda, tanto corpúsculo, sin ser ni lo uno ni lo otro.

La concepción de la partícula y por lo tanto de la materia se ha transformado, al punto que podemos decir que se ha desmaterializado, para llevarnos de una concepción estática a una descripción dinámica que nos habla de una red de interacciones. (Najmanovich, D., 1993)

Así la «metáfora de la red» constituye una concepción que ha atravesado no sólo la física sino también a la lingüística, la sociología y la informática.

Metáfora que pensada a la luz de la clínica vincular me permitió imaginar al sujeto, los vínculos y la cultura como

hilos de una trama, donde aquellos se entrecruzan, se anudan, se desanudan, y donde hay también puntos de vacío. (Matus, S., 1999)

De este modo podemos pasar de una concepción estática –con espacios separados para el sujeto, los vínculos y la cultura– a una concepción dinámica, con organizaciones alejadas del equilibrio y en permanente intercambio, que producen en cada momento una configuración singular y situacional.

### *Sujeto del vínculo y sujeto del inconciente*

Quisiera a esta altura de mi exposición retomar el epígrafe con el que la inicié: «*El sujeto del inconciente es simultáneamente sujeto del grupo, o más ampliamente, sujeto de los vínculos en los cuales se constituye como sujeto del inconciente*». (Kaës, R., 2003)

Desde hace algún tiempo se ha instalado entre los analistas vinculares una polémica alrededor del modelo de los tres espacios psíquicos definidos por Berenstein y Puget, en cuanto al grado de independencia para pensar su metapsicología y sus implicaciones en la técnica psicoanalítica.

Esta formulación ha constituido una importante ampliación de la teoría vincular y del psicoanálisis en su totalidad en tanto ha desplazado la idea de cada espacio como una prolongación de tres modalidades de representación cuyo punto de partida único sería el mundo interno. Por el contrario, la propuesta sostiene que los espacios son independientes, tienen su propio origen y su propia lógica.

Ahora bien, esta independencia aparece hoy complejizada, y es en este sentido que Kaës nos propone: «*...me parece importante la cuestión de definir las articulaciones entre esos espacios conservando al mismo tiempo sus principios y distinciones... Cuando propuse tomar en consideración un polo isomórfico y un polo homomórfico en el aparato psíquico*

*grupal, distinguí un caso particular donde los espacios están confundidos... de otro donde se articula el espacio intersubjetivo y el espacio intrapsíquico en relaciones de diferencia...»*

Y agrega: *«Una de las primeras formulaciones de mi trabajo fue el proyecto de descubrir los efectos del inconciente en esos tres espacios, pero más precisamente sobre los puntos donde éstos se anudan... Esto se trasluce en las nociones de sujeto del inconciente y de sujeto del grupo. Por corresponder el concepto de sujeto del grupo en la teorización a un punto de anudamiento de los efectos del inconciente, intento poner de manifiesto las articulaciones entre el sujeto del inconciente y su posición en la intersubjetividad».* (Kaës, R., 2000)

A mi modo de ver, el pensamiento de Kaës en esta temática abre el camino a la formulación sobre el entramado sujeto-vínculo-cultura que les proponía en función de la utilización de la «metáfora de la red» para pensar lo vincular.

En este sentido una lógica de la simultaneidad atraviesa dicha formulación. Dice Kaës: *«la genealogía es indisociable de una forma fundamental del espacio humano, simultáneamente psíquico, social y cultural».*

*«La noción de polifonía del discurso que tomé de los trabajos de Baktine, implica la concepción de un sujeto formado y trabajado en la interdiscursividad... el sujeto del inconciente se construye en los puntos de anudamiento de las voces, de las palabras y de las palabras habladas de los otros, de más de un otro... El sujeto del inconciente... intento sostener, está doblemente dividido... entre el cumplimiento de su deseo inconciente y las defensas inconcientes que se le oponen, y dividido también entre las exigencias de consumir las alianzas inconcientes (a causa de su inscripción en la red de sus vínculos intersubjetivos) y de ser para sí mismo su propio fin».* (Kaës, R., 2002)



En este sentido, y pensando en nuestras intervenciones, nos propusimos con Rojas reflexionar acerca de lo que denominamos una «clínica de las redes», a partir de lo cual sostenemos que: *«Es preciso en ocasiones –nos referimos a cierta índole de patologías severas con escasa disponibilidad a la transferencia– que el analista pueda sostener por sí solo, durante un tiempo, la alternancia o simultaneidad de distintas situaciones clínicas individuales o vinculares, en tanto se hace necesario instrumentar una suerte de economía transferencial... Destacamos el valor de la interdisciplina; la apelación al saber de otros complejiza la aproximación al sujeto en redes e incluye también el atravesamiento del grupo de trabajo por líneas específicas de cada disciplina. Se acelera hoy el desarrollo de estas tramas que implican también la exigencia de mantener la especificidad del texto disciplinario en el intertexto».* (Matus, S., Rojas, M. C., 2000)

Así, esta lógica de la simultaneidad atravesó no sólo la metapsicología de los tres espacios, sino también nuestra clínica, y nos llevó a la necesidad de abrir nuestro pensamiento a diferentes campos que nos permitan sostener un verdadero trabajo de interdisciplina.

### *Intentando nuevas preguntas*

Como ven, en este largo y rico camino, que desde una concepción estructuralista de los vínculos me permitió llegar a esta idea de trama en movimiento, el concepto de lo negativo, especialmente el de negatividad radical que terminé relacionando –vía el registro de lo real– con la «imposibilidad vincular», fue de fundamental importancia tanto para la teoría como para la clínica.

Ahora bien, ¿en qué punto del camino me hallo hoy?: diría que nuevos atravesamientos están conmoviendo mi práctica; por un lado, la necesidad de trabajar en «una clínica de la trinchera» (Matus, S., 2003), en tanto lo traumático social no deja de aparecer permanentemente y, por el otro, en mi acercamiento a corrientes del pensamiento filosófico que plan-

tean la posibilidad de pensar los vínculos desde lo que Deleuze llama una «geografía del entre».

Este autor sostiene que pensar desde el «entre» implica no pensar desde el «es» sino desde el «y», no hay nada previo a la frontera, sino que se definen los espacios en simultaneidad, implica pensar la frontera como diferencia y no como una función que establezca un dualismo. (Tortorelli, A., 2002)

Todas estas cuestiones me han llevado a nuevas preguntas:

¿Cómo pensar ahora la conceptualización de la negatividad radical? ¿Hay un vacío primordial o vacío y vínculo se definen simultáneamente desde el lugar del entre?

¿En qué se diferencia la idea que sobre lo vincular tenemos y este lugar del entre?

¿De qué manera una clínica de las redes constituye el modo en que hoy nos acercamos a esta geografía del entre?

Preguntas que abren seguramente a nuevas definiciones y por supuesto a nuevas preguntas.

En fin, creo que lo que más me entusiasma del pensamiento de Kaës es la posibilidad de que la transversalidad y la transformación sean su modo de construcción y transmisión del psicoanálisis. Espero haya logrado entusiasmarlos a ustedes también.

## Bibliografía

- Bernard, M. *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*, publicación de la A.A.P.P.G., Bs. As., 1991.
- Bianchi, G. «Cómo fuimos pensando la teoría y la clínica familiar», reunión plenaria del Departamento de Familia de la A.A.P.P.G., Bs. As., 1998.
- Chang, F. *Vacío y plenitud*, Edit. Siruela, Barcelona, 1992.
- Kaës, R. «El pacto denegativo en los conjuntos trans-subjetivos», *Lo negativo, Figuras y modalidades*, Amorrortu, Bs. As., 1991.
- Kaës, R. «Polifonía del relato y trabajo de la intersubjetividad en la elaboración de la experiencia traumática», *Revista de la A.A.P.P.G.* n°2, Bs. As., 2002.
- Kaës, R. «Interrogaciones», *Revista de la A.A.P.P.G.* n°2, Bs. As., 2000.
- Kaës, R. «Interrogaciones», *Revista de la A.A.P.P.G.* n°1, Bs. As., 2003.
- Matus, S. «La clínica familiar en tiempos de transición, Escucha e intervenciones», *Revista de la A.A.P.P.G.*, n° 1, Bs. As., 1997.
- Matus, S.; Moscona, S. «Acerca de la desmentida y la vincularidad», 11vas Jornadas de la A.A.P.P.G., Bs. As., 1995.
- Matus, S.; Selvatici, M. «Lo negativo en el vínculo de pareja», *Psicoanálisis de pareja, Del amor y sus bordes*, Paidós, Bs. As., 1997.
- Matus, S.; Rojas, M. C. «Clínica de las redes. Otra perspectiva en el psicoanálisis de los vínculos», Jornada F.A.P.C.V., Bs. As., 2000.
- Matus, S. «Los tres registros del cuarto término de la estructura familiar inconciente: intercambio, narcisismo, angustia», *Familia e Inconciente*, Amorrortu, Bs. As., 1991.
- Matus, S. «Panel de cruce», encuentros de psicoanalistas de pareja y familia, AEAPG, Bs. As., 1999.
- Matus, S. «Una clínica de trincheira. Acerca de las crisis y las redes sociales», *Revista de la A.A.P.P.G.*, n°1, Bs. As., 2003.
- Najmanovich, D. «Función historizante» (sin publicar).
- Najmanovich, D. «Del reloj a la red. Nuevas metáforas para enseñar a ver el mundo», *Página 12*, Suplemento Futuro, Bs. As., 1993.
- Tortorelli, A. «El pensamiento de la diferencia», clases de filosofía, A.A.P.P.G., Bs. As., 2002.

## Resumen

*La autora historiza el camino que desde una concepción estructuralista de los vínculos le permitió llegar a una idea de trama en movimiento, y en el cual, el concepto de lo «negativo», especialmente el de «negatividad radical» que relaciona con la temática que denomina: «imposibilidad vincular», fue de fundamental importancia para la transformación teórico-clínica.*

*Finalmente, plantea nuevas preguntas que surgen a partir de otras cuestiones que conmueven hoy su práctica: por un lado, la necesidad de trabajar en «una clínica de la trinchera» en tanto lo traumático social no deja de aparecer permanentemente y, por el otro, el acercamiento a corrientes del pensamiento filosófico que plantean la posibilidad de pensar los vínculos desde lo que Deleuze llama una «geografía del entre».*

## Summary

*The author makes history of the way that from a structuralist links conception became to a movement plot idea, and in which, the concept of the «negative», specially the one of «radical negative» that she relates to the subject she names «link impossibility», was of great importance for the clinical-theoric transformation.*

*Finally, she raises new questions that arise from other matters that affect today her practice: on one hand, the necessity to work in «trench clinic» in as much the social traumatism does not stop appearing permanently, and by the other, the approach to currents of the philosophic thought that raise the possibility of thinking the links from which Deleuze calls a «somewhere between geography».*

## Résumé

*L'auteur fait l'histoire du chemin qui, depuis une conception structuraliste des liens, lui a permis d'arriver à l'idée de*

*trame en mouvement, chemin où le concept du «négatif», et en particulier celui de «négativité radicale» qui se rapporte à la thématique qu'elle nomme «impossibilité de lien», s'est avéré d'importance essentielle pour la transformation théorique-clinique.*

*Enfin, elle pose de nouvelles questions qui surgissent de certains problèmes qui émeuvent aujourd'hui sa pratique: d'une part, la nécessité de travailler dans «une clinique de la tranchée» en tant que le traumatisme social ne cesse pas d'apparaître constamment, et d'autre part le rapprochement à certains courants de la pensée philosophique qui ouvrent la possibilité de penser les liens depuis ce que Deleuze appelle une «géographie de l'entre».*

**Con nuestras diferencias  
auestas.  
Una presentación para  
dialogar con nuestros colegas  
de la AAPPG<sup>1</sup>**

**Rodolfo Moguillansky \***  
**Guillermo Seiguer \*\***

(\*) Médico Psicoanalista. Miembro Titular de APdeBA. Miembro plenario del AEAPG. Miembro de la Comisión Directiva del actual Departamento de Familia de APdeBA.

Juncal 2064, 3° «A» (1116) Buenos Aires, Argentina.

Tel.: 4823-0043. E-Mail: [moguilla@fibertel.com.ar](mailto:moguilla@fibertel.com.ar)

(\*\*) Médico Psicoanalista. Miembro Titular de APdeBA. Miembro de la Comisión Directiva del actual Departamento de Familia de APdeBA.

Laprida 1898, 16° «F» (1425) Buenos Aires, Argentina.

Tel: 4784-5375/4786-1677. E-Mail: [gseiguer@sion.com](mailto:gseiguer@sion.com)

<sup>1</sup> Este escrito reproduce, de modo aggiornato, nuestra presentación en el Departamento de Pareja y Familia de APdeBA del Jueves 8 de Agosto de 2002.

Nuestra presentación tiene:

- 1) Una introducción a modo de prólogo.
- 2) Una escucha posible de un material clínico (la nuestra).
- 3) Algunas consideraciones teóricas.

### *1) Introducción*

Esta presentación para la revista de la AAPPG tiene por fin mostrar, a partir de la discusión de un material clínico, cómo creemos que se establecen diferencias, alteridades o ajenidades en un vínculo.<sup>2</sup> Esta propuesta plantea una dificultad de inicio, ya que presuponemos que para discutir un tema como éste es necesario un contexto de familiaridad y, si bien tenemos una larga historia de intercambios, no compartimos una tarea cotidiana. El requerimiento de cotidianeidad y pertenencia, como se verá, es central en nuestro modo de pensar en este tema, ya que sostenemos que para que se puedan instalar diferencias, reconocer ajenidades, es necesario una proximidad previa, sentirse parte de la misma comunidad, pertenecer al mismo conjunto.

Nuestra intención, con las limitaciones antedichas, es contribuir a la creación de un espacio de encuentro sobre distintas versiones de las teorías vinculares. En este texto enfatizamos –más que los acuerdos– lo que puede hacer diferencia dentro de nuestro marco común de pensamiento; una excusa para dialogar diríamos, para intentar «hacer» juntos, opinarían quizás Janine Puget e Isidoro Berenstein.

Para nuestro desarrollo partiremos de un impertinente mal-uso de una viñeta «ajena» que ofreció Janine Puget en una presentación –previa a la nuestra– en el Departamento de Familia de APdeBA y que muy generosamente nos autorizó a utilizar; mal-uso porque la vamos a sacar del contexto en que

---

<sup>2</sup> Tratamos –sin mucho éxito– de no citarnos demasiado a nosotros mismos, pero como ustedes saben las referencias básicas (y más prolijas) de lo que pensamos, aunque esa versión necesite actualización, están en *La Vida Emocional de la Familia* (Ed. Lugar, 1996).



ella la presentó (las consideraciones que la precedían y que esta viñeta ilustra<sup>3</sup>) y la vamos a considerar como un material que se nos presenta para que comentemos; una clínica imaginada que cargaremos sobre los (anchos) hombros de Janine (la viñeta es lo que está en itálica).

Sugeriríamos una primera lectura en la que se lea de corrido lo que está en itálica para tener un panorama general del material y después sí leerlo fragmentado por la interpolación de nuestros comentarios.

## 2) *Cómo escuchamos un material*

Dice la viñeta:

*Una pareja viene planteando el siguiente problema. Ella exige que el desee casarse... Puede exigirse a un otro que desee...*

Suponemos que acordamos todos que, a la vez que observadora del conjunto que la consulta, la analista es también presa necesaria del efecto de no poder observar la totalidad en la que está incluida<sup>4</sup> (más que por los indicios de ser afectada, entre los que privilegiamos el registro personal de su propia actividad emocional y de pensamiento y el escrutinio de sus intervenciones).

A partir de este piso en común no sabemos por el texto si «exigir» es un significante del material manifiesto o se incluye como un término de la analista para describir la perentoriedad del intercambio que observa. Nosotros, cuando leímos el material, entendimos que lo incluye tanto como parte del discurso que escucha, como una reflexión de la analista (*a posteriori*) en tono de pregunta.

---

<sup>3</sup> ¿Habrá un mal-uso y un buen-uso? Seleccionamos el «material» de un modo arbitrario, guiados por nuestras preferencias y por la intención de polarizar posiciones. La comprensión es en ese sentido sesgada, pero todo recorte o cita lo es.

<sup>4</sup> Observadora del conjunto que consulta, participante del nuevo conjunto que se conforma con su inclusión.

Si «exigir» fuera un significante enunciado, es parte del discurso manifiesto y sólo cabría agregarle una incógnita que mantenga indeterminado su significado en este comienzo hasta poder abarcar el sentido (inconciente para ellos) del «exigir» en la trama vincular. ¿Por qué entonces subrayar literalmente el significante «exigir»?

Si fuese una ocurrencia de la analista, tras revisar primero su propia sensibilidad y prejuicios sobre el «exigir», debiera estar atenta a si no es un efecto contratransferencial del campo lo que hace que su pensamiento se focalice en la obvia imposibilidad lógica del exigir un deseo (podría tener más señales de su compromiso, por ejemplo, si encontrara redundancia en centrar la descripción de la pareja en la actitud de ella).

En otro orden, ¿acaso no partimos todos de que la trama vincular de toda pareja, en tanto erógena, está apoyada en los deseos de cada uno sobre el desear del otro (incluyendo la posible exigencia de que el otro exija)? Por cierto que la distinción entre desear un deseo y exigirlo transita por un hilo muy delgado al son del cambiante y frágil consentimiento a la ajenidad del otro. ¿Cómo entender entonces la relevancia inicial del exigir que propone la analista? ¿Es algo más que subrayar la perentoriedad de ese deseo? ¿Incluye un presupuesto normativo (¿deseo-exigencia?) de que en un vínculo no se exija? ¿Lo califica como inadecuado? ¿Atenta contra la neutralidad de su observación<sup>5</sup>?

---

<sup>5</sup> En realidad, también suele ser frecuente la queja inversa: «No me pide nada (luego no me necesita...)». Pero además, ¿tendrá el mismo sentido para todos la palabra exigencia, la hubiéramos privilegiado igual? En las conversaciones ordinarias, en los diálogos familiares y también en los que intercambiamos entre colegas, la polisemia de las palabras o la penumbra de significado que arrastran no suele ser considerada. Lo más frecuente es que las palabras sean dichas y escuchadas como una jerga, y su sentido como una consigna de pertenencia. Precisamente porque todos padecemos esta dificultad es que queremos en este ámbito detenernos a precisar diferentes sentidos con que utilizamos los mismos términos.

En todo caso, para nosotros la pregunta que nos parecería propia de la situación analítica —en tanto solidaria con las restricciones que propone el encuadre, de lo que luego hablaremos— sería porqué el desear sobre el deseo de él (o en esta versión, exigirlo) toma en este momento la vehemente particularidad de que él desee casarse con ella.

*ella lo necesita como prueba de amor; le daría seguridad y dado que siente que ella tiene que llevar adelante la pareja, necesita poder estar tranquila... El no entiende porqué ese apuro... no descarta la idea pero no comparte la urgencia.. El la quiere y casarse no agregaría nada a este sentimiento... ella siente que él no la escucha.*

*Escuchar y entender* son también dos significantes cuyo sentido no se nos devela, para una escucha psicoanalítica, hasta que no tengamos asociaciones; a las que sumaríamos cómo sean enunciados, el contexto que transporten o que apreciemos en lo que se escenifica y el clima que intuyamos. Además pueden, tanto como el más obvio *exigir*, incluir una fuerte dimensión performativa.<sup>6</sup> Sólo podemos sugerir entonces que, aunque no figuren como «exigencias», también el no ser escuchada de ella puede no ser un pedido acerca de que él preste atención a sus palabras y decir en cambio de una protesta porque él no se adhiere a lo que ella piensa que él debiera pensar; y que el no entender de él, en ese contexto, puede no

---

<sup>6</sup> Cuando decimos performativo, siguiéndolo a Austin, queremos enfatizar que cuando hablamos hacemos cosas, queremos influir sobre el otro, llevarlo a hacer o no hacer algo, y que eso provoca actitudes, sentimientos, convoca ideas y reacciones; que cuando hablamos además de comunicar estamos «haciendo» aquello mismo que estamos diciendo. A nuestro juicio no está incluida sólo en el discurso de los pacientes, sino que tiñe toda la situación analítica abarcando las ocurrencias del analista. Para nosotros es central esta dimensión performativa; tendría enorme valor, por ejemplo, si como analistas nos descubriéramos exigiendo que no se exija. Lo performativo puede ser el centro de la intervención analítica; en nuestra práctica se nos ocurriría con cierta frecuencia describir esta dimensión, no con la intención de entibiar la violencia de sus efectos sino para que observaran la cualidad del conjunto que conforman.

informar ni pedir aclaraciones sino descalificar como no válida la afirmación de ella. Y que ambos esperan que la analista los justifique en su posición. No estamos afirmando que esta comprensión sea la más adecuada; la incluimos para mostrar que hay otras posibles a la que remarca la analista, y subrayar así la importancia que para nosotros tiene la negatividad que aporta el encuadre.<sup>7</sup> Acordando que la «exigencia» sea una situación observable, aún que sea significativa como indicadora de ansiedad, todavía deja abierto cómo escucharla.

Es moneda corriente que cada uno de nosotros escucha desde cómo concibe las determinaciones inconcientes. En una consulta vincular nosotros oímos que el conflicto entre las versiones desarrolladas remiten a cómo «debe ser» *lo conjunto* del que son parte y por qué no son *lo conjunto* que debieran ser. Por ejemplo, las versiones que circulan en esta entrevista nos dicen –a nosotros– que serían una buena pareja si él deseara casarse o que serían una buena pareja si ella no deseara exigiera que él se case con ella, definiendo una insuficiencia en la participación del otro en el vínculo que debiera ser. Por supuesto que subyace a esta calificación la ilusión de que no debiera existir una diferencia, que si ellos fuesen una «buena» pareja se encontrarían en una temporalidad óptima. El desearía en el momento que ella desea que él desee o ella no

---

<sup>7</sup> Aludimos al efecto de negatividad sobre lo coloquial, sobre el sentido supuestamente común, como el que podríamos acordar sobre el término «exigir». Sin ella se nos vuelve resbaloso intentar comprender las determinaciones inconcientes del discurso vincular y podemos caer en escuchar sólo el contenido manifiesto. El encuadre psicoanalítico tiende a desajustar la habitual concatenación de la lengua, lo que tiene como efecto que analista y analizando en la situación analítica –por eficacia de ese encuadre– ya «no se entienden», perdiéndose la ilusión de participar de un sentido común, con significados unívocos, obvios y naturales. Las palabras sufren un cambio cualitativo –que no se localiza ni en el volumen de la voz, ni en sus tonalidades, ni en sus acentos– que nos permite oír detrás de su trivialidad una serie de connotaciones, no una jerga (como aludíamos en la nota 5). Al decir de Green, el encuadre «desenluta al lenguaje»; en él la penumbra de sentido de la que nos habla Bion deja de ser un privilegio de la poesía, a la par que vuelve, al son de la transferencia, a revitalizarse el deseo.

tendría la exigencia que él no se siente en tiempo de satisfacer. Pero debemos agregar que, tal como lo entendemos, la peculiaridad afectiva de la pertenencia a un vínculo facilita (¿hace necesariamente pertinentes?) este tipo de mandatos<sup>8</sup> «exigentes». Redundando, el «pedido» de ser escuchada puede ser el mandato de una «pareja» enunciando que hay un déficit intolerable que se llama «él no desea casarse»; tanto como la afirmación de «no entender» de él puede enunciar el mandato de una pareja que dice que es incomprendible que ella exija que él desee casarse con ella.

Por otro lado, ¿qué querrá decir «que ella lleva adelante la pareja»? ¿Será que él no? ¿Se puede acaso no «llevar adelante»<sup>9</sup>? ¿Refiere de una distribución acordada de funciones? Quizás hay una discusión en ciernes en torno a la «actividad» y la «pasividad» que remita a una diferencia no armónica de ritmos, y lo que ella llama «llevar adelante» la pareja, él lo llame «no entiendo por qué tanto apuro». Todas estas afirmaciones presuponen que cada uno concibe un «*Uno*» del que el

---

<sup>8</sup> Para obviar una nota más amplia sobre las convicciones, remitimos al capítulo 3 de nuestro libro. Los mandatos, concientes o inconcientes, sostienen y vehiculizan lo instituido; por supuesto que los mandatos —esa voluntad particular que se impone con designio de voluntad general— en tanto provienen de lo Uno no inscriben una diferencia sino que tienden a anularla. No sabemos si es articulable esto que nosotros solemos incluir como lógica de las convicciones con la noción de «imposición» que escuchamos de Janine Puget e Isidoro Berenstein, quienes por un lado nos dicen que «la pertenencia al conjunto opera por imposición» pero también que alguna calidad de ésta puede ser catalogable como «exceso»; quizás la diferencia radique en que la imposición la piensen desde un otro sobre el yo (y viceversa) mientras que en la lógica de las convicciones consideramos que se «impone» desde lo conjunto. En cualquier caso, queremos acentuar que —manifiesta o subyacente, y contrastando con el énfasis que pone la analista de la viñeta— ésta es una lógica que apreciamos en todos los conjuntos (incluyendo los profesionales) y, en tanto siempre presente, no es una particularidad de ninguno de ellos.

<sup>9</sup> Así como solemos decir para el individuo que la pulsión siempre es activa aunque pueda tener metas pasivas, consideramos que desde lo instituido de un vínculo cada participante «llevar adelante» lo conjunto, sea con modalidades activas o pasivas.

otro se aparta en tanto son, *naturalmente*, mutuamente excluyentes. Así, cada uno de ellos habla de lo que *naturalmente* debe suceder en esa pareja.<sup>10</sup> A nuestros ojos las dos formulaciones, aunque aparentemente contradictorias, remiten a un mismo *ilusorio conjunto*, del que cada uno de ellos cree ser el vocero adecuado.

Otra dimensión que se asoma es acerca de los ideales<sup>11</sup> que rigen este conjunto. Ella afirma que quisiera estar tranquila, ser por tanto parte de un conjunto donde la aspiración sea la tranquilidad. Este ideal aparentemente no se objeta, aunque sí los medios para conseguirlo.

*Qué sería para ella ser escuchada... en su modelo es eludir el conflicto con la alteridad de su pareja... él dice que no entiende...*

*Ella dice que él no le da seguridad. Hay entonces un presupuesto que él le debe dar amparo, protección, o sea un modelo de complementariedad que disminuye el impacto de la alteridad.*

Por supuesto que acordamos que ella equipara ser escuchada (y agregaríamos que suponemos que lo mismo él a «entender») con alguna coincidencia que eluda la alteridad, pero ¿acaso piensa la analista que alguna pareja no se une por ilusiones de complementariedad? ¿La alteridad es un dato inicial posible en una pareja? y, cuando parece serlo, ¿no es por idealización (contigo pan y cebolla)? Una primera impresión

---

<sup>10</sup> La «prueba de amor» que refieren es ejemplar. Es similar a cuando en el conflicto transferencial se exige al analista que haga algo por fuera del setting –lo excepcional por fuera de lo establecido–, incluye la paradoja de que se haga algo en contra de la voluntad y que a la vez se lo quiera. Intenta suturar lo Uno, desmentir su inconsistencia, renovar la esperada *naturalidad* de sus efectos probando lo inasible, porque no se pueden complacer las aspiraciones de lo idealizado.

<sup>11</sup> Los ideales dentro de un vínculo son –a nuestro juicio– una prolongación del Uno instituido. Guardan –ideales vinculares y la institución de lo Uno– análoga relación a la que tiene el Ideal de un individuo con su primera estructuración narcisística que extiende sus efectos en el Yo ideal.

que nos provoca esta combinación de material y comentarios es que la «seguridad» quizás esté un poco devaluada en mente de la analista. ¿Por qué no esperar seguridad en un vínculo? Por cierto que es una ilusión, pero eso no quita que sea una virtud casi siempre esperable de los conjuntos y creemos (ver más adelante) que no necesitamos remitirla al desamparo infantil sino a las mismas condiciones de conformación de los conjuntos.<sup>12</sup>

La invocación de «seguridad», en otra perspectiva, nos parece en principio articulable con la ya mencionada «tranquilidad».

*O ella lleva adelante la pareja, o él le tiene que dar lo que le falta... Algo parecido a un modelo basado en el Uno.*

Cuando la analista centra la descripción del vínculo en las versiones del sufrimiento de ella por el Uno que no se cumple, ¿será porque piensa que no debiera ocurrir?, ¿o que no debería ella considerar que lleva adelante la pareja o quejarse de eso?

En estos comentarios el Uno no pareciera ser bien visto (por lo que remite a fusión y complementariedad), lo que nos obligará a «defenderlo» porque para nosotros (¡nuestro «Uno»!) es el punto cero, el O (ó) de todas las transformaciones posibles en un vínculo. Agregaremos más adelante un párrafo que les-nos aclare.

*si bien tiene que reconocer que entre ellos se llevan bien y han pasado por muchas situaciones difíciles... Pareciera que un indicador de llevarse bien es haber pasado situaciones difíciles juntos, o sea algo del orden de hacer juntos...*

*Pero ya ese hacer juntos toma otro carácter... se trata de la voluntad de uno que se debe imponer al otro.*

---

<sup>12</sup> Como se verá más adelante, creemos que cada encuadre condiciona, recorta y remite a ciertas fuentes de sentido.

Muchos acordaremos que cuando pasamos al espacio de los recuerdos compartidos, las parejas nos invitan al fecundo territorio de sus mitos.<sup>13</sup> Acá, con «las situaciones difíciles», aparece en principio el polo complementario al de la serie «seguridad-tranquilidad». Sugieren la presencia de dos sistemas de ideales aparentemente incongruentes: la añoranza del ideal cumplido en «situaciones difíciles» conviviendo con aspiraciones de tranquilidad. Esta aparente paradoja puede ser desprendimiento del núcleo inicial donde creían convivir antes.<sup>14</sup>

En cualquier caso, convengamos que hasta aquí, en una aproximación psicoanalítica que priorice el significado inconciente, no solo ellos sino que tampoco nosotros sabemos todavía qué subyace a lo que están discutiendo ni porqué necesitan hacerlo de ese modo. Por un lado nos dice nuestra experiencia que recordar espontáneamente en una primera entrevista el haberlo pasado bien es un buen indicio pronóstico y, por otro, que la escena aludida en esos casos (para contrastar con el dolor vincular desarrollado de inicio) suele ser significativa; por lo que si nos viéramos apurados a construir una hipótesis priorizaríamos este dato, suponiendo que nos informan que se constituyen como conjunto en «situaciones difíciles», que las situaciones difíciles pueden ser un marco adecuado o necesario para la constitución de ese conjunto. ¿Será una pareja construida frente a una dificultad, ahora ausente? En ese pasarla bien ¿ella no tendría que llevar adelante la pareja? ¿tiraban los dos juntos? Si la hipótesis conviniera ¿aparecen estas dificultades actuales entre ellos cuando han cedido las otras?, ¿reemplazándolas? El conflicto ¿surge por el fracaso-inconsistencia de ese Uno que se intenta recomponer con imposiciones de un nuevo ideal contenido en el nuevo proyecto?

---

<sup>13</sup> En realidad acordar en compartir un recuerdo ya es un mito, un mito constitutivo de una historia en la que hace cuerpo el vínculo (ver desarrollo de esto en el capítulo V de nuestro libro).

<sup>14</sup> Así como el psicoanálisis clásico describe formaciones de lo inconciente en las formulaciones paradójales, creemos acercarnos a una noción de efectos inconcientes de lo vincular cuando los descubrimos.



*Ahora necesita casarse... Llevan muchos años de vida juntos... han realizado muchos proyectos pero... esto no alcanza... No alcanza para qué... para asegurar un futuro pensado desde el hoy... cuál es la incertidumbre a la cual se debiera subsanar con un contrato.*

*En ese momento tuve una duda... esa necesidad de un contrato que es un contrato social, el que le va a permitir decir a otros que es casada, tenía que ver con un desplazamiento de la inseguridad, de la falta de parámetros sobre los cuales apoyarse surgido del vínculo de pareja o tenía que ver la inseguridad actual o era un tema atinente al específico problema de su propia subjetividad? Pensé entonces si ello no sería un síntoma de las paradojas ante las cuales el sufrimiento social actual nos expone. Si así fuera, era posible proponerles este tipo de comprensión que en ese caso sería del orden del desplazamiento de un conflicto imposible de pensar en un conflicto de pareja al cual en un análisis se podría encontrar una nueva solución. Pero esta duda mía formaba parte de mi propia alteridad, yo en tanto sujeto otro con algo en mi mente no transmisible...*

Como la analista, partimos también de que «casamiento» (como antes «exigencia») es sólo un significante manifiesto. La consistencia, adosada a la continuidad de esa legalidad social –casamiento–, contrasta con la discontinuidad de la «pareja» (en rigor, toda «pareja») en su «realidad» psicológica, que nosotros describimos como pulsátil. Sabemos todos cómo suele intentar suturarse la segunda recurriendo a la primera.

Las ocurrencias de la analista transmiten bien cómo se siente desgajada por opciones de comprensión que remiten a una discusión que reconocemos como establecida en el Departamento. ¿Por qué atribuir esta inseguridad al espacio social, qué tipo de datos nos autoriza a hacerlo en este encuadre? ¿Por otro lado, podría en alguna otra época no haber inseguridad en un vínculo? ¿Por qué creer que esta necesidad es originada en la subjetividad de ella y no creada por la dinámica del conjunto? ¿Cuáles son los indicadores de conflicto de los diferentes espacios? ¿Todas estas líneas son igualmente

pertinentes y accesibles en cualquier encuadre? En cualquier caso, entendemos que la analista engloba como contrato lo que nosotros tenderíamos a llamar concreción de un nuevo origen.

*Teníamos que hacer algo juntos y ese hacer iba a tener que ver con crear un espacio para pensar... para conocer cómo cada uno realizamos un nuevo contrato... Ella decía que él no la escucha pero cada vez que él empezaba a hablar ella le decía esperá que termine... pero qué significaba terminar... Fácil hubiera sido pensarlo en términos de una dificultad en la sexualidad... pero también podía ser pensado como una imposibilidad de aceptar que el vínculo, o sea la relación con el otro, necesariamente descoloca y que terminar corresponde a un modelo cerrado, primero yo y después el otro.. a la idea de un origen... Ella tenía una idea, él tenía otra... sólo necesitaban exponer sus ideas y que el otro la escuche o se convenza... Relación evidentemente basada en la idea de Uno que se alternaría. Convencer es también anular el otro.*

Antes de abandonar la viñeta, recordemos que dijimos de entrada que hacíamos un impertinente mal-uso de la viñeta. En realidad, en un uso pertinente, si la abordáramos en el nivel contextual en que fue presentada, tendríamos que decir que acordamos con los comentarios de Janine. Esto trae el problema de que nos estaríamos contradiciendo, porque al convertir la viñeta en un supuesto material clínico fuimos más bien críticos con la analista. Así que lean lo que sigue.

### *3) Discusión Conceptual*

La discusión conceptual que queremos instalar tiene como trasfondo la suposición de que las discusiones entre nosotros tienen dificultades similares a las de cualquier otro diálogo (incluyendo el de la pareja de la viñeta); lo más frecuente es que en cualquier conjunto las palabras se nos conviertan en jerga por la constelación que niegan, por el porte de unicidad que traen, creando el espejismo de una inmediatez física, como

sí fueran parte de una lengua verdadera y revelada y operen entonces como convicciones.<sup>15</sup>

Vamos a centrar por eso la discusión conceptual en aquellas cuestiones en las que presumimos que utilizamos iguales términos pero aludimos a significados diversos. Queremos poner en discusión los sentidos de: Uno; origen; ajenidad; vínculo; conflicto vincular; encuadre analítico.

3-1) «*Nuestro Uno*» (*bah!..., nuestro y de Quino*)

---

<sup>15</sup> Estamos tomando expresiones de *La personalidad autoritaria* de Theodor Adorno.

Nos disculparán por apropiarnos de una noción que seguramente es de muchos (pero la nuestra es mejor! También estamos seguros que ustedes creen que la de ustedes es mejor). Por un lado, como Quino, creemos que el momento que allí se grafica es central para la constitución de cualquier pareja (y de cualquier conjunto) pero, a la vez, ¿nos pasará lo mismo que le sucede a cada pareja del dibujo o tendremos alguna especificidad? Veamos.

Analizar más de un sujeto, un conjunto, permite vislumbrar una producción particular, la que producen «entre» ellos (aunque en algunos momentos en que la transferencia se nos hace ostensible sería más adecuado decir entre ellos y nosotros) en la inmediatez del consultorio, eso que –con distintas definiciones– llamamos pareja o familia (si nos acomodamos a la nomenclatura social) o vínculo o conjunto vincular. Partimos de la hipótesis de que, en la conformación de un vínculo, no sólo hay un ligamen erógeno con el otro sino con *lo conjunto* mismo que desde allí pasa a conformarse (pareja, familia, club de mis amores, etc., etc.), y se producen efectos entre todos estos términos. No sólo entre los sujetos, sino entre los sujetos y *lo conjunto* que han instituido.

Aunque *lo conjunto* tenga manifestaciones «visibles» (a las que estamos atentos y tomamos como indicios) como reglas, acuerdos, costumbres, etc., toda esa infinita e idiosincrática variedad de lo establecido con las que siempre nos sorprenden las parejas y familias, *lo conjunto* que nos interesa como analistas en el setting vincular no es sólo su evidencia sensorial, sino la construcción necesaria<sup>16</sup> que suponemos subyace para explicar todas esas manifestaciones, sean sinto-

---

<sup>16</sup> Construcción en un triple sentido:

- a) lo conjunto es una construcción de los individuos que lo instituyen y esa construcción a su vez los instituye;
- b) es tarea del análisis vincular re-construir esta construcción (en el sentido que le da Freud a construcción); y
- c) es una construcción teórica que a nosotros nos ordena los datos, nos permite comprenderlos y nos da condiciones de posibilidad de operar en un setting analítico.

máticas o no. Repetimos: para nosotros, en el ámbito del consultorio, estamos nosotros, ellos y una construcción a la que nos dedicamos, *lo conjunto*.

En nuestras teorías aparece como central la misma constitución de lo vincular,<sup>17</sup> eso que se organiza siempre presuponiendo un «origen» o, como nos gusta decir, «la fundación» de *lo conjunto*. En ese sentido seguimos la tradición psicoanalítica de concebir hipotéticos momentos fundadores,<sup>18</sup> estructurantes, a los que atribuimos conexión de significado con las líneas principales de lo que le sigue y a los que nos remitimos con nuestras explicaciones. No es tan original entonces que supongamos las características de esta fundación por sus efectos. Dijimos entonces origen pero advertimos que no nos referimos a la realidad material de lo que ha pasado, que es un momento tan perdido como la infancia real para el psicoanálisis individual, sino al que construimos o reconstruimos interpretando (reconstruimos la construcción, en sus vertientes concientes e inconcientes, que cada conjunto hace sobre su supuesto origen), para explicar lo que pasa entre ellos y también para explicar cómo utilizan el espacio/tiempo/disposición que les ofrecemos (transferencia).

---

<sup>17</sup> Para más detalles, ver capítulo 6 de nuestro libro.

<sup>18</sup> Momentos fundadores en sentido lógico, no cronológico. Por eso la fundación se refiere al conjunto «originario», no al histórico, a ese que se conforma infinitamente en el proceso histórico. Cualquier historización la suponemos construida desde la actualidad del conjunto, y a su variable y supuesta verdad reflejando los vaivenes del vínculo. El mecanismo de la fundación es complejo, incluye no sólo una negatividad, un «dejar afuera» la heterogeneidad insalvable (al modo del pacto denegativo), sino también la creación de un nuevo contexto de significación que los abarque, con refinados productos positivos (dogma, historia, proyectos, etc., etc...; en fin, cultura) que exceden el propósito de esta presentación. La lógica que imaginamos remeda así un necesario «hecho seleccionado» (Bion) que vuelve relacionables elementos heterogéneos para que luego surja el significado, o a la noción de mito (Lévi-Strauss) como articulador de elementos no relacionados entre sí; sin esa relación no habría pensamiento, ni cultura, ni conflicto.

«Había una vez... o, todo comenzó cuando...», lo cierto es que todo relato sobre lo conjunto tiene una narrativa que incluye un origen. Así como no es un origen que situemos en un pasado, tampoco nos parece apropiado considerar esta fundación como un momento singular, aunque míticamente se lo viva así; puede haber infinidad de momentos constitutivos así como hay muchos vínculos posibles entre los que nos consultan,<sup>19</sup> y en eso radica nuestra posibilidad terapéutica.

Este supuesto «origen» incluye todo lo recubierto como historización (relato, construcción de ellos y nuestra) bajo el nombre de enamoramiento, experiencia fusional inicial, etc., que se refiere –de nuevo– no sólo a la evidente investidura libidinal mutua<sup>20</sup> sino, sobre todo, a la para nosotros evidente investidura narcisista sobre el mismo conjunto.<sup>21</sup> Y esto es válido, creemos, aún en las menos frecuentes parejas que refieren un no enamoramiento, que en ese caso suelen estar «enamoradas» (haber concebido, investido) de una pareja no enamorada, o al menos están siempre posicionadas frente al enamoramiento. Lo cierto es que a esa fundación, o a esos orígenes, suelen poder remitirse las cualidades del vínculo y también sus líneas de fractura, que son las que suelen justificar la consulta.

Este conjunto investido narcisísticamente es lo «Uno». Lo llamamos «Uno» para subrayar el pasaje de la multiplicidad (los dos de la pareja) al sentimiento de unificación (ser una pareja) propio de la constitución de lo conjunto, sentimiento

---

<sup>19</sup> Aunque pueda estereotiparse un vínculo, la unicidad de lo que son como conjunto es también una ilusión.

<sup>20</sup> A la que se refiere el «enamoramiento» descrito por Freud para lo que ocurre en un individuo.

<sup>21</sup> Esto es lo que llamamos nosotros «enamoramiento»; creemos que excede a una descripción para ser una noción metapsicológica vincular. Adolece del defecto de llevar el mismo nombre que lo que definiera Freud para otro fenómeno, porque el que describimos tiene como referente lo que ocurre en un vínculo cuando dos sujetos tienen la ilusión de ser parte de un mismo conjunto –lo que a la vez lo instituye– a partir de un sentimiento fusional. Creemos que sus efectos sólo son recolectables en un encuadre vincular.

que encuentra sus bases en la particularidad de su investidura narcisista y su lazo quiméricamente fusional. Por supuesto entonces que lo Uno es ilusorio. Nuestro Uno no es patología,<sup>22</sup> no describe un rasgo particular del vínculo,<sup>23</sup> es una condición de estructura para todo vínculo. Es a la vez un estado en permanente construcción y (nos gustaría decir si no fuera por las connotaciones) deconstrucción. Es la zanahoria que siempre volvemos a alzar para estar en conjunto.

*Lo conjunto* es una construcción que hacemos, una construcción que creemos necesaria para reflejar un «existente» que, si reconstruimos adecuadamente, da cuenta de una construcción que las parejas también hacen cuando pasan de lo efímero del encuentro posible a lo permanente. En ese sentido *lo conjunto* es una trama de ficción en la que se con-vive. Por cierto, *lo conjunto* es sólo un término plausible, pero lo importante es que sustantiva lo agrupado para que deje de ser sólo escena o escenario de las subjetividades (lo que también es). Aunque puede ser sustituido con mayor eficacia denotativa por sustantivos más delimitados, como pareja, familia, grupo o institución, estos términos tienden a ocultar su carácter de construcción y no dan cuenta que para nosotros todos esos conjuntos tienen una constitución y una dinámica común.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Por supuesto que pensar desde lo Uno es una «chifladura», chifladura que lleva a pensar que existe un origen; del mismo modo que es una chifladura creer, como los niños analíticos que reconstruimos en el análisis individual, que hay una universalidad fálica. Pero esta chifladura es para nosotros una realidad clínica de la que necesariamente hay que partir, porque además se simboliza, se piensa, cuando esa «chifladura» se revela inconsistente. Sugerimos que hay que creer en una chiflada consistencia, para poder pensar luego la inconsistencia.

<sup>23</sup> Para nosotros –como diría Green– es un «narcisismo estructurante».

<sup>24</sup> Lo más clásico ha sido proponer lo conjunto como sostenido por lo primitivo de los sujetos singulares, sea lo sincrético o indiferenciado de Bleger, o el Objeto Unico que en su momento propusieron I. Berenstein y J. Puget, o el desamparo inicial al que creemos vuelve a aludir Janine en su comentario para referirse a lo fusional. En una teoría que no parta de los supuestos sujetos singulares –*que no están en el consultorio*– sino del mismo conjunto –*que sí lo está*–, para nosotros lo Uno no es lo «primitivo» de lo cual surgirá la individuación, sino que es un «nuevo mo-

Nos parece que vínculo (en cualquiera de sus definiciones) alude bien a lo que conecta y conjunto a lo que se conforma. Una vez que se le da sentido, pertenecer a él da sentido a los que lo conforman, creándose un nivel de realidad psíquica compartida.

Decir realidad psíquica compartida crea el problema de qué tipo de representabilidad estamos sugiriendo. Mantenemos que la capacidad de representar es individual y, por lo tanto, singular. Lo conjunto, en tanto está descentrado de cada participante, es opaco, no «se ve» adecuadamente desde cada sujeto.<sup>25</sup> Creemos que lo que crea un mundo compartido entre sujetos es precisamente *la fantasía de tener una fantasía en común*. Esta fantasía en común es la que se cree haber tenido (no «tener» en el presente) en nuestra versión del enamoramiento, y cada pareja, *a posteriori*, construye una imagen que ilusoriamente captura y le da sustento a la fantasía de haber tenido en su constitución una fantasía en común. Esta fantasía *construida* en común –no por ilusoria menos eficaz en sus efectos– es precisamente lo conjunto.

Lo conjunto investido es un dador de sentidos, dijimos. Creemos que es sede de la repetición y, cuando se revela su inevitable inconsistencia, que de él emerge potencialmente lo nuevo y también las formaciones sintomáticas que surgen para tramitarlo. Entonces es a él donde debe remitirse central, o al

---

mento de constitución subjetiva». No es un estado sin estructuración sino una primera estructuración posible, el cimiento, un primer zócalo (por usar un viejo término de Janine e Isidoro) que tiene la ilusión de autosostenerse, el «suceso» que permite salir de las pertenencias previas. Lo Uno sólo tiene sentido como contraposición a los dos o más que lo conforman. ¿Cómo pueden articularse mundos inconmensurables como son los de la fantasía, el cuerpo erógeno y la historia de cada ser singular, esa infinita variedad de significados si no es por la construcción de un nuevo nivel de sentido que los abarque? El Uno es para nosotros el pasaje necesario desde el mundo centrado en cada yo al «nosotros» del conjunto, del que los «sujetos del conjunto» son parte. Será luego tarea del «trabajo vincular» sostener emocionalmente que cada uno está descentrado entonces del Uno («estados vinculares»).

<sup>25</sup> Capítulo 4 de nuestro libro.



menos finalmente, la actividad interpretativa en el encuadre vincular. Ocupan así, toda esta organización y sus transformaciones, un lugar equivalente a lo que llamamos «lo inconciente» en la práctica individual; va de suyo que la organización social pareja o familia no nos pertenece como objeto más que en tanto podamos concebir una fuente inconciente de significado.<sup>26</sup>

Tal como lo entendemos, el encuadre vincular, para frustración muchas veces de los que consultan, sólo permite hacer un pobre (y bastante silvestre<sup>27</sup>) análisis individual de los participantes del vínculo, pero permite acceder en cambio a una producción de significado específica; insistimos en que específica de ese encuadre.

### *3-2) Dinámica y Conflicto Vincular, sus destinos*

Muy brevemente –porque no podemos menos que esbozarla en esta presentación– diremos que bajo la noción de vínculo agrupamos un devenir que se «origina» en un ilusorio, aunque estructurante, estado fusional «inicial», y las consecuencias de su inevitable fracaso dada su radical aunque desmentida inconsistencia. Como ven, no nos hace falta un «acontecimiento» (aunque no lo consideramos irrelevante) para que lo conjunto se revele inconsistente. Lo conjunto, lo Uno, es inconsistente en su estructura.<sup>28</sup> Esta inconsistencia origina el inevitable conflicto vincular.

---

<sup>26</sup> Aunque no estamos discutiendo con Kaës, decir como él «efectos del inconciente en los conjuntos» presupone que hay uno solo, con lo que, como se verá por lo que decimos a propósito de los encuadres, no acordaríamos.

<sup>27</sup> Pobre quizás no es un buen término. Parece que contrastara con la «riqueza» de las determinaciones infantiles que permite el desarrollo de la transferencia en el análisis individual. Pero muchas veces «aplicamos» lo que sabemos por éste último y se nos vuelve entonces silvestre. Lo cierto es que más que pobre nos resulta diferente porque permite una precisa detección de rendimientos individuales condicionados por el conjunto. Por ejemplo, de la viñeta nos interesaría detectar cómo el vínculo condiciona tanto la «exigencia» de ella como la reticencia o el hacerse exigir de él.

<sup>28</sup> Que la pareja de la viñeta no se puedan complacer, muestra de un Uno que no se puede cumplir.

Muy resumidamente decimos entonces que los conflictos vinculares tienen su raigambre en eso imposible de sostener –la chifladura de– lo Uno. Pero inconsistencia no es en este caso endeblez y, por la continuada eficacia de lo Uno es que asistimos a su destino más habitual en *el reproche*, reclamando cada uno de los sujetos del vínculo el retorno de la adorada consistencia de lo Uno. Otro destino frecuente es la *pérdida de complejidad vincular*, vía por la que se intenta atenuar el sufrimiento que trae la pérdida de la ilusoria completud.

En distintos textos nos hemos referido a otra opción a través de lo que llamamos *estados vinculares*: momentos (sólo momentos!) en donde se puede admitir emocionalmente la inconsistencia de lo Uno, admisión que conecta con la alteridad radical del otro. Donde escucharse y entenderse –para nuestra pareja de la viñeta– no equivaldría a complacerse. Los Estados vinculares no son un logro que pueda ser representado por lo conjunto, decimos por lo contrario que es un estado emocional sin representación, que cuando se lo representa, y se tiene entonces nuevamente la ilusión de una representación compartida, los sujetos pierden este estado y se instalan en una nueva versión de lo Uno, el que otra vez se revelará inconsistente y demandará un nuevo trabajo vincular.

En «nuestra» dinámica la inconsistencia suele estabilizarse parcialmente a través del *proyecto*, que coloca lo Uno en el futuro; su eficacia depende de que no se le exija su concreción absoluta.<sup>29</sup>

El vínculo abarca entonces necesariamente una ilusión totalizadora, conflictos vinculares cuyas soluciones tienden a restablecer alguna ilusión (la misma o nueva), y momentos fugaces de alteridad (estados vinculares) que a poco andar conducirán a nuevos estados fusionales que reiniciarán el ciclo.

Cada ciclo dejará como residuo una historia que será parte del «establishment» vincular.

---

<sup>29</sup> Para más detalles remitimos al capítulo 7 de nuestro libro.

Si fuese aceptable nuestra construcción sugeriríamos que encontramos herederos de lo fusional, y también las marcas de la inconsistencia original en cualquier material.

3-3) *La ajenidad, ¿crea un vínculo o es un logro vincular?*

La noción de ajenidad ha sido uno de los temas más controvertidos en nuestras discusiones en el Departamento. La ajenidad ¿es un hecho o una noción psicológica?, y solidario con esto ¿se impone (como dicen Janine e Isidoro) o se encuentra (como entendemos nosotros)? Probablemente sean falsas opciones.

Como reflexión general, en ese nivel de abstracción quizás propio del lenguaje filosófico o de una psicología general, el que la ajenidad entre sujetos pueda ser un dato de inicio puede ser obvio para el observador. Lo que está en discusión es cómo y cuándo esa observación es relevante para nosotros (y para los pacientes) en nuestra clínica.

Tal como lo entendemos hasta ahora, Janine e Isidoro parten de un sujeto inmerso en un universo infinito, como el filósofo observador, y llaman la atención sobre una otredad que al imponerse sobre el sujeto consideran que hace vínculo. Si esto se refiere a todo aquello desconocido que puede imponer algún efecto sobre el sujeto, cómo negar que somos afectados por fenómenos que antes de que nos afecten no conocemos. El modelo que se nos ocurrió es el implícito en la frase que dice *el aleteo de una mariposa en Pekín puede derrumbar un puente en New York*.

Desde este razonamiento se diría que no estamos en vínculo sino con aquello que nos impone sus efectos, y desde que nos lo imponga. No tenemos nada en contra de esta noción, explica cómo un mundo al que presumimos mudo, deja de ser mudo y nos sorprende. Comprende tanto a Monsieur Jourdain que se entera que eso que hacía era prosa; como la irrupción del «efecto tango» cuando estábamos bajo la dormidera de que éramos un «país del primer mundo»; como la sorpresa que trajo el cometa Haley y los humanos descubrieron que

podía estrellarse contra la tierra; como el que nos sorprenda ese otro que creemos conocer y descubrimos con sorpresa que en algún punto es un desconocido y, para peor, no podrá dejar de serlo. Nosotros agregaríamos, sin embargo, que si nos sorprende es porque forma parte de algo –¿un Uno?– que no esperaríamos que fuese así.<sup>30</sup>

Nuestra mirada sobre la ajenidad, en cambio, intenta dar cuenta de un fenómeno más acotado: el que se nos revela en la clínica vincular merced al encuadre analítico. A la ajenidad la estudiamos dentro de ese universo finito, el de los sujetos que se sienten vinculados tal como aparecen en la consulta.

Entendemos nosotros que en el contexto del análisis individual se considera que la noción de «ajenidad» se obtiene como resultado de un desarrollo exitoso. Tras el relativo silencio de Freud, podemos recordar la ajenidad que se alude en las edulcoradas versiones de la genitalidad<sup>31</sup> de los post-freudianos y las más interesantes versiones de la teoría de las relaciones objetales. Para Klein y post-kleinianos la ajenidad resulta un frágil logro de la elaboración de la posición depresiva (recordar la simpática puerta cerrada del dormitorio parental de Meltzer). En cualquier caso, aunque se desprende desde el contexto bipersonal con métodos centrados en la transferencia sobre el analista y parten entonces de la ajenidad conseguida con éste, seguramente no estemos hablando de un producto vincular porque no deja de estar ligada a la ausencia y el analista no deja de ser considerado como un objeto construido.

---

<sup>30</sup> No es frecuente que frente a lo sorprendente digamos con flema inglesa ¡qué interesante!. Esta mirada perpleja e interesada puede ser producto de una subjetividad muy sofisticada pero aun en las mentes más refinadas se pierde cuando «la seguridad de lo Uno se ve amenazada». Y entonces, los sujetos del vínculo, en lugar de sorprenderse mutuamente, organizan las significaciones –como lo suponemos para la pareja de la viñeta– en polaridades saturadas de sentido, en un clima de urgencias y exigencias.

<sup>31</sup> Ver Apéndice de nuestro libro.

Para el contexto de las entrevistas conjuntas, acordando que éste está marcado por las presencias y es indisoluble de ellas, se nos ocurren otras consideraciones. Nosotros seguimos considerando a la ajenidad<sup>32</sup> un logro, pero vincular. Un rendimiento vincular posible cuando se suspende la causalidad, decimos (bastante oscuramente<sup>33</sup>). En esta definición acotada, esa ajenidad es la posibilidad de concebir entre dos o más sujetos la existencia de dos o más sujetos (otro sujeto no es igual a uno, es desconocido, no es anticipable, es otro en cada encuentro, etc.). No sólo lo ajeno en el vínculo no tiene representación (más que en la causal versión persecutoria con desnaturalización de lo ajeno por lo extraño, lo loco, lo maligno, el horror a lo extranjero, etc.), sino que precisamente atenta contra la representación. Es, para nosotros, una representación negativa o el negativo de una representación, es lo que no es.<sup>34</sup> Por eso la consideramos la apertura de lo que llamamos «estados vinculares».<sup>35</sup>

---

<sup>32</sup> Llamamos acotadamente ajenidad a la toma de conciencia emocional de la alteridad radical, de lo incompartible del otro; ese difícil y poco estable rendimiento que suele obtenerse en el seno de un vínculo, en una familia, en un conjunto, en las múltiples formas de pertenencia de las que participamos. Como ven, la consideramos un fruto (puntual e insostenible) del conjunto (del trabajo vincular, solemos decir), y sólo abarca psicoanalíticamente por nosotros en ese contexto.

Con este uso, resulta evidente que a ajenidad le estamos adicionando otro término: vincular, y debiéramos quizás proponer entonces la expresión «ajenidad vincular». En cualquier caso, parece incuestionable que es una noción diferente de la que otros, en especial Janine e Isidoro, demarcan como ajenidad. Para ellos la ajenidad prologa al vínculo y para nosotros es un logro emocional posible de un vínculo. Con lo que, si acordáramos, resultaría que no sólo decimos algo distinto cuando decimos ajenidad, sino también cuando decimos vínculo.

<sup>33</sup> Por cierto que quien primero debe suspender cualquier causalidad es el analista a través del ejercicio de su neutralidad en el conflicto. Para subrayarlo fue que le endilgamos al comentario de Janine el compromiso contratransferencial de puntuar una causalidad centrando la descripción del conjunto en ella.

<sup>34</sup> ¿Tendrá que ver con el efecto de «descoloque» del que habla Janine?

<sup>35</sup> Capítulo 7 de nuestro libro.

### 3-4) *Ajenidad y encuadre*

Disculpen los devaneos introductorios.

Concebimos la vida psicológica como una ficción que produce efectos. Una ficción que construimos suponiendo que reconstruimos (un inconciente existente) cuando interpretamos. Como es un ilusorio (fantasía) podemos llamarlo mundo interno para contrastarlo con la materialidad sensorial de un mundo externo que concebimos no ilusorio, real; pero como produce efectos que no queremos minimizar y como el sujeto puede llegar a «palpar» (metáfora) su «consistencia» (*materialidad*<sup>36</sup>), también la llamamos «realidad» psíquica. Sobre esta paradoja de realidad e ilusión, hacemos teorías, algunas que llamamos psicoanalíticas (presuponiendo entonces una actividad inconciente) en una práctica que incluye encuadres.

Cualquier encuadre es artificioso, como cualquier método de observación. Distintos encuadres producen, con su recorte, resultados heterogéneos (¿corpúsculo u onda?<sup>37</sup>). Cada contexto vuelve texto a ciertas manifestaciones, el resto pertenece a lo que quizás Bion (*Transformaciones*) llamaría «universo infinito y sin forma».

El dispositivo que propone cada encuadre analítico es a la vez un método de reducción de variables, y su aplicación permite construir teorías que serán necesariamente solidarias con ese encuadre. Así, el encuadre individual minimiza la otredad del analista (abstinencia) para que se destaque como objeto, y vuelve entonces pertinente el focalizarse en significados autogenerados. No es que eso obligue a pensar que el objeto cubre la totalidad de las determinaciones posibles en el cam-

---

<sup>36</sup> Para no volver sobre el tema de la materialidad del inconciente, recordamos la histórica polémica entre Politzer, Laplanche, Leclaire. Para más datos ver El Coloquio de Boneval.

<sup>37</sup> Resultados para evocar una heterogeneidad no saldable dependiente del método; si a la luz se la concebía como corpúsculo se podían diseñar ciertos experimentos en los que era congruente pensarla así y había otros en donde era más conveniente suponerla una onda.

po psicológico. Cada tanto nos llamamos la atención sobre algunas otras («la persona real del analista», «los mundos superpuestos», etc, etc.), pero a la mayoría simplemente las descartamos (la persona real de nuestro portero, el nivel de las enzimas digestivas, el agujero de la capa de ozono, las explosiones solares, etc, etc.) por reducción. Además cada contexto recorta también significados impropios o imposibles.<sup>38</sup> Por cierto, con estos parámetros, el método clásico privilegia el recorte de un tiempo repetitivo propio del sistema cerrado al que aspira y nunca consigue ser. Por eso su eficacia en consignar repeticiones, en subrayar y encaminar las transferencias y organizar los significados en cuadros que llamamos (con una teoría congruente) neurosis «infantiles». La necesidad de teorizar la contratransferencia, por ejemplo, nos parece una evidencia de la imposibilidad de anular la otredad del analista; sin embargo, en términos generales, se ha preferido estudiar como ésta obstaculiza y/o eventualmente contribuye sin renunciar a las restricciones que propone el método, entendiendo que, aunque sea imposible anular la otredad, el acercarse asintóticamente a lo que propone el encuadre recorta un espacio posible en donde operamos.

El encuadre vincular, aunque acepte conjuntos que se autodefinen como tales (lo que parece engañosamente naturalizar el campo<sup>39</sup>), no se salva de estos reparos y correrán con la misma artificiosidad (si podemos calificar así la necesaria construcción desde un encuadre<sup>40</sup>) los significados que se des-

---

<sup>38</sup> Sería imposible la correlación con longitudes de onda que están fuera de nuestro registro perceptible. Está en discusión en el departamento lo propio o impropio de captar cualidades de un «otro» –que no sea objeto– en las asociaciones de un paciente individual.

<sup>39</sup> Al superponer la «inmaterialidad» del vínculo psicológico con la su-puesta «materialidad» a la que alude el vínculo social.

<sup>40</sup> Esta es una discusión que tenemos por fuera del Departamento, cuando nos incitan a opinar sobre «vínculos familiares» con otros materiales no vinculares: en tanto los significados son sólo pertinentes a un encuadre, no somos «expertos» en vida familiar sino sólo en analizar vínculos familiares con cierto dispositivo, así como los analistas que operen con encuadre clásico no serían expertos en algo llamado vida individual. Cualquier otra cosa que digamos serán «opiniones» basadas en la extrapolación.

prendan.<sup>41</sup> Cambia el objeto de indagación y nuestra construcción. Podemos apelar a teorías parecidas, a extensiones, a algún parentesco en el dispositivo, etc., pero necesariamente requerirá de modelos nuevos que volverán heterogéneo al campo y a las teorías que desprendamos (construiremos otro inconciente<sup>42</sup>).

Si la aspiración fuera capturar las imposiciones de la ajenidad del «otro», creemos que tendría sentido modificar un encuadre que tiende, precisamente, a atenuar sus efectos y entonces crearíamos otro objeto de análisis, más sensible a los efectos de la otredad, pero con el riesgo de alejarnos del mundo de significados que nos permitieron descubrir los parámetros del dispositivo clásico. Nuestra opción en este punto es un encuadre para cada objeto específico y, aunque con relaciones, una teoría que se adecue a cada encuadre.

Por cierto podemos aspirar a una teoría unificada que articule las teorías con que operamos en cada encuadre e incluso nuestra filosofía general.<sup>43</sup> Sería una construcción, como lo es

---

<sup>41</sup> La «pareja» que interpretamos es igualmente una ficción que produce efectos. Si cada encuadre recorta realidades y concibe sus niveles de determinación, no es sólo el «ser» individual una ficción que aislamos en cada tratamiento individual, sino que el vínculo también lo es, como cualquier recorte propiciado por cualquier dispositivo.

Esta concepción del encuadre sugiere que una modificación del dispositivo servirá quizás para poner de relieve cierta comprensión y dificultará otras, no dejará de cumplir con su función de encuadre por muy «abierto» y «a construir» que se lo conciba.

<sup>42</sup> Si nos subjetivizamos nosotros en cada práctica, el riesgo es estar escindidos. Luego tendremos, por nuestra tendencia a unificar, que lidiar con algún intento de articulación. Por ejemplo, ¿qué hacer con la postulación de Janine cuando habla de un «reconocimiento inconciente de que es imposible reducir al otro a su mundo infantil». ¿Cómo (y para qué) articularlo con el inconciente construido desde el encuadre individual clásico?

<sup>43</sup> Si acordamos con que «cada espacio-tiempo [«situación»] donde se realizan prácticas... subjetiva a cada yo que se instituye en ella» (como escribe I. Berenstein), deberíamos abarcar a cada analista que se subjetiva entonces en cada «práctica» (I. Berenstein) y en cada encuadre. Suponemos que acordamos que una expresión de esta subjetivación será la pro-



el «conjunto» que utilizamos nosotros, que salve (como él) ajenidades irreductibles. Entre tanto, somos los analistas los que nos constituimos (nuestras subjetividades y por tanto nuestras teorías) en «espacios heterogéneos, con su lógica propia» (como dice Janine).

## Resumen

*Esta presentación tiene por fin mostrar, a partir de la discusión de un material clínico, cómo creen los autores que se establecen diferencias y ajenidades en un vínculo. Enfatizan disparidades teóricas dentro del marco de las teorías vinculares y ponen en discusión los sentidos de los términos «Uno», «Origen», «Ajenidad», Vínculo» y «Conflicto Vincular» dentro del contexto del encuadre psicoanalítico.*

---

ducción de teorías en cada sujeto y, por supuesto, en cada analista. Prácticas heterogéneas darán lugar a teorías heterogéneas. Si se parte de que los distintos espacios psíquicos que se despliegan con pertinencia («es más fácil», dice Isidoro) en diferentes encuadres pueden ser radicalmente heterogéneos («con su lógica propia»), llegamos a un analista escindido en su subjetividad (teorías). Instituímos pacientes (individuales y conjuntos) y analistas que se subjetivan en cada encuadre (práctica analítica) que les-nos obliga a «hacer» (¿y entonces ser?) algo «pertinente». Es muy tentadora una teoría unificada que atravesase los encuadres; quizás su atractivo mayor sea ayudarnos a olvidar que lo psíquico es sólo una construcción necesaria. En ese sentido podríamos estar de acuerdo con una psicología «general» (abstracción por fuera de cualquier encuadre que tolera entonces la «suplementación» teórica) de múltiples espacios (intra, inter y trans de J. Puget; o individual, vincular y público de I. Berenstein; u otras), sin obviar el riesgo de que al concebirlas como «dimensiones» («Los tres espacios son distintos y diferenciados y marcan una pluralidad que se *unen* en el sujeto») estemos imaginando el largo, ancho y espesor de un psiquismo concreto (cosa en sí).

**Summary**

*From the discussion of clinical material, this paper aims to show how the authors believe differences and alienness are established in a link. Theoretical discrepancies within the linking theory framework are stressed, and the meaning of the terms «One», «Origin», «Alienness», «Link» and «Linking Conflict» are discussed within the context of the psycho-analytic setting.*

**Résumé**

*Cette présentation se propose de montrer, à partir de la discussion d'un matériel clinique, la manière dont les auteurs croient que s'établissent les différences et les étrangetés dans un lien. Ils mettent l'accent sur les disparités théoriques dans le cadre des théories du lien, et discutent les sens des termes «Un», «Origine», «Étrangeté», «Lien» et «Conflit de Lien», dans le contexte du cadre psychanalytique.*



**La clínica y sus interdicciones:  
acerca del «mirar»  
y del «tocar»**

**Solchi Lifac \***

(\*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de la AAPPG. Directora del Departamento de Adultos Mayores de la AAPPG.  
Gallo 943 (1172) Buenos Aires, Argentina.  
Tel.: 4863-0202. E-mail: [solchilifac@ubbi.com](mailto:solchilifac@ubbi.com)

Marta, 65 años, está sentada frente a mí. Repentinamente interrumpe su discurso, gira levemente hacia la derecha, se desabrocha la blusa y dejándola deslizar hacia abajo, descubre la zona alta de su espalda. «Tengo una picazón insoportable. Dígame ¿qué ve?». Observo y digo: «Lo que veo es una pequeña mancha irregular de color rosado».

## *I.*

La propuesta que plantea el presente trabajo es abrir un espacio para la reflexión acerca de las interdicciones: verdaderos pilares sobre los que asienta la clínica psicoanalítica. La noción de abstinencia se halla indisolublemente ligada al dispositivo y al método.

En relación a este tema algunos emergentes relativos al dispositivo «cara a cara» suscitan particular interés; tal lo relacionado con el «mirar» y el «tocar».

Para abordar el tema recorro a un hecho significativo.

Sucede dentro de nuestra práctica, y no es algo inusual, que un paciente exprese de manera manifiesta el deseo de ser mirado o tocado en algún lugar específico de su cuerpo. La demanda queda vehiculizada en la exhortación: «mire», «fíjese», «toque». Algunos aspectos de la situación merecen ser destacados.

Para empezar la calidad de la demanda: su contundencia parece desestimar toda excusa o dilación. Más aún; pareciera expresar un derecho, a la vez que la presunción de una voluntad externa, deseosa de cumplir tal aspiración: esto es, deseosa de mirar o tocar. El grado de perentoriedad, la calidad apremiante que acompañan al pedido, no suele guardar relación con el lugar ni el tipo de afección, pudiendo ir desde «fíjese qué frías tengo las manos», hasta «mire la cicatriz que me ha dejado la cesárea». Una sorprendente falta de pudor acompaña el pedido. El sujeto puede descubrir sus lugares más íntimos, sin ninguna señal aparente de incomodidad. Este fenó-

meno no es privativo de personas de edades avanzadas pero sí, tal vez, y en lo que a mi experiencia se refiere, privativamente femenino.

Quiero enfatizar aquí, que más allá de la edad de la paciente y de la zona expuesta, un sentimiento inquietante, una culpabilidad difusa acompañan la respuesta del terapeuta.

Volvamos a nuestro ejemplo. Algunos datos de la historia personal de Marta merecen ser tomados en cuenta. Marta es la menor, la única mujer de una fratria de cuatro hermanos. Hoy es la única sobreviviente. Describe a su madre como melancólica y distante. Su padre, en cambio, de quien dice haber sido la preferida, la colmó de amor. Murió, Marta dice desapareció, cuando ella tenía 5 años. «Era grandote». Recuerda vívidamente su brazo afectuoso alrededor de su cuello. Marta padece de un prurito de naturaleza inespecífica en la parte alta de su espalda. No tiene un claro registro del momento de la aparición del síntoma pero sí dice haber tomado conciencia del mismo cuando la agudización de su artritis reumatoidea le impidió el acceso a esta zona para rascarse. Actualmente, detalle significativo, cuenta para ello, con el «servicio» de su marido (acota muy divertida).

## *II.*

Analicemos el síntoma a la luz de estos datos. El concepto dinámico y económico de la catexis remite a la idea que cierta energía psíquica se halla unida a una representación, en este caso a una zona específica del cuerpo. El concepto de erogeneidad refiere, precisamente, a la capacidad que tiene el cuerpo o una parte del mismo en constituirse en fuente de una excitación sexual, esto es, de comportarse como zona erógena. Zona de estancamiento de la libido adquiere, según lo ha señalado Maldavsky, particular importancia en la clínica de los procesos tóxicos.

La idea de que el síntoma está indisolublemente ligado al retorno de lo reprimido se afirma desde los primeros textos

psicoanalíticos de Freud. Así como también, que este retorno de lo reprimido se produce por un proceso de transacción entre las representaciones reprimidas y las represoras. ¿Qué es lo que se reprime? En la medida que es principalmente la pulsión la que busca su satisfacción, el síntoma sería la expresión, el sustituto de una malograda satisfacción de la misma, a la vez que el resultado de un proceso de represión sobre la pulsión.

Fuente oscura, a la vez que destino de la pulsión, el cuerpo, significativo por excelencia, amalgama en sí una polivalencia de significados. Expresa en el plano local, de manera simultánea, la dualidad de las pulsiones de hambre y de autoconservación, a la vez que las sexuales. Nos estamos refiriendo a una erogeneidad hecha en base a las improntas narcisistas y también a las edípicas, que al darle sentido al sustrato biológico, lo introducen en la singularidad de su historia erógena. Las afecciones de la piel, las heridas, las cicatrices conservan, aún cuando de modo inefable, una inscripción psíquica.

El síntoma, en su condición de significativo polivalente condensa en sí una multiplicidad de significados. Es en función de esta polivalencia que entendemos se impone una doble lectura en la elucidación de sus elementos constitutivos: a) desde las vicisitudes relativas al complejo de Edipo y b) desde la estructura del narcisismo.

El pedido de «míreme» ilustra el retorno de lo reprimido. Enclavado en las fantasías originarias de seducción, nuevamente alguien, desplazamiento de una figura arcaica, «toca» al mirar un espacio erogeneizado del propio cuerpo. Esta fantasía recupera actualidad en virtud del aflujo de excitación endógena que vuelve a investir dicha zona. Ligada la libido a un objeto sexual incestuoso, el acceso a la misma queda vedada. La represión a la misma se expresa, tanto en la molestia, en la incomodidad que ocasiona el síntoma «el prurito insoportable», como en la dificultad, llamémosle prohibición, de acceder a este espacio, espacio fuertemente erogeneizado. Marta no puede, ¿no debe? mirarse ni tocarse. Pero lo repri-



mido retorna en el síntoma, precisamente en el prurito. En el pedido de ser mirada, con su equivalente simbólico de ser tocada, el deseo sigue buscando el objeto de su satisfacción.

Si bien hablamos de una regresión de la libido a los objetos sexuales incestuosos, no queda excluida, ciertamente, la regresión a etapas anteriores en la organización sexual. La sexualización primitiva que interesa a la piel, y que en un momento dado se ofrece para el conflicto, difiere de la conflictiva edípica. Nos estamos refiriendo a una erogeneidad temprana, en la que el cuerpo biológico ha quedado significado por el deseo materno. El yo aspira a una determinada forma de gratificación, vinculada a las primeras experiencias táctiles-escópicas, esto es: las de ser mirado-tocado. Estamos en las primeras fases del desarrollo. El cuerpo aquí se revela como mediador privilegiado, articulador clave de las primeras relaciones vinculares. Es remitiéndonos a esta etapa que se nos hacen comprensibles las características de la demanda: la premura, la falta de pudor, el deseo de tocar atribuido a un otro. Característica del proceso primario, sin acceso a la metáfora, la energía busca descargarse por las vías más cortas. Lo biológico de la pulsión está muy cerca; lo económico predomina. Se ponen de manifiesto, de tal modo, los elementos que carecen de representación simbólica: lo no constituido psíquicamente. ¿Podríamos entonces, a partir de este déficit simbólico, encuadrar el síntoma dentro de los parámetros que definen el acting?

Pero la referencia que hace la paciente a una madre distante nos instala, una vez más, frente a la disyuntiva que plantea el par antitético presencia-ausencia. En efecto, ¿a qué se refiere Marta? ¿A una ausencia?, vale decir, ¿a la ausencia de una calidad materna «suficientemente buena» en términos de Winnicott?, ¿o se trata más bien de una presencia, esto es: la internalización de la madre edípica, rencorosa y vengativa, en función de este deseo paterno que no la incluye?

La inscripción edípica, el *après-coup* lleva a una resignificación de la experiencia arcaica. La paciente, coincidentemente, dice en un momento dado: «Tal vez a mi mamá le

molestaba que yo fuese la preferida de papá». La madre deja de ser una figura ausente para ingresar en el escenario edípico con todo lo que ello implica.

He tomado este ejemplo porque me pareció ilustrativo de lo que quiero destacar. Son dos los niveles de somatización que van de lo literal a lo figurado que revelan al cuerpo en su doble pertenencia al narcisismo y al más aquí del narcisismo. Esto nos rescata, como en este caso, de la disyuntiva de considerar la expresión somática como una forma de ejercicio simbólico o bien como un trastorno psicossomático, evidencia de un déficit simbólico. El ingreso en el síntoma está multideterminado. Es en función de ello que el concepto de las series complementarias no puede dejar de ser tomado en cuenta.

Freud indicó las condiciones generales del regreso de lo reprimido: debilitamiento de las contracatexis, refuerzo del empuje pulsional, incidencia de acontecimientos actuales que evocan el material reprimido. Referido al paciente e independientemente de su edad cronológica, una modificación de la tópica interna, una falla en la red de apuntalamientos podrían, eventualmente, justificar una regresión circunstancial a etapas primitivas de la organización sexual, donde el cuerpo, en virtud de una erogeneidad temprana vuelve a asumir un rol protagónico. Pero, y quizás también desde las representaciones aún más arcaicas, desde lo más inefable el ser mirado-tocado tenga el valor de sutura narcisística y totalizadora frente a las angustias tempranas de desorganización y aniquilamiento, vinculadas al desamparo.

El yo es ante todo un yo corporal. La mirada del otro constituye, sostiene, significa; desplazamiento de la mirada materna y de la imagen especular proporciona la certeza de coherencia y unidad. Afirma Freud que la pérdida de la mirada hace estragos, si coincide con una necesidad que la madre debe satisfacer. Ser mirado, recurso primario descomplejizado, su valor defensivo participa de la simplicidad, que precisamente caracteriza lo primario: «si me miras existo». Su valor, por lo tanto, trasciende lo intrapsíquico. Nos rescata a la idea

de una organización unidireccional-pulsional. Estamos hablando de una configuración vincular temprana; la vía regia por donde se ingresa en el otro. Y este ingreso no puede ser sino activo, intrusivo. El valor escópico de la mirada expresa la versión activa de la pulsión. No sólo señala el movimiento hacia el objeto sino que además –transformación de lo pasivo en activo–, señala un intento de salida del masoquismo, marca el dominio sobre el objeto. Más allá entonces de la pasividad que implica el «dejarse mirar», está lo activo que inviste el «atrapar la mirada». Aquí es donde hacemos hincapié en que el mirar se codea con el sentido del tacto y le da a Freud la oportunidad de evocar como idénticas, una libido del tacto y la del mirar.

### *III.*

¿Cómo juega dentro de estos niveles primarios la presencia psíquica del analista? El emplazamiento de éste en la escena infantil e inconciente, surge de una idealización conferida. La mirada del terapeuta se constituye dentro del marco transfero-contratransferencial en el relevo sustitutivo de la mirada materna. En la cadena de desplazamientos y sustituciones «las copias sobreviven incorruptibles... y al final ignoro cuáles son las moscas verdaderas y cuáles las artificiales. Es cierto que para las imágenes hay próxima vez. Todas son iguales» (Bioy Casares). Pero, y coincidentemente con Pearl King nos preguntamos ¿acaso basta con afirmar que un paciente reacciona frente a su analista como lo hiciera antes frente a su madre? ¿De qué madre hablamos? ¿De una madre depresiva, celosa, envidiosa, crítica, ansiosa, desafectivizada? ¿Una madre que me odia o que me ama? Nuevamente, entonces, la relación con este ojo que no puede mirar sin tomar partido. Nuevamente, también, la urgencia por revivir a la «madre muerta», despertar su interés deseante por este hijo: ¡Mirame! Lo que mata no es el odio, es la indiferencia, la que genera la devastadora vivencia de pérdida de sentido. La calidad de la demanda presupone, a partir de un narcisismo nunca superado, la presencia de un otro tal como observamos en el ejemplo, deseoso de cumplir tal aspiración, esto es, deseoso de

mirar. Es aquí donde se hacen evidentes las características de la especularidad y la complementariedad que definen el vínculo continente-contenido.

#### IV.

Puesto ante la exhortación a mirar ¿qué ve el analista?

Ver es siempre ver más de lo que se ve. Significante enigmático, ¿a qué significado remite la marca?, ¿qué otro referente, más allá del infantil, condensa la exhibición de una parte del cuerpo? El síntoma se despliega simultáneamente en dos escenarios: el real y el imaginario, y desde lo imaginario cubre dos momentos del desarrollo. Como dijimos, la sexualización primitiva que interesa a la piel, y que en un momento dado se ofrece para el conflicto, es diferente a la conflictiva edípica. Polivalencia del significante, ¿cuál es el cuerpo que en un momento dado despliega su demanda a ser mirado-tocado? ¿Cómo juegan y conjugan entre sí las demandas del cuerpo infantil con aquéllas que emanan del cuerpo de la madre atemporal? Al cuerpo infantil lastimado, que requiere ser mirado-tocado en el lugar del daño, se superpone el cuerpo materno con todas sus implicancias.

Desde este lugar la exhibición del cuerpo femenino implica para el terapeuta una visión conmovedora desde el momento que remite a la intimidad del cuerpo materno, a la de sus partes ocultas. Una carga de evocaciones, incluyendo lo imaginario, sostienen cualquier parte del cuerpo materno. Inquietante extrañeza que acompaña al *dejà-vu*, la escoptofilia refiere en sus orígenes a un cuerpo prohibido-fascinador. El deseo de mirar, resabio de una curiosidad infantil y la prohibición de hacerlo, le confieren a este mirar un carácter furtivo y culposo.

La exhortación a ser mirada pone en juego la dinámica de la seducción entre la madre y el hijo. Expone al deseo, a la vez que a la violencia de mirar lo prohibido, de tocar lo intocable, de descubrir en uno mismo, el voyeur infantil reprimi-

do. Es en el registro de la propia perversión que el analista experimenta esta difusa sensación de incomodidad y culpa, que acompañan la fascinación por el mirar. Pero al igual que Lady Godiva, la madre prestará su desnudez a ser mirada, pero no deberá ser mirada. El castigo por mirar será la ceguera.

Los niveles más arcaicos subyacen a la integración. En estos niveles, el mirar y el tocar siguen manteniendo su equivalencia: ojos que al mirar tocan. La necesidad de ser tocado, el impulso a tocar, expresan aquí la dificultad que supone la renuncia definitiva a un objeto de amor primario.

Pero aquí, la inquietante extrañeza hace referencia al cuerpo materno, también desde este otro lugar, el más primordial, donde el anhelo se funde con el horror.

Significante materno, a la vez que infantil, condiciona en el analista los entrecruzamientos identificatorios con el niño muerto y con la madre incestuosa.

Se intenta así rendir cuenta de la dinámica edípica, sin dejar de lado la estructura narcisística subyacente vinculada a la figura del niño muerto en cuanto que cataclismo narcisista.

V.

Dentro de este contexto, el analista también es mirado en su mirar, ¿interés, indiferencia, rechazo, aversión? El terapeuta también es interrogado en su deseo de mirar.

Más allá de la pasividad que implica el dejarse mirar, está, por lo tanto, lo imperativo que impregna el «atrapar la mirada». La intensidad escópica de la demanda compromete al analista, desde el momento que lo sustrae a su rol de observador, implicándolo en un rol activo, comprometido. Produce un exceso de estimulación difícilmente procesable. La intimidación conmovedora suscita una sobrecarga de la investidura; el deseo y el rechazo terminan articulando en un vago sentimiento de culpa: virtual, difuso.

*VI.*

La noción de abstinencia se halla implícitamente ligada al principio mismo del método analítico, en tanto que éste convierte en acto fundamental la interpretación en lugar de satisfacer las exigencias libidinales del paciente. Freud aborda con claridad esta cuestión al afirmar que es preciso mantener en los enfermos las necesidades y aspiraciones como fuerzas que impulsan a la tarea y al cambio, evitando así que sean acallados por sustitutivos. Rescata la necesidad de no paliar sino de recrear el sufrimiento en forma de una privación penosa. Pero, se hace aquí oportuno señalar, que las reglas de abstinencia que definen el encuadre se fundamentan no sólo en las fragilidades del paciente sino, también, en la necesidad de regular una distancia óptima, que sustraiga al analista de los riesgos de sus propios excesos de excitación o de inhibición, relativos a la estimulación proveniente del paciente. De ahí el acto inicial fundador, no sólo del encuadre sino también, y ante todo, de uno de los postulados que afirma el pensamiento analítico: el retraimiento del analista.

*VII.*

El dispositivo diván-sillón está unido de manera íntima y constitutiva al psicoanálisis. Reúne en su fundamentación teoría, práctica y cultura. Las interdicciones fundamentan el encuadre.

Más de un dispositivo ha aparecido luego de Freud. El de cara a cara es uno de ellos. Esta aparición interroga en su misma fundamentación la condición demandada al analista: su retraimiento. No podemos desconocer aquí el peso del encuadre freudiano originario, y por lo tanto del efecto transpositor de sus fundamentos. Exigir la «desaparición» del analista en este caso, es exigir la desaparición en el espacio viso-motor del paciente de aquéllo, que en realidad se constituye en el soporte transferencial central. Es pretender la ausencia en la demasía de presencia. Guillaumin afirma: «Contrariamente a lo que se haya podido decir a veces, el espacio

psíquico generador es primero espacio corporal, espacio de cosa antes de que se internalice el espacio psíquico. De psíquico que era tiene que regresar, en el origen de la cura, a su apuntalamiento físico». El dispositivo cara a cara recupera lo que ha sido negado, sustraído: el cuerpo, su lenguaje.

Las curas cara a cara reclaman, en gran medida, una reconstrucción de la experiencia fantasmática. La demanda de la mirada, de la gestualidad, de la manipulación movilizan una semiotización del afecto que permanece negado y segregado de la palabra. Se trata de la urgencia de reencontrar una imagen idealizada del sí mismo que despierte el deseo del otro. Se trata de corregir una ausencia o una calidad de presencia.

La intervención directa del analista, que se sale de su retraimiento, reconstruye una identificación primaria, garante de una inscripción no culpabilizadora del afecto. Ello lo sitúa —como señala Kristeva— en su empatía con su propia regresión o perversión. «Si lo evitara —descentramiento radical— no haría labor de analista». Se trata de favorecer el acceso a este ensanchamiento imaginario, indispensable sin duda en toda escucha analítica.

Las curas cara a cara se justifican en la necesidad de asegurar la conjunción entre la semiotización primaria del afecto y aquellos significantes constituidos en el juicio y en los procesos secundarios. Estamos hablando de la incorporación de la palabra.

### *VIII.*

Marta dice: «Dígame ¿qué ve?». Al margen de la insoslayable necesidad de una erogeneización temprana vehiculizada por la mirada, incorpora a partir del «dígame» otra necesidad: la necesidad de ser informada. La palabra, el «no» interferidor de la interpretación, derivado paterno rompe la relación metonímica con la madre, instala la metáfora. Su lectura y puesta en palabras podrá darse a partir de la propuesta para pensar lo

impensable, nombrar lo innombrable. En estos niveles el ¿qué ve? adquiere otra significación. Apunta a la necesidad que tiene el yo autónomo y perceptivo de «ver», esto es, de «saber», a partir de la sustitución del acto por la palabra. ¿Pero se agota en ello su significado? ¿Qué hay de aquellos planos de inscripción de experiencias endopsíquicas irrepresentables? Lo no dicho es de diferente categoría de lo no decible. Es en función de ello que podríamos preguntarnos si la inquietante extrañeza que acompaña al mirar y al tocar ¿no tendrá que ver también con aquéllo a lo que la palabra alude pero no termina de nombrar?, ¿con aquello privativo de lo táctil y lo somático donde la palabra se declara hueca?, ¿con aquella significación enigmática donde la interpretación más que esclarecer, confunde?

Es a partir de allí, y tomando las palabras de Rosolato, que podríamos hacer nuestra la pregunta: ¿el límite de lo analizable es el límite de la metáfora?

## Bibliografía

- Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la interpretación*, Edit. Amorrortu, Bs. As., 1977.
- Anzieu, D. (1982) *El yo piel*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- Assoun, P. L. *Lecciones de psicoanálisis sobre la mirada y la voz*, Nueva Visión, Bs. As., 1977.
- Bioy Casares, A. (1940) *La invención de Morell*, Ed. Emecé, Bs. As., 1998.
- Green, A. (1986). *De locuras privadas*, Edit. Amorrortu, Bs. As., 1990.
- Guillaumin, J. (1989) «Una extraña variedad de espacio o el pensamiento de lo negativo en el campo del psicoanálisis», en: A. Missenard y otros, *Lo negativo*, Edit. Amorrortu, Bs. As., 1991.
- Kristeva, J. (1989) «Comentarios sobre el texto de J. Guillaumin», en: A. Missenard y otros, *Lo negativo*, Edit. Amorrortu., Bs. As., 1991.
- Lifac, S. Lo originario en la transferencia, en: *Actas de las Jornadas de AAPPG*, Bs. As., 1999.



Rosolato, G. (1978) *La relación de desconocido*, Edit. Petrel, Barcelona, 1981.

Sternbach, S. «La intervención en las patologías de borde». *Rev. AAPPG*, Bs. As., 1997.

## Resumen

*Algunos emergentes relativos al dispositivo «cara a cara» suscitan especial interés, tal lo relacionado con el «mirar» y el «tocar».*

*El análisis del síntoma nos revela la participación eficiente de los diferentes estratos del psiquismo, a la vez que las implicancias que ello produce en el sentir y el proceder del analista.*

*Se plantean reflexiones acerca de las interdicciones y abstinencias, indisolublemente ligadas al dispositivo y método psicoanalítico y a su transpolación a otros encuadres.*

## Summary

*Some subjects that emerge out of the «face to face disposal» arise great interest, as happens in relation to «looking» and «touching».*

*Analysis of the symptom reveals efficient participation of different psychic stratum, as well as influence on the analyst's feelings and behaviour.*

*Reflections about interdiction and abstinency, closely related to the psychoanalytic method and disposal, arise in case of transpolation to other frames.*

## Résumé

*Certains émergents relatifs au dispositif «face à face» éveillent un intérêt particulier, tels ceux qui se rapportent au «regarder» et au «toucher».*

*L'analyse du symptôme nous révèle la participation efficace des différents strates du psychisme, en même temps que les contrecoups qu'elle produit sur le sentir et le procéder de l'analyste.*

*L'auteur propose des réflexions sur les interdictions et les abstinences, indissolublement liées au dispositif et à la méthode psychanalytique, et à son application dans d'autres cadres.*



# **Pensar lo común**

**Mónica Vaqué\***

(\*) Lic. en Psicología. Socia Activa de la AEAPG. Profesora Titular de la cátedra Construcción de la Subjetividad II de la Especialización en Psicoanálisis de Familia y Pareja, convenio Universidad Nacional de La Matanza, AEAPG.  
Paunero 1549, Martínez, Pcia. de Buenos Aires, Argentina.  
Tel.: 4792-1933. E-mail: monicavaque@hotmail.com

«En este sentido, no es seguro que el pensamiento, tal como constituye el dinamismo propio del sistema filosófico, pueda ser referido, como en el cogito cartesiano, a un sujeto sustancial acabado, bien constituido, el pensamiento es más bien uno de esos movimientos terribles, que sólo pueden ser soportados en las condiciones de un sujeto larvario.»

G. Deleuze, *Diferencia y Repetición*

Podríamos comenzar pensando en algo común; en el sol, por ejemplo. Del sol pensamos que es una estrella alrededor de la cual gira el planeta que habitamos mientras rota sobre un eje virtual que une sus polos. Otras veces pensamos del sol, que nos gusta verlo salir, o ponerse. No encontramos mayor problema en sostener estos dos tipos de pensamiento respecto del sol: sabemos que uno es científico y el otro coloquial. Hemos nacido en un medio donde todo el mundo conoce los enunciados de la ciencia que atraviesan esa visibilidad del sol saliendo y consideramos con tierno desdén a las criaturas o los pueblos que todavía no están «avivados» de las verdades del sistema solar. Se lo explicamos a nuestros hijos y ellos ni siquiera se muestran demasiado sorprendidos. Sin embargo, en los mapas de la alta edad media había una leyenda en los confines del mundo que decía *más allá de aquí sólo monstruos*. Allí y entonces, un mundo redondo, sin confines, donde el sol no sale ni se pone, era impensable.

¿Qué habrá sentido el que pensó algo que no había sido pensado antes? Tal vez un movimiento terrible, insoportable. O tal vez, para soportarlo, se haya inventado la idea de *descubrimiento*, más tranquilizadora. Un descubrimiento es, sin duda, menos intempestivo que una invención, mucho más razonable. No surge de la nada, la invención de la nada sólo concierne a Dios.

Pero lo inconmensurable nos anda mordiendo los talones. En un alarde de ateísmo vertiginoso, muchos psicoanalistas

hemos adoptado el giro francés que enuncia que Freud *inventó* el psicoanálisis. También es cierto que intentó hacerlo razonable. Puede resultar una aventura apasionante navegar los textos freudianos prestando atención a la tensión siempre presente entre el paradigma positivista y racionalista de su producción y las líneas de fuga en que su discurrir se aparta de las costas razonables dibujando un mapa lleno de contradicciones e inconclusiones.

Volvamos por un momento al sol. Propusimos el sol como algo común. El sol nos es algo común en el sentido que no nos resulta extraordinario –como, por ejemplo, un eclipse de sol. También *nos es común* porque sabemos de él, lo conocemos y lo re-conocemos cada día. Por otro sesgo de la palabra común, también *tenemos en común* el sol, en tanto el sol sale para todos. Aquí *común* se aleja de ordinario y se acerca a compartido. Todos compartimos el mismo sol. El mismo sol que alumbró al *sapiens sapiens* en las cavernas alimenta las celdas fotoeléctricas de una energía ecológica. ¡Qué tranquilizador resulta pensar que es idéntico sol! Juiciosamente, hemos ido acumulando y componiendo conocimientos, desechando ignorancias, creencias y supercherías, indagando en lo enorme y en lo minúsculo para dar caza al origen y al saber que nos permita sostener una constancia de objeto y una continuidad de sentido, cuyas variaciones los descubrimientos pueden tornar razonable.

Cuando el psicoanálisis se acercó a las cuestiones que sucedían entre las personas que interactuaban con cierta regularidad en un espacio-tiempo compartido (parejas, familias, grupos) para indagar sus procedimientos, algunas ideas directrices organizaban su ruta.

– La idea del inconciente eficaz. En este sentido, tras los fenómenos allí observados (contenido manifiesto), se indaga un espacio otro donde ellos se producen y se explican. Este espacio otro es, además, temporalmente anterior y se encuentra habitado por contenidos y lógicas cuyas claves permiten acceder a los sentidos actuales.

– La idea de la relación entre las partes. La relación puede ser de muchos tipos: cooperación, conflicto, obstáculo, per-

meabilidad, compromiso, alienación, asistencia, rivalidad, sostén, creatividad, etc. A su vez, las partes puestas en relación pueden ser ubicadas tanto en una geografía intrapsíquica como intersubjetiva o transubjetiva.

Las migraciones de una geografía a otras (aplicación primero, ampliación más tarde), ha ocasionado no pocos problemas. Migrar no es sin efectos. El hábito de cierto isomorfismo nos habita silenciosamente como operador razonable y solemos encontrar detrás de las nociones de vínculo una idea solidaria del aparato psíquico, su génesis y su funcionamiento.

La componibilidad de lo común fue lo primero que llamó nuestra atención promoviendo un fecundo foco de producción. Supuestos básicos, piel vincular, pactos y acuerdos inconcientes, pacto denegativo, co-producciones de represión, desmentida, forclusión y realidad, son algunos de sus retoños. Sin duda, los procedimientos de la componibilidad alteran las partes puestas en relación, pero esta alteración (en general semantizada como producción o elaboración) se despliega dentro de ciertos límites más (estructuralismo) o menos (potencialidad) vislumbrables.

Algunas cuestiones, sin embargo, se resistían (se resisten aún) a componerse razonablemente tanto en el árbol del conocimiento como en los espacios comunes donde se despliegan. Para incluir pulsión y sexualidad en el ámbito de la (in)componibilidad de lo común, nos encontramos con escollos insalvables, pero, al mismo tiempo, por sus bordes comenzaron a proliferar otros focos de atención: uno de ellos atrajo nuestra mirada hacia la idea de *lo común*, otro hacia la idea de *alteración*.

Cristina, 60 años, separada con dos hijos, tiene un «*encuentro fulminante*» con una mujer de quien se enamora y con quien forma pareja. ¿Cómo dar cuenta (tornar razonable, encontrar la razón) de esta alteración en el *objeto* de deseo de Cristina? Ana, 36 años, dice con tono enfático y alegre, en relación a los efectos de otro encuentro: «¿Sabés qué me imaginé ahora? Como un caminito que sale de una ruta. La ruta



*toda bien, toda asfaltada, ancha, segura –como la de Mar del Plata, ¿viste?– y un caminito para otro lado, que termina ahí nomás, que no sabés adónde va. (Inspira profundamente) ¡Qué locura! Tengo una sensación de aire, de ventana abierta. ¿Adónde me voy a meter?»*

Una ruta privatizada, ancha, señalizada, segura y cara. Controlada y vigilada para ¿protegernos? Es la Ruta del Sol, lleva a la playa y al mar, al descanso, a los placeres, al casino, a lo previsible. ¿Quién querría internarse a campo traviesa, tropezarse con piedras, malezas, arroyos, frambuesas y sorpresas y no llegar, sólo ir? Es una locura impensable.

Según nuestras ideas del inconciente eficaz, la infancia es la empresa vial constructora de «*caminos abiertos de una vez y para siempre*» (Freud, 1900). La ruta del deseo se aborda en la experiencia de satisfacción, recorre las estaciones oral, anal, fálica, circunvala el narcisismo, atraviesa el edipo, remolonea en la latencia entreteniéndose con los carteles de lo prohibido y lo esperado, recarga combustible en la adolescencia y allí está la ruta, señalizada por el super yo y el ideal, «*toda asfaltada*» que conduce al «*hallazgo de objeto que es siempre, propiamente, un reencuentro*» (Freud, 1901), un punto de arribo puede que por inconciente, desconocido, pero no por eso menos razonable.

Entonces, tal vez la ruta de Cristina era bífida (bisexualidad), tal vez en algún momento de la construcción del camino, unas obstrucciones particularmente irreductibles para la tecnología de la época, hicieron que la ruta cambiara el rumbo (homosexualidad reprimida) y hoy, medios más poderosos (síndrome del nido vacío que sobreinvierte el desamparo originario) permiten remover esos obstáculos y hacer transitable aquella antigua dirección.

¿Se habrá privatizado la Ruta del Deseo?

Para seguir con la metáfora vial, podríamos abordar el camino desde otro acceso.

Es muy interesante leer en la *Historia de la Sexualidad* (Foucault, M., 1984), cómo aquello que hacía cuestión a la cultura griega, era la relación entre el hombre adulto y el mancebo, en tanto relación entre un sujeto, el ciudadano adulto, con otro en vías de devenir ciudadano, es decir, sujeto. Otras relaciones posibles, las del ciudadano con mujeres y esclavos, quedaba fácilmente cernida bajo las normativas de templanza armoniosa, pues ambos, mujeres y esclavos de ambos sexos, eran considerados objetos. Esta consideración de objetos se encuentra muy alejada de cualquier connotación peyorativa; es en relación al *eros* (amor en sentido amplio, que incluye lo sexual) que se distribuyen las categorías del *erasta* (sujeto activo) y el *erómano* (objeto pasivo). En la paradoja entre la posición erómana (lugar del objeto) del mancebo amado y su devenir erasta (lugar del sujeto) se incitan y disparan los discursos platónicos acerca del amor. Las consecuencias de ese discurso siguen vigentes moldeando nuestro pensamiento.

Foucault señala (Foucault, M., 1970) que el platonismo invertido de Deleuze consiste en desplazarse por la serie platónica y provocar en ella la aparición de un punto relevante: la división (esencia-apariencia) formula la pregunta por ¿quién es? y no ¿qué es? ¿Quién es más corajudo que el coraje? ¿Quién es más amante (erasta) que el amor? Este «quién es» más verdadero (verdad no se opone aquí a error sino a falsa apariencia) deviene trascendente, pleno y sustancial: es la idea. En este camino, las normativas del cortejo y la ética amorosa que de él se desprende, derivan de las ideas del Bien y lo Bello. Desde entonces, hemos contraído el hábito bimilenario de pensar (el conocimiento, la sexualidad) como una relación establecida entre un sujeto y un (su) objeto.

El psicoanálisis parece haberse topado con la misma cuestión: ¿qué lugar podremos hacerle en nuestro pensamiento, a los efectos de la situación de encuentro de un sujeto con otro? Si nosotros quisiéramos abstenernos de toda trascendencia para pensar en inmanencia de la situación, deberíamos estar dispuestos a admitir el surgimiento intempestivo de algo impensable hasta entonces, una especie de mutación como metáfora

de lo inesperable. Tal como para los griegos era impensable que un objeto mutara sujeto, nuestra idea de alteración, semantizada como cambio psíquico, tiende a encontrar tope en alguna clase de pre-figurabilidad. Este procedimiento puede proseguir aún cuando la alteración sobrevenida supere el tope, por la vía de considerarla un *nuevo* descubrimiento. Pues la idea de descubrimiento implica un «ya ahí» que se despliega frente a nuestra mirada cuando somos capaces de modificar aquello que lo ocultaba. Esta modificación cubre un amplio espectro: puede tratarse de innovaciones en la técnica, de cambios de paradigma en las ciencias o de levantamiento de las represiones en la clínica.

O del azar del encuentro en el caso de Cristina, en la medida que consideremos que en este encuentro, Cristina «descubre» que es homosexual. Convengamos que *devenir* homosexual desde la heterosexualidad resulta mucho más inquietante y menos razonable que *descubrirse*. Para decirlo coloquialmente: se ve que Cristina, en el fondo, ya lo era.

En el pensar del descubrimiento, cuando el azar se hace presente, siempre cabe la posibilidad de restringirlo y debilitarlo incluyéndolo en alguna estructura previa de sentido.

La idea de alteración sin tope anticipable es tal vez una de las formas en que lo inconmensurable nos muerde los talones. Lo que oficia aquí de talón en riesgo, por partida doble, es el conector *relación*. Por un lado, *relación* como categoría filosóficamente débil (Tortorelli, A., 2001) es incapaz de afectar las partes que pone en relación más allá de un límite. La posibilidad afectada concierne al campo de la apariencia, lo imposible de afectar es su esencia, aquello que hace que sea lo que es. (Por ejemplo: Cristina «era» homosexual, pero reprimida; el «encuentro fulminante» fue el empujoncito que le hacía falta para efectivizarlo). Pero por otra parte, *relación* como razón de la alteración de las partes que pone en contacto, establece algún tipo de continuidad tanto entre los estados anteriores y posteriores como entre las partes. (Por ejemplo: ¡el mismo que el anterior!).

En los comienzos, el vínculo (que es la relación que nos ocupa) fue fuertemente pensado como un conector entre entidades pre-existentes.

La situación de pareja, por ejemplo, disponía allí unas personas que se buscaban empujadas por sus deseos inconcientes y se unían por el amoroso abrazo de sus pseudopodos narcisistas. Enlazados por el amor, comenzaban a acordar y pactar las condiciones del hábitat y el glosario común que regularía sus intercambios. El mayor o menor éxito en la negociación, condicionado por las configuraciones psíquicas de los negociadores, condicionaba a su vez la potencia innovadora del vínculo. Los beneficios de una negociación exitosa se expresaban en producciones vinculares creativas y los costos o el lucro cesante comenzaron a caer en la cuenta del «reconocimiento de la alteridad del otro». Muchas parejas se preguntaban, como los griegos, cómo el objeto que habían hallado mutaba en un sujeto. Ellos instían en re-conocer lo que sabían (como con el sol) o, en todo caso, lo que mediante un análisis descubrían (como con el sol) y algunos psicoanalistas comenzamos a pensar en otras posibilidades de intervención.

Porque ¿qué es una intervención de un analista? La expresión de su pensar. Y como vamos viendo, no es lo mismo pensar en la vía del descubrimiento que en la vía de la invención.

Es lícito también preguntarse por qué el caso de Cristina, pensado como la emergencia de un sujeto que, al calor de un encuentro, es capaz de «mutar» *hasta* el sexo de su objeto de deseo, no es más frecuente (Waisbrot, D., 2002). No tengo respuesta. Es verdad que no son situaciones que se presenten frecuentemente en nuestra clínica y tal vez por ello nos requiera más tiempo encontrar alguna condición común a ellas. Si bien me interesa enfatizar en esta oportunidad el «impensable singular» como disparador del pensar del analista en sesión, podríamos aprovechar para abrir los sentidos que podemos pensar en *común*. Para ello volveré a los caminos de Ana.

La ruta y el caminito le pertenecen a Ana, pues *ambos* son su ocurrencia. Pero, *sendos* derroteros presentan sus propias geografías. Como en el Juego de los Siete Errores, *ambos* organiza una línea de ideación donde semejanzas y diferencias son leídas bajo el régimen de la identidad y sometidos a la exigencia de la representación (que permite conocer y re-conocer). *Sendos* nos presenta una disyunción que afecta la componibilidad, destotalizándola.

¿Cómo pensamos lo *común* en una situación de dos o más personas, como aquello «de todos por igual» o como aquello «de cada uno»? Pensar lo común en la disyunción del *sendos*, del cada uno, lo torna incomponible y poco razonable. Y aún cuando aceptemos en lo común la trabajosa incomodidad de lo de cada uno, tendemos a concebir lo de cada uno como partes de un todo. No es fácil conmovier esta perspectiva y hacerle lugar a una diferencia que se escape de las categorías razonables y componibles de lo uno y lo múltiple, de las partes y el todo.

Sin embargo hoy, muchos psicoanalistas hemos encontrado fecundo, aunque inquietante, comenzar a desprendernos de la idea de relación como conector entre entidades plenas y atrevernos a transitar la senda bífida del *entre* (Tortorelli, A., 2001). ¿Por qué hemos hecho esto? ¿Por qué nuestro procedimiento semiológico de búsqueda del sentido oculto va fugándose hacia una genealogía que no halla ya tope, ni fundamento, ni origen? ¿Cómo ha quedado nuestro sistema de pensamiento cuando nos dejamos afectar por variaciones sin constancia (por ejemplo, de objeto) ni continuidad (por ejemplo, de sentido)?

Algunas de estas cuestiones se han generado en el espacio de una extraña boda entre la clínica y la filosofía. Badiou nos insemínó una versión del amor que proliferó rápidamente. Situación, acontecimiento, azar, presentación, múltiple infundado, vacío, conmovieron nuestras ideas acerca del inconciente eficaz y de la relación entre las partes. El «nada que ver» de las personas vinculadas migró (¿mutó?) de obstáculo a condición. El sujeto, inanticipable efecto posible de la si-

tuación de encuentro, no se semantiza retroactivamente en la línea del descubrimiento, sino que genera los antecedentes de su presente arcaico, mediante el procedimiento de fidelidad a la verdad del amor (o de la ciencia, la política o el arte) en la línea de la invención.

En nuestras ideas acerca del vínculo vienen conviviendo ambos abordajes. Es así que, en relación a la polisemia que el término vínculo ha adquirido en medio de la travesía teórica de los últimos años, en otros artículos (Bianchi, H. y Vaqué, M., 2001 y 2002), hemos sugerido con Hugo Bianchi denominar *vínculo* y *práctica vincular*, respectivamente, a dos imágenes diferentes. La primera, vínculo, corresponde a la imagen de envoltorio, «piel vincular», percibida por los participantes y ofrecida a la percepción de los demás como totalidad. La segunda, práctica vincular, refiere las imágenes de discontinuidad, fugacidad, exceso. Se nos ha objetado (Pachuk, C., 2002), y con razón, el riesgo de sostener allí una oposición dualista. Tengo la impresión que, aún cuando en nuestro pensamiento, sendas nociones circunscriben ámbitos heterogéneos entre sí, debemos reconocernos deudores de la exploración de sus modos de afectación recíproca. Por ahora, sólo podría acercar la idea del vínculo como estructura afectada por los campos discursivos, representacionales y de sentido que organiza la práctica vincular, promotora de todo efecto sujeto o efecto verdad.

¿Es posible pensar unos efectos que no recaigan en legalidades estructuradas? No parece muy posible ni muy pensable. La idea de acontecimiento es en Badiou solidaria a la idea de estructura. La posibilidad misma del acontecimiento se encuentra en los sitios de inconsistencia de la estructura (cuenta-por-uno) de la situación. Esto nos permite sostener la «cuenta psíquica» como estructura de sentido, que, *a posteriori* de la mutación causada por la novedad radical emergente, retoma un funcionamiento de puesta en sentido. No sé si hoy nos atrevemos más allá de aquí.

Por otra parte, si la idea del vacío nos permite abordar una producción concebida como novedad radical, deberíamos de-

jarlo errar por doquier, para poder vislumbrarlo no sólo como punto de inconsistencia de una puesta en sentido estructurada, sino también en los medios y condiciones de producción de la cuenta.

Una línea difícil de apresar nos «tira» Deleuze con su idea de *agenciamiento* (Deleuze, G. y Guattari, F., 1980; Deleuze, G. y Parlet, C., 1984). Agenciar, en la breve medida en que es posible aislar «conceptos» en el pensamiento deleuziano (y mucho menos, definirlos), es hacer que una multiplicidad pase a formar parte de otra, hacer conspirar los elementos no homogéneos de un conjunto para que funcionen juntos, sin las condiciones de homogeneidad que están ligadas a la estructura.

Tal vez (merced a aquel hábito isomórfico que mencionaba más arriba), se podría figurar lo psíquico como un agenciamiento de la multiplicidad infundada tanto interior como exterior al humano. El agenciamiento es un procedimiento en el *entre* de ese encuentro que no puede ser concebido como una densidad originaria de lo psíquico de la cual devengan por biparticiones arborizantes cada vez más complejas, todas las categorías de lo psíquico con las que estamos habituados a pensar el funcionamiento mental. Por el contrario, este procedimiento es capaz de apropiaciones diversas y deslocalizadas respecto de sus antecedentes. No parece que esta idea se encuentre tan alejada de nuestros procedimientos; pensemos por ejemplo en conceptos como primera experiencia de satisfacción, identificación primaria, nuevo acto psíquico; muy apurados nos veríamos si tuviéramos que hacerlas desprender de un tronco común.

Poniendo en relación (¿haciendo conspirar?) esta línea de pensamiento con el concepto de imaginario radical y con la teoría de los magmas (Castoriadis, C., 1975 y 1986), podríamos acercarnos a la idea de una psique heterogénea (adjetivación que corresponde a lo múltiple infundado), con localizaciones densas dentro de las cuales rigen reglas de juego gratuitas (por infundadas) pero eficaces. Esta suerte de desfondamiento del psiquismo, nos acerca a concebir el humano como *dividuum* más que como *individuum* (Vattimo, G., 1985), al

tiempo que nos aleja de cualquier sueño de conciliación y/o composición.

Como psicoanalistas, somos herederos teóricos de esta heterogeneidad incomponible; ¿cuál será «*el dinamismo propio*» del pensar del psicoanálisis para abordarlo?

Advierto que las viñetas presentadas corresponden al «dispositivo individual», cuando, en realidad, los obstáculos, las interrogaciones y las novedades que vengo considerando, se han presentado en la escucha de los «dispositivos vinculares». Sin duda, variaciones del dispositivo presentan situaciones diversas. Cada dispositivo *dispone* (coloca, ordena convenientemente, decide)\* los participantes y *nos dispone* a escucharlos. Nuestra *disposición* (aptitud, capacidad, soltura)\* está reglada por la abstinencia y la atención flotante. Respecto de la abstinencia como regla ética del hacer del analista, existe consenso unánime. En relación a la atención flotante, siempre se plantea la cuestión acerca del lugar que ocupan nuestras ideas y teorías sobre lo psíquico durante la escucha. Hasta aquí pareciera que tanto los dispositivos como la disposición refieren a los lugares donde las «cosas» (participantes, ideas) se colocan. Es probable que nuestra disposición a la escucha analítica requiera también de procedimientos.

Cuando Freud enfatiza en la atención flotante la suspensión de todo foco de atención y de toda representación-meta (Freud, S., 1912), lo hace con la intención de facilitar la emergencia, también en la mente del analista, de las representaciones y sentidos del inconciente. Lo «no pensable» (lo que no «escucha») se relaciona con los puntos ciegos del analista, causados por represiones no liquidadas. Pues el pensamiento es para Freud un procedimiento que permite el re-conocimiento. «Así, el fin y término de todos los procesos cogitativos es el establecimientos de un *estado de identidad*» (Freud, S., 1895, pag. 923, bastardillas del autor). Las equivocaciones, falsedades y errores son defectos del pensamiento atribuidos,

---

\* *Diccionario de la Lengua Española*, Ramón Sopena, 1910.



bien a la defensa (represión-falso enlace) bien a fallas lógicas (defectos de las premisas, atención insuficiente, ignorancia) (ibidem, pag. 965).<sup>1</sup>

El pensar transita la vía del descubrimiento.

Me aparto, no sin temor, de esa ruta, para proponer el pensar de la invención frente a los «impensables» singulares de cada situación clínica. ¿Podrá reformularse la regla de la atención flotante en disposición larvaria de un sujeto, soporte de los dinamismos que se desencadenan en el encuentro entre los heterogéneos del vínculo psicoanalítico, cualquiera sea el número de su presentación?

Es probable que la elección de las viñetas se relacione con la idea enunciada años atrás por Julio Moreno (Moreno, J., 1999), que intuyo hoy compartida por muchos, acerca de que el psicoanálisis *es vincular*. De modo tal que los sucesos que en la sesión se despliegan, quedan abarcados y afectados por nuestros *pensares* del vínculo. De ningún modo podría desprenderse como consecuencia una consideración indiferente respecto de quiénes habitan la sesión analítica. En algunos casos, este aspecto del dispositivo se relaciona con las demandas que recibimos; en otros, con las ideas que concebimos acerca de las situaciones donde el sufrimiento se despliega y/o, también, cuál podría ser la presentación que favoreciera nuestras intervenciones. En todos los casos, tenemos además presente, qué convocatoria es posible para esa oportunidad.

Voy, entonces, pensando que el dispositivo psicoanalítico se ubica en los procedimientos del pensar con que el analista habita la situación clínica y no sólo en las condiciones y variaciones que introduce en la disposición del hábitat. Estos procedimientos no son las ideas que tenemos, ni siquiera las

---

<sup>1</sup> Si bien me estoy ciñendo aquí a las consideraciones expuestas en el «Proyecto de una Psicología para Neurólogos», no he podido hallar, en mi modesto recorrido de la obra freudiana, ningún otro lugar donde esta idea sobre los procesos cognitivos se modifique.

que vamos inventando. *Lo que escucha* un analista es intempestivo y fuerza a pensar, a «pensar (algo) ineludible aunque provisional» (Heidegger, M., 1969, pág. 1). Después, podrá formarse una idea de lo que pensó. Pensar, como movimiento terrible e intensivo, se resiste a dejarse representar en términos más razonables. Tal vez podamos figurarlo en la ronda: cuando una idea nos ronda, lo hace en la figura de las rondas de la infancia (el círculo que da vueltas y el dar vueltas alrededor del círculo); cuando pensar nos ronda lo hace en la figura del vagabundeo de «Noche de Rondas», sin rumbo ni meta.

También puedo acercar mi intervención a la ocurrencia de los caminitos de Ana. Le dije algo acerca de «*meterse en una ventana abierta*» (las negritas suplantando el énfasis verbal). No creo que fuese aún una idea. Es probable que las intervenciones, como expresión del pensar del analista, tengan ellas mismas una morfología larvaria, indeterminada. La idea que me formé luego, fue la de una paradoja entre un encierro peligroso (*¿Adónde me voy a meter?*) y una *sensación de aire, de ventana abierta*. En otro momento, me hice la idea que los caminos figuraban tanto los deseos y los temores de Ana como los inicios de una implicación subjetiva descongelada de los ideales familiares, pues la bifurcación empujaba hacia alguna elección. Todavía más tarde, cuando leí los comentarios de Deleuze acerca del disciplinamiento del placer por la vía de elevarlo a la categoría de principio (Deleuze, G., 1968, pág. 154 y sgtes.), se me ocurrieron las «ideas viales».

Las ideas pueden ser las formas que restan de pensar.

Aún hoy me inclino a pensar que tanto el destino del caminito de Ana como el destino de Ana en el caminito, son inanticipables.

## Bibliografía

- Badiou, A. (1982) *El ser y el acontecimiento*, Bordes Manantial, 1999.
- Bianchi, H. y Vaqué, M. (2001) «Apuntes sobre una metapsicología del vínculo», *Actas del II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja*, Buenos Aires, 2001.
- (2002) «Apuntes para una práctica vincular», Conferencia AEAPG.
- Castoriadis, C. (1986) *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Nueva Visión, 1998.
- (1975) *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, 1993.
- (1986) «La lógica de los magmas y la cuestión de la autonomía», en *Dominios del Hombre*, Gedisa, 1992.
- Deleuze, G. (1972) *Foucault*, Paidós, 1987.
- (1968) *Diferencia y repetición*, Amorrortu, 2002.
- (1969) *Lógica del Sentido*, Paidós, 1994.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1980) *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, 1997.
- Deleuze, G. y Barlet, C. (1985) *Diálogos*, Pre-Textos, 1998.
- Derrida, J. (1997) *La hospitalidad*, Ediciones de la Flor, 2000.
- Diccionario de la Lengua Española*, Ramón Sopena, 1910.
- Foucault, M. (1969) *La arqueología del saber*, Siglo XXI, 1970.
- (1970) *Theatrum Philosophicum*, Anagrama, 1981.
- (1966) *Las palabras y las cosas*, Planeta, 1984.
- (1984) *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI, 1999.
- *La vida de los hombres infames*, La Piqueta, 1990.
- Freud, S. (1895) Proyecto de una psicología para neurólogos, O. C., Amorrortu, 1978.
- (1900) La interpretación de los sueños, *ibidem*.
- (1901) Tres ensayos de teoría sexual, *ibidem*.
- (1912) Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico, *ibidem*.
- Heidegger, M. (1962) *La pregunta por la cosa*, Hyspamérica, 1983.
- (1962) «Tiempo y ser», Conferencia Friburgo, Enero 31, 1962, ficha.
- Nietzsche, F. (1886) *Más allá del bien y del mal*, Hyspamérica, 1983.
- (1887) *La genealogía de la moral*, Hyspamérica, 1983.
- (1873-74) *Consideraciones in-tempestivas*, Hyspamérica, 1983.
- Moreno, J. (1999) «Inconciente», Mesas Redondas Pre-Encuentro-I Encuentro de Psicoanalistas de Familia y Pareja, AEAPG, 1999.

- Pachuk, C. (2002) Comentario acerca de «Apuntes para una práctica vincular», Conferencia AEAPG.
- Tortorelli, A. (2001) «Desde el borde», *Actas del II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja*, Buenos Aires, 2001.
- Vattimo, G. (1985) *Las aventuras de la diferencia*, Ed. Península, 1998.
- Waisbrot, D. (2002) Comentario a «Pucherito de Gallina», Área de Psicoanálisis de Familia y Pareja, Conferencia AEAPG.

## Resumen

*El artículo intenta formular la idea de dispositivo psicoanalítico como los procedimientos del pensar con los que el analista habita la situación clínica. Para ello aborda, por un lado, las perspectivas del pensamiento desde las nociones de descubrimiento e invención, y por otro, la consideración del sentido de lo común como lo de todos por igual o lo de cada uno. Realiza también un somero recorrido acerca de las nociones de vínculo y cómo se han visto afectadas por corrientes filosóficas contemporáneas.*

## Summary

*The present paper approaches the psychoanalytic setting's notion as the «thinking procedures» with which the psychoanalyst inhabits the clinical situation. To reach this purpose, the article considers the thinking procedures in the discovering or invention's way, and the formulation of common meanings as those belonging all equally or belonging to one each. It also performs a concise tour along the bound's notions and how they have been affected by the contemporary philosophical tendencies.*

## Résumé

*L'article tente de formuler l'idée de dispositif psychanalytique comme les procédés du penser avec lesquels l'analyste*

*habite la situation clinique. Elle aborde à cet effet, d'une part, les perspectives de la pensée depuis les notions de découverte et d'invention, et de l'autre la considération du sens du commun comme celui de ce qui appartient également à tous ou de ce qui appartient à chacun. Elle fait aussi un parcours sommaire des notions de lien et de la manière dont celles-ci se sont vues affectées par les courants philosophiques contemporains.*

# **Interrogaciones**

**Gloria Barros de Mendilaharzu \***

**Graciela Bianchi \*\***

**Oscar De Cristóforis \*\*\***

**Silvia Gomel \*\*\*\***

**Cielo Rolfo \*\*\*\*\***

**Miguel Alejo Spivacow \*\*\*\*\***

**Susana Sternbach \*\*\*\*\***

**Daniel Waisbrot \*\*\*\*\***

- (\*) Licenciada en Psicología. Miembro Adherente de la AAPPG. Miembro del Departamento de Parejas de la AAPPG. Av. Luis M. Campos 1151, Dto. 7 (1426) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4771-6654. E-mail: gloriabarros@uolsinet.com.ar
- (\*\*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de la AAPPG. Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica del Sur (SPS). Directora del Centro Asistencial de la AAPPG, «Dra. Andrée Cuissard». José L. Pagano 2601, 5to. (1425) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4802-4780. E-mail: gbianchi@fibertel.com.ar
- (\*\*\*) Licenciado en Psicología. Licenciado en Ciencias de la Educación. Miembro Adherente de la AAPPG. Pereyra Lucena 2516, 3° 11 (1425) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4807-6805. E-mail: oscarcd@feedback.net.ar
- (\*\*\*\*) Licenciada en Psicología y Sociología. Miembro Titular de la AAPPG. Coordinadora de la Secretaría Científica de la AAPPG. Pico 1805 (1429) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4701-5328. E-mail: sgomel@sinectis.com.ar
- (\*\*\*\*\*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de la AAPPG. Miembro Titular del Colegio de Psicoanalistas. Miembro Pleno de la Sociedad Psicoanalítica del Sur (SPS) Acoyte 930, 6° B (1405) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4983-4723. E-mail: cielorolfo@hotmail.com
- (\*\*\*\*\*) Médico Psiquiatra, Psicoanalista. Miembro Titular con función didáctica de APdeBA y Miembro Adherente de la AAPPG. Ortiz de Ocampo 2561, 9° A (1425) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4804-8080. E-mail: miguelspc@elsitio.net
- (\*\*\*\*\*) Licenciada en Psicología y Sociología. Miembro Pleno de la Sociedad Psicoanalítica del Sur (SPS), Miembro Titular y ex-Presidente de la AAPPG. Ciudad de la Paz 3535, 10° A (1429) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4701-2408. E-mail: susanasternbach@hotmail.com
- (\*\*\*\*\*) Psicoanalista. Miembro Titular de la AAPPG. Julián Álvarez 2346, 7° D (1425) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4831-9168. E-mail: danielwaisbrot@fibertel.com.ar

*Decidimos realizar este reportaje a un grupo representativo del Departamento de Pareja de la AAPPG que presentó un trabajo a fines del 2002 denominado «El vínculo de pareja, entre la novedad y la historia».*

*Encontramos en estos autores, aun en sus divergencias, una posición otra del psicoanálisis vincular. En consonancia con el espíritu múltiple, que no elude el debate y la confrontación, publicamos el mismo.*

*Gloria Barros de Mendilaharzu*

*Revista: ¿Cuál es su criterio actual respecto de la transferencia vincular? ¿Sostiene aún el concepto de predominancias estructurales? En ese caso ¿qué lugar tienen las ideas de ajenidad?*

Por ser la transferencia un concepto pilar tanto de la teoría cuanto de la práctica del psicoanálisis, fue necesaria su definición en el nuevo ámbito que inauguraron las configuraciones vinculares. Surgió así la conceptualización de transferencia de las predominancias estructurales (Mendilaharzu, G.; Waisbrot, D., 1996) coherente con las definiciones teóricas vigentes en nuestra asociación en ese momento, caracterizadas por una fuerte impronta del estructuralismo, en la cual ya había hecho mella la teoría del acontecimiento. Intentamos precisar un concepto que diera cuenta en el campo del psicoanálisis de pareja, de algo similar a lo que conocemos por neurosis de transferencia en el dispositivo bipersonal.

Fue por esta razón que la definimos como un modo relacional estable o privilegiado de los componentes de la pareja entre sí y con el analista. Estructura que no es fija sino que está sujeta a cambios debidos a las mutaciones azarosas que imponen tanto la presencia de cada uno de sus miembros, cuanto el impacto de la realidad.



Consideramos que la transferencia va más allá de la mera repetición: nos interesaba articular lo que permanece y lo que cambia, por eso junto a la palabra «estructurales», ubicamos «predominancias». Pensamos que la instauración de un tratamiento psicoanalítico, en este caso de pareja, crea una verdadera «producción de transferencia» (Macalpine, Ida, 1950) que incluye, según lo planteó Laplanche para el análisis bi-personal, la producción de energía nueva o neogénesis (Laplanche, J., 1990) con la posibilidad de abrir nuevas vías para el placer y la sublimación.

Otro elemento que tomamos en cuenta fue la idea de escenificación, considerando a ésta como un relato paralelo: los miembros de la pareja al mismo tiempo que relatan, escenifican en la sesión los avatares de la constitución del vínculo y el tipo de funcionamiento predominante al que ambos aportan. Este guión incluye al analista a quien se adjudica una determinada posición en el mismo. La sesión constituye de este modo una pantalla apta para el armado de una escena en la cual se hacen visibles ciertos aspectos del vínculo que permanecen inconcientes para sus integrantes.

Lo anterior apunta a la idea que consideramos a la transferencia de predominancias estructurales un concepto apto en lo teórico y clínico. Seguramente ahora ponemos aún más el acento en lo cambiante que en lo fijo que transmite la idea de estructura.

Sin embargo la clínica nos enfrenta en forma permanente con la repetición y es esta misma la causa del sufrimiento por el cual se realiza la consulta. Suponemos que el hecho de pertenecer a una pareja propone a cada uno de sus miembros un trabajo para acotar la identidad y abrirse a la vincularidad, y a la dimensión de lo ajeno propio y del otro. Pero también observamos que en la mayor parte de las parejas –especialmente en las que se inclinan hacia un polo fusional o especular– este trabajo se ve obstaculizado por el goce que tiende a la repetición, fija a cada uno en posiciones poco variables y forma sólidas tramas vinculares, con poca aptitud para reconocer y procesar lo nuevo. Se establece así una lógica del UNO, lu-

cha por mantener un único punto de vista en el cual lo que parece generar la presencia del otro es sólo el intento de anularla. Intento que probablemente también se ejerza con el analista –y aquí estamos en el campo de la transferencia de las predominancias estructurales– en tanto éste procure mostrar algo nuevo o diferente.

Transferencia y ajenidad son términos que provienen de diferentes campos epistemológicos. El primero tiene una larga historia desde el inicio del psicoanálisis: su importancia como concepto teórico y su eficiencia como herramienta clínica han sido probadas. Ajenidad es un concepto que se ha importado de la Filosofía y pienso que todavía requiere un trabajo de transcripción, en especial para su aplicación clínica. Me parece necesario pero no suficiente señalar a un paciente que el otro es distinto, no es como lo ve o «como se lo imagina en su cabeza/mente», señalamiento que apunta a que el otro está allí en calidad de objeto y no de sujeto del vínculo. Este señalamiento puede constituir el primer paso en un proceso de interpretación que muestre también los lugares que suelen ocupar los integrantes de la pareja en el conflicto, y que vaya develando la trama fantasmática a la que ambos aportan.

*Graciela Bianchi*

*Revista: ¿A su criterio qué aporta el concepto de género en el psicoanálisis vincular y en la práctica clínica con parejas y familia?*

*¿Dicho concepto se encuentra en el campo del Yo o en el inconciente?*

*¿Cuál es la relación entre género y pulsión?*

El concepto de género entendido como lo referido a la distinción femenino-masculino, desnaturaliza las características femeninas y masculinas y lleva a plantearse las condiciones de producción de las mismas, como toda reflexión que ponga de manifiesto las raigambres inconcientes e ideológicas de nuestros pensamientos y manera de ver el mundo. Las preconcepciones en relación a las funciones y las normalidades

adscriptas a hombres y mujeres tienen un peso mayor en el trabajo vincular por la fijación de los sujetos a funciones socialmente instituidas y parte de un imaginario social del cual participan los psicoanalistas.

La relación del discurso con las categorías sociales de género permiten, a mi criterio, orientar las interpretaciones hacia la circulación deseante inconciente más que a las normas instituidas socialmente.

Y así voy entrando en la segunda pregunta. El concepto de género se ubica en relación a la identidad y como toda identidad tiene su asentamiento en el yo, con aspectos concientes e inconcientes. La identidad adquirida y sostenida por exclusión de sus contrarios no es del estilo del funcionamiento inconciente donde no hay contradicción.

Podríamos decir que las características de género pueblan el inconciente, como inscripciones e identificaciones pero que no entran en contradicción ni habría por qué elegir entre unas u otras. No obstante, una vez en el terreno del proceso secundario, la disyunción se impone y habrá que elegir una u otra posición.

Con respecto a lo pulsional, diría que las pulsiones no tienen género aunque las primeras inscripciones vayan a demarcar territorios que serán poblados por unas y otras representaciones.

La pulsión no distingue más allá del objeto que le permita su descarga aunque los niveles de placer obtenidos con esa descarga dependan de múltiples factores que irán teniendo en cuenta unidades cada vez más complejas, donde se va jugar el sexo-género de las personas ya en un plano de la economía deseante.

Voy a remarcar, entonces, el peso que la dimensión intersubjetiva tiene en la constitución del deseo en la medida que el ordenamiento de la sexualidad genital bajo las formas hombre o mujer se va a ir dando en relación al otro. En ese sentido

tendríamos que pensar en términos de cómo cada vínculo arregla *ese* lugar de la diferencia sexual, teniendo en cuenta que identidad y orientación del deseo sexual no son la misma cosa, que la identidad de género no cubre el campo de la elección de objeto amoroso. La lógica que acomoda ese encuentro amoroso no sería la de la falta sino la de la suplementación, donde la dinámica inconciente puede trabajar en el sentido de abolir o hacerle un lugar en los vínculos a lo real de la diferencia. De este modo, se abre un espacio de producción singular y de una estabilización fantasmática que haga posible un anclaje del sujeto y soporte de la alteridad.

*Oscar De Cristóforis*

*Revista: ¿Cómo aplica las ideas de complejidad en el campo vincular? ¿Cuál es su lectura de la relación entre sujeto, vínculo y cultura?*

Creo que desde hace ya un tiempo nuestras «conversaciones» sobre lo vincular están notablemente teñidas de conceptos que provienen de lo que hoy solemos llamar «ciencias de la complejidad», es decir de los nuevos paradigmas científicos que se oponen a la mayoría de las premisas de la modernidad, premisas que poco a poco van perdiendo validez o son fuertemente cuestionadas.

La complejidad es ante todo un paradigma –conjunto de técnicas, normas metodológicas, ideas filosóficas, etc., que junto con determinadas teorías dominan en el seno de una comunidad científica, y que ésta a su vez defiende, produce y transmite–; es además una forma de pensar el mundo; ejerce su poder en todos los ámbitos del discurso: el semántico, el lógico y el ideológico.

El paradigma de la modernidad, positivista esencialmente (que aún hoy sostienen muchos), es fundamentalmente atomista, simplista, elementalista e individualista; enfatiza lo interno, la objetalización, el aislamiento y la soledad individual; valora el determinismo de los fenómenos, la experiencia sen-

sible, la verificación empírica, la lógica formal binaria, las concepciones esencialistas, aisladas (no vinculares) y estáticas.

En cambio, el paradigma emergente con el que estamos familiarizándonos, es relacional, sistémico, enfatiza la red de relaciones en que nacen y se desarrollan las cosas, las personas, los eventos. Las partes de un todo y sus propiedades sólo adquieren sentido en la interacción y por relación a la organización total (hipótesis de identidad dinámica). La totalidad compleja no puede explicarse por sus componentes. Cada sistema está abierto en interacción con su medio. El universo se visualiza como un entramado relacional. Las preguntas sobre las causas dejan paso a la idea de «condiciones de emergencia», es decir, factores co-productores que se relacionan con la aparición de la novedad.

Para la modernidad el mundo se podía conocer con certeza objetiva. Hoy decimos que las ideas, conceptos, recuerdos surgen del intercambio, de la interacción social y son mediatizados por el lenguaje. Todo conocimiento evoluciona en el espacio *entre* las personas. Desde los «juegos del lenguaje», los grupos y las personas construyen formas de vida personal y social. Se pone el énfasis en las redes de relación más que en los individuos. El sentimiento de identidad se desarrolla en permanente conversación con sus íntimos.

La enumeración de los nuevos aportes podría, por supuesto, continuar. Lo que quiero destacar es que cada una de estas características citadas tienen una incidencia directa sobre la manera en que hoy estamos pensando los procesos vinculares (que son a la vez sociales, culturales, históricos, políticos...).

La sociedad no puede explicarse solamente por las características de los individuos que la componen sino por la organización relacional y transformadora que esos mismos individuos hacen emerger. Los procesos sociales son, entonces, *organizacionales*, procesos de estructuración, procesos de configuración. Son modelos que sostienen lo fluido, la constante creación de nuevos sentidos, que eliminan la rigidez y estabi-

lidad; que dejan paso al azar, a lo impredecible, a la incertidumbre.

En ese sentido es imposible no tomar en cuenta lo social histórico, tanto para la filosofía como para el psicoanálisis.

El individuo que el psicoanálisis encuentra es siempre un individuo socializado lo mismo que el individuo que lo practica, es decir ambos atravesados por la cultura. Yo (moi), superyo, ideal del yo, son impensables, salvo en tanto productos (a lo sumo co-producidos) del proceso de socialización.

No hay oposición individuo-sociedad, el individuo es una creación social. La verdadera polaridad es sociedad-psique.

La socialización no es una simple operación de adjuntar elementos exteriores a un núcleo psíquico que quedaría inalterado; sus efectos están inextricablemente entramados con la psique que sí existe en la realidad efectiva. El sujeto se constituye como sujeto en la trama social en que habita. Es sólo en y a través de lo social que un sujeto y una intersubjetividad se vuelven posibles. Como lo expresa C. Castoriadis, lo social es el colectivo anónimo siempre ya instituido *en y a través* del cual los sujetos pueden aparecer.

Además, conceptos como «sistema», «organización», «emergencia», «constreñimiento», «recursividad», «co-dependencia» a la luz del paradigma de la complejidad, me parecen sumamente operativos y de gran riqueza para entrecruzarlos con las reflexiones que venimos produciendo acerca de lo vincular.

Por ejemplo: podríamos considerar a una pareja como *un sistema, una unidad global organizada de interrelaciones y acciones en constante intercambio con el medio socio-cultural*, y poner a trabajar muchas de las ideas que E. Morin propone para las unidades complejas.

No voy a extenderme más por razones de espacio; pero creo que algunos de los conceptos mencionados son de una

tremenda utilidad para el campo de las configuraciones vinculares. Está en nosotros poderlos aplicar e integrar a los desarrollos que venimos realizando a lo que solemos nombrar como «la perspectiva vincular en psicoanálisis».

*Silvia Gomel*

*Revista: ¿En una terapia de pareja, cuál es la relación entre la práctica vincular y la vertiente individual de cada sujeto? ¿es conveniente en el setting del tratamiento vincular efectuar entrevistas a cada uno, a qué apuntaría en ese caso?*

La perspectiva vincular en psicoanálisis surgió como reacción teórica frente a la idea de un sujeto constituido únicamente a partir de los encuentros primordiales, y por ende cerrado a la posibilidad de nuevas inscripciones fundantes. Se trataba de atravesar dicha conceptualización para instalar los vínculos presentes y actuales en el horizonte epistemológico del psicoanálisis –estatuto de lo vincular en el sujeto–, rompiendo con una concepción propia del solipsismo.

Hoy, muchos años después y con un edificio teórico acerca de lo vincular en plena construcción, la pregunta de la Revista abre a la posibilidad de repensar el lugar del sujeto –reconsiderado a la luz de sus tramas relacionales– en los vínculos que habita y lo habitan.

Parto de la idea del vínculo como una «unidad múltiple», concepto introducido por Morin, organización compleja que emerge simultáneamente con los sujetos a quienes enlaza.

«Pensar en una unidad múltiple supone sustituir el paradigma de disyunción/reducción por un paradigma de distinción/conjunción que permita distinguir sin desarticular, asociar sin identificar o reducir».

A su vez, considero al sujeto como un montaje complejo entre lo que permanece y lo que cambia –lo que permanece cambiando y lo que cambia permaneciendo– entre núcleos

pulsionales, identificatorios y deseantes surgidos en la trama relacional constituida por los otros primordiales y en transcripciones simbolizantes impuestas por las exigencias de los vínculos actuales.

Detengámonos aquí. La noción unidimensional del sujeto como sujeto del inconciente, cerrado a partir de la epopeya edípica, supuso el reduccionismo de lo actual a lo pretérito, desconociendo el poder instituyente de la vincularidad en el devenir sujeto. Pero el reduccionismo, por oposición, corre el riesgo de conducir a la tentación del Todo vincular y a la homogeneización de las diversidades subjetivas que juegan su partida en lo relacional. En esta dirección, la pregunta por el sujeto aparecería como «ruido», perturbación o error que resulta necesario eliminar pues haría tope a la aprehensión de la lógica vincular. Queda así planteada la relación sujeto/vínculo en términos antinómicos de disyunción y anulación recíproca, llevando a la emboscada de un nuevo rostro del reduccionismo.

Poniendo a trabajar la frase citada anteriormente de Morin, estimo que en el trabajo vincular se hace necesaria una doble operación simultánea: *distinguir* aquello que cada sujeto aporta al vínculo, a partir de su historia y sus itinerarios vivenciales, para avanzar sobre la *conjunción* que especifica ese vínculo y obra sobre los partenaires. Proceso recursivo, bucle en el cual los resultados y los efectos son, al mismo tiempo, condiciones y productores de aquello que los produce. El vínculo construye a los sujetos que construyen el vínculo que construye a los sujetos, en un devenir atravesado por la temporalidad. La idea recursiva rompe con la linealidad producto/productor, porque los efectos reaccionan sobre aquello que los produjo en un ciclo autoorganizativo.

Lógica paradójica cuyos términos reúnen lo uno y lo diverso, asociando flujos a la vez complementarios y antagónicos. La noción de ambigüedad pierde aquí su valor negativo, pues arroja luz sobre la heterogeneidad radical entre los sujetos y el vínculo, a la vez que puntúa su asociación inseparable. Me parece saludable estar alerta tanto a la dilución del vínculo en



una concepción reduccionista del sujeto, como a la dilución del sujeto en una teorización, igualmente reduccionista, del vínculo.

«Distinguir sin desarticular»: poder visualizar a cada uno de los sujetos según su singularidad diferencial abierta a los enlaces vinculares. «Asociar sin identificar o reducir»: esfuerzo de trabajar sobre las producciones vinculares sin evanecer a los sujetos que las configuran. De este modo se enriquece, a mi parecer, el abordaje de los sujetos a partir del develamiento de sus enlaces vinculares, y en un mismo movimiento se ahonda en las vicisitudes de la especificidad vincular apoyada en la dramática de los sujetos que la constituyen. Flujos heterogéneos, legalidades diversas en simultaneidad.

En cuanto a la segunda parte de la pregunta, me evoca la diferencia entre las nociones de programa y estrategia. Un programa es una secuencia de actos definidos *a priori* que funcionan unos tras otros sin variar, adecuado cuando el sistema se encuentra en equilibrio. La estrategia, en cambio, consiste en un escenario de acción abierto a modificarse en función del devenir temporal, del azar, del fluir de las situaciones, en fin, de la incertidumbre.

El dispositivo es para mí parte de una estrategia y, por lo tanto, supone la posibilidad de variación a lo largo de un proceso de análisis. En ese sentido no creo en «la conveniencia» de entrevistas individuales en un tratamiento de pareja, pero sí en la opción de utilizarlas si me pareciera necesario.

Como recurso pensado en la mente del analista el dispositivo no puede ser uno y único, pues se corre el riesgo del acorralamiento de los pacientes en ese espacio unidimensional. Incluir entrevistas individuales en el curso de un tratamiento de pareja, puede ser en una determinada situación la única herramienta posible para que el proceso continúe; en otros momentos aparece quizá a la manera de un intento de proteger la vida psíquica o física de alguno de los integrantes. Un dispositivo inmóvil se encuentra lógicamente más cercano a una ideología que a un recurso, en cuanto a la generalización

de su uso más allá de contextos cambiantes. En tal sentido, la variación de dispositivos muestra la implicación ineludible de un analista en situación, junto con la posibilidad de imaginar, como escribí con otros colegas,<sup>1</sup> cierta «anormalidad» de los dispositivos para mantener la mayor fidelidad posible con la clínica.

### *Cielo Rolfo*

*Revista: ¿Cómo piensa los conceptos de origen, mito y fantasma en el psicoanálisis vincular, están en oposición a la presentación, en todo caso qué prioriza en su lectura y en su práctica?*

El tema del origen ocupa un lugar teórico importante en el campo conceptual del psicoanálisis clásico. Desde Freud, avanzando a través de los autores postfreudianos, se observan intentos de teorización de un origen cada vez más temprano. En Freud, por ejemplo, las manifestaciones del complejo de Edipo en la infancia abarcan un período de tiempo entre los dos años y medio, aproximadamente, y los seis años. Mientras que Klein desarrolla el concepto del complejo de Edipo temprano y lo ubica, cronológicamente, alrededor de los seis meses. Cuanto más se retrocede en el tiempo, hacia un origen psíquico cada vez más temprano, los intentos de conceptualización se completan con la especulación teórica, por no poder someterlos a la puesta a prueba de la experiencia psicoanalítica.

¿Qué lugar ocupa el tema del origen en el psicoanálisis de los vínculos? Me propongo el camino inverso: en lugar de plantear hipótesis con la imposibilidad de confirmarlas o refutarlas en la práctica clínica, parto de dicha experiencia. Muchas veces en el campo de la clínica vincular, desde el dispositivo del psicoanálisis de pareja, nos interrogamos y

---

<sup>1</sup> Casanova, Dabbah, Edelstein, Gomel, Rojas, Visus: Estrategias en la incertidumbre. Relato de una experiencia en equipo. Trabajo presentado en la XVIII Jornada Anual de la AAPPG, 2002.

discutimos acerca del lugar, la función y el sentido de las preguntas del analista, en las primeras entrevistas, en relación a ciertos datos, fechas, detalles y anécdotas de la vida cotidiana, de las historias de vida de cada integrante de la pareja, de sus respectivas familias de origen, del momento en que se desencadenó el conflicto, o del comienzo de la relación. Más allá de las intervenciones del analista, si pregunta más o menos, observamos como un dato, hecho o hallazgo de la experiencia clínica que, en general, las parejas hablan, desde las primeras entrevistas y en diferentes momentos del proceso analítico, de las circunstancias que rodearon al primer encuentro, de cómo y dónde se conocieron, del enamoramiento o desenamoramiento y del comienzo de los conflictos. Frente al desencadenamiento de una crisis o bajo los efectos de su reactivación, vuelven a relatar, una y otra vez, las historias de cómo se conocieron. Con Elsa Grassano y un grupo de integrantes del Departamento de Pareja de la AAPPG (1989/1990), lo denominamos distintas versiones del «mito de origen» de la pareja. Este se perfiló como un eje central para la observación de las transformaciones y nuevos sentidos que adquiere el vínculo a lo largo de su devenir analítico. Pasaje de la ilusión de un único origen al despliegue de diferentes relatos de aquel momento inaugural olvidado o desconocido, del fantasma de un pasado como etapa fija y cristalizada en el tiempo a la asunción de un presente que no sea una reviviscencia o repetición del pasado sino una puesta en orden, una resignificación de ese pasado. El mito de origen de la pareja es un relato que, bajo una forma alegórica, intenta una explicación de los motivos de la elección amorosa, del porqué y para qué se lo eligió al otro, y de las circunstancias que rodearon al encuentro inicial. Explicación que no se puede abarcar de una manera total ni absoluta, de una vez y para siempre. Por la sobredeterminación del inconciente y por la idealización de rasgos parciales del otro de la pareja, siempre queda un resto inasible, desconocido, inexplicable. Resto que se convierte en motor de la búsqueda de nuevos sentidos, del desarrollo de distintas versiones del mito de origen.

Decíamos que en medio de la crisis, la pareja buscaría reencontrar aquellas condiciones que gestaron el comienzo de la

relación. ¿Intento de refundación del vínculo sobre los mismos recorridos y vicisitudes del pasado, como si el tiempo no hubiera transcurrido? ¿Despliegue de un nuevo circuito repetitivo? ¿Relanzamiento de otra vuelta en espiral del proceso elaborativo, en relación a aquel resto de lo desconocido o irrepresentable de los primeros encuentros con el otro? ¿Un nuevo tramo en el trabajo de elaboración de lo inasimilable de la crisis actual, intentando asimilarla a lo familiar y conocido, a un fragmento del pasado ya vivido?

Cada sujeto aporta a los primeros encuentros con otro los mitos de su familia de origen, que reproducen una parte de los mitos del contexto sociocultural al que pertenece, y sus fantasmas individuales. A medida que transcurre el tiempo y que la presencia del otro del vínculo hace sentir sus efectos de subjetivación sobre el sujeto, entre ambos producen el fenómeno de la interfantasmaticación, entrecruzamiento de las fantasías de cada uno que crea, a partir de allí, una construcción nueva: el mito de origen de la pareja. La interfantasmaticación y los mitos de origen forman parte de la producción vincular inconciente. La definimos como el intercambio entre el sujeto del vínculo con el otro del vínculo, que se realiza en forma recíproca en la pareja (Presentación de un grupo de investigación coordinado por el Dr. Héctor Krakov y el Dr. Carlos Pachuk).

El mito es una construcción conjunta que tiene una función simbolizante de la fantasmática de la pareja. Es una producción del orden de lo imaginario que no sólo es una vía regia de acceso al inconciente, sino que es un proceso de elaboración en sí mismo. El mito es un articulador entre el fantasma individual, la interfantasmaticación y el imaginario colectivo; entre el sujeto, el vínculo y la cultura. Revela aspectos del acuerdo inconciente de la pareja, los sostiene y mantiene ocultas modalidades vinculares temidas y aquellos fragmentos de verdad histórica asociados a experiencias de dolor intolerable. Fragmentos que regresan a través de la repetición de situaciones que rompen el acuerdo y cuestionan lo que el mito relatado pretende sostener. Repetición y mito constituirían dos versiones de una misma estructura, en la que la repetición aportaría aquellos aspectos de la dimensión vincular

que el mito intenta mantener ocultos. Nos acercamos al concepto de la presentación que para nosotros sería el otro del vínculo con dos zonas: alteridad (campo de la positividad) y ajenidad (campo de la negatividad). La temática de la alteridad del sujeto del vínculo produce en el otro del vínculo curiosidad, el deseo de conocerlo y el fenómeno del malentendido. Y la imposición de la ajenidad del otro provoca, en el sujeto del vínculo, efectos de sorpresa, confusión, la imposibilidad de conocerlo y, en situaciones extremas, el impacto de lo traumático.

Propongo mantener una tensión productiva entre origen, mito y fantasma; presentación y representación; repetición y mito; sujeto, vínculo y cultura, que le hace honor a la complejidad de la clínica y de las teorías vinculares.

*Miguel Alejo Spivacow*

*Revista: ¿Cuáles son los indicadores clínicos y los criterios de curación en un psicoanálisis de pareja? ¿Cuando atiende una pareja, qué se propone lograr? ¿es posible hacerse esta pregunta?*

Me gustaría, para poder ser claro, diferenciar las cuestiones a que alude la pregunta y al mismo tiempo reordenarlas: a) *los logros buscados por el analista*, b) *los indicadores clínicos que llevan a indicar una terapia de pareja* y, c) *los criterios de curación*.

*¿Qué se propone lograr un analista cuando atiende a una pareja?* La pregunta no sólo es posible sino fundamental. Lo primero y central a responder es que la clínica psicoanalítica se mueve siempre con un alto respeto por la singularidad del paciente. No se trata de proponer un «ideal de pareja», por ejemplo «que discutan menos». En términos generales los logros a conquistar son que ambos compañeros sufran menos y puedan funcionar en la pareja más acorde con sus deseos. También un buen resultado de un tratamiento de pareja puede ser el divorcio.

En cuanto a los *indicadores clínicos* que llevan a proponer una terapia de pareja, la respuesta requiere una puntualización teórica previa: en todo suceso psíquico se pueden distinguir tres dimensiones: intersubjetiva, intrasubjetiva y transubjetiva. Obsérvese que –a diferencia de otros autores– digo «*dimensiones*» y no «*espacios*». Pensar en la clínica con esta perspectiva tridimensional nos permite diagnosticar cuándo las determinaciones intersubjetivas predominan sobre las transubjetivas y las intrasubjetivas, de forma tal que entre ambos sujetos de la pareja se arma un espacio psíquico en que estimulan, inducen y retroalimentan en el otro ciertos funcionamientos psíquicos, especialmente los sufrimientos por los que consultan. De acuerdo a esta perspectiva teórica, si se piensa que el dispositivo de pareja ofrece alguna ventaja sobre el dispositivo individual o algún otro, es porque se evalúa que los funcionamientos propios de la dimensión intersubjetiva del psiquismo tienen predominancia en los sufrimientos por los cuales los sujetos consultan.

Esta es la razón de porqué en ciertas situaciones indicamos terapia de pareja y no otro tipo de terapia. Y retomando la primera pregunta, ahora desde otro punto de vista, el primer logro que un tratamiento analítico de pareja busca es el *insight* sobre los funcionamientos referidos a la dimensión intersubjetiva: que los partenaires entiendan que ese sufrimiento por el que consultan está construido por ambos y que el trabajo terapéutico consiste en entender ambas participaciones.

Siguiendo en la pregunta *b)*, pero ahora en el nivel semiológico, los *indicadores clínicos* que sugieren la prevalencia de la dimensión intersubjetiva en el sufrimiento vincular en cuestión no son los síntomas que toma en cuenta la clásica semiología psiquiátrica y psicoanalítica (fobias, obsesiones, conversiones, etc.). Los indicadores más frecuentes y a los que hay que prestar atención son las discusiones interminables, las violencias recíprocas, el aburrimiento en la relación, los síndromes depresivos, la ausencia de comunicación, las dificultades sexuales, los roces en la convivencia. Otro indicador habitual son las patologías en los hijos, que merecerían un capítulo aparte.

Las temáticas y/o problemáticas que subyacen a estos indicadores son muy variadas, aunque algunos tópicos habitualmente juegan un papel más frecuente: la disputa por el poder, la recíprocamente trófica o distrófica regulación de la autoestima, la vitalidad o debilidad de la atracción sexual, la existencia de una sintonía validante como núcleo de la comunicación, las problemáticas de la fusión ↔ autonomía, los ideales sobre el vínculo de pareja, etc. Llamativamente, los terapeutas de pareja nos encontramos con que estas últimas cuestiones, aunque muchas veces parecen pedirlo a gritos, son poco trabajadas en los tratamientos individuales. La razón es que no son items valorizados en las teorías psicoanalíticas «tradicionales».

Un analista de pareja puede ayudar mucho en los indicadores anteriormente mencionados o en otros... siempre y cuando los miembros de la pareja tengan deseo en investigar su vínculo, quieran verdaderamente realizar el trabajo psíquico de descubrir los modos y caminos por los cuales la pareja ha llegado al punto de sufrimiento en que está. Los tratamientos por «compromiso formal» suelen no servir.

En cuanto a c), los *criterios de curación*, dependen de la singularidad del caso. El *insight* que va logrando un tratamiento de pareja se centra en la bidireccionalidad, en cómo uno induce la conducta del otro, en cómo el sufrimiento es una construcción conjunta, en las condiciones de fundación del vínculo y en los cambios que determinaron la consulta, en los funcionamientos psíquicos –que en virtud de los ensambles o alianzas inconcientes–, han sufrido una modificación y juegan ahora un papel en la determinación de la descompensación. Lo que el tratamiento puede aportar es *insight* y que el *insight* sobre los funcionamientos propios y ajenos destrabe circuitos de maltrato recíproco y potenciación de la agresión. También, porqué no, en muchos casos aporta la concreción de un divorcio beneficioso. Como se puede ver, hay diferencias entre el *insight* al que aspiramos y a veces logramos en una terapia de pareja respecto del que sucede en una terapia individual. En la terapia de pareja el *insight* tiende a focalizarse, aunque no exclusivamente, en los funcionamientos en que

predomina la bidireccionalidad (dimensión intersubjetiva) con el partenaire.

En las parejas fusionales, que son muy comunes, el proceso terapéutico se acompaña de una disminución de la fusión, con la posibilidad de discriminación de cada miembro, es decir, que cada uno pueda hacerse cargo de las problemáticas propias. En estos vínculos, un criterio de curación habitualmente señalado ha sido la discriminación. Pero en la parejas hiperdiscriminadas el criterio terapéutico es otro, a saber que puedan construir nuevos canales de comunicación, una forma diferente de contacto afectivo. También son distintos los criterios de curación en las parejas endogámicas, o en las pasionales. No creo que sea una buena aproximación establecer una lista general de objetivos terapéuticos o criterios de curación. El criterio abarcador sería decir que el tratamiento busca obtener *insight* en los funcionamientos en los cuales es protagonista la producción recíproca de subjetividad, es decir, la dimensión intersubjetiva.

Preguntándose por la problemática de la maternidad y sus resultados en el niño, Winnicott acuñó una fórmula y habló de «la madre bastante buena» (*good enough*). Con la evaluación del funcionamiento psíquico de las parejas pasa como con la maternidad: algunas son «bastante buenas» y otras no. La pareja «bastante buena» es aquella en que el modo de intercambio es subjetivamente satisfactorio para ambos y auspicia, también en ambos, desarrollos fructíferos de los potenciales individuales. Los conflictos intersubjetivos se desenvuelven de una manera plástica, con cierto equilibrio, siempre inestable entre fusión y autonomía, permanencia y cambio, dialécticas que conllevan la oscilación entre el amor y el odio, inherente al vínculo de pareja. Así entendida, una pareja «bastante buena» pasa por momentos en que no lo es. O sea que los estados de bienestar en la pareja no son algo que se adquiere de una vez y para siempre.



*Susana Sternbach*

*Revista: ¿Cuáles son los bordes, rupturas y enlaces entre los conceptos filosóficos y la metapsicología? ¿Es conveniente sostener las disciplinas o por el contrario desterritorializar las mismas? ¿A qué atribuye el auge actual de los aportes filosóficos en las terapias vinculares?*

No es sencillo abordar las múltiples relaciones entre el psicoanálisis y la filosofía. El mismo Freud tuvo una posición ambigua y cambiante respecto del campo filosófico. Como sabemos, se ocupó de delimitar claramente las fronteras entre su proyecto metapsicológico y las ambiciones totalizadoras de la filosofía como *Weltanschauung*. No obstante, las referencias filosóficas se encuentran presentes en tramos fundamentales de su obra. Desde *El Banquete* de Platón, que sirviera de apoyatura a su concepción del Eros y del amor, hasta las remisiones a Kant, a Schopenhauer, a Nietzsche, que se encuentran en diversos escritos de la obra freudiana. No cabe duda que textos como *Más allá del principio del placer* portan la impronta de las lecturas filosóficas del inventor del psicoanálisis.

De modo que el psicoanálisis ha dialogado con el saber filosófico desde su mismo nacimiento. Hoy asistimos a un renovado interés por este campo de parte de numerosos psicoanalistas, interés que retoma esta importante apertura. Por lo demás, es probable que quienes trabajamos con una perspectiva vincular dentro del psicoanálisis nunca hayamos sustentado la propuesta de una teoría cerrada sobre sí misma: la sola indagación del lazo vincular y social nos ha colocado en una posición de cuestionamiento respecto de un psicoanálisis pensado como autónomo o autosuficiente. Tampoco olvidemos que la teoría misma invalida tal posibilidad: el concepto fundamental de *castración*, eje de la teoría, se abre también al campo del conocimiento, al instalar una lógica de la incompletud que alcanza al plano de la verdad. Converge, en este punto, con una epistemología compleja, basada en el reconocimiento de la insuficiencia de cualquier saber para dar cuenta de la pluralidad contradictoria de lo humano. Es por eso

que necesariamente el psicoanálisis requiere de la interlocución con otros saberes; diálogo que aspira a un conocimiento multidimensional que jamás logrará saturar la verdad.

Tampoco la filosofía posee fronteras impermeables a los debates del psicoanálisis. Psicoanálisis y filosofía se despliegan la una sobre el horizonte de los desarrollos de la otra. Y esto, no en abstracto, sino en relación con las condiciones de enunciación históricas que constituyen el suelo de una producción múltiple que es siempre una producción de época.

Así como no existe *un* psicoanálisis, sino múltiples lecturas y acercamientos a la teoría, de igual modo tampoco hay *una* filosofía sino diversas aproximaciones filosóficas enraizadas en condiciones sociohistóricas. Todo esto, sobre el trasfondo de los entramados de poder que, tal como desarrollara Foucault, son indisociables del mundo de las ideas y del saber.

Desde esta perspectiva, el actual diálogo del psicoanálisis con la filosofía posee un renovado efecto de apertura. Por lo pronto, por el necesario descompletamiento que produce en relación a los propios saberes cristalizados. Por otra parte, porque al interrogar las apoyaturas filosóficas implícitas en las formulaciones psicoanalíticas, sacude las naturalizaciones y promueve la interrogación de lo con-sabido. Referencia esta última que pone el acento en la fuerza de las pertenencias (saber-con) en la consolidación de clausuras epistemológicas dentro del psicoanálisis mismo.

Pero este diálogo fructífero nos compromete a una tarea de enorme compromiso conceptual, dado que requiere trabajar en una complejización no exenta de dificultades.

Una de dichas dificultades se relaciona con el riesgo de realizar extrapolaciones abusivas, borroneando las fronteras entre uno y otro saber. De tal modo –y sin que esto reste validez a la aventura de pensamiento que todo diálogo supone– a veces se importan presurosamente nociones que se convierten en ideas-clave, desgajadas tanto del universo de pensamiento del que provienen como de sus condiciones producti-

vas. En sus extremos pueden banalizarse y pasar a ser esgrimidas como consignas de un nuevo pensamiento erigido en único. En estos casos, pasada la «novedad» el intercambio se empobrece o se reitera como burocratización de lo presuntamente innovador. Este tipo de situaciones alienantes asientan en una fascinación que se expresa como idealización y aceptación acrítica de una idea o conjunto de ideas, con su contrapartida de descalificación y exclusión. Posición teórica que, contrariamente a la búsqueda que la promueve, corre el riesgo de deslizarse insensiblemente por los andariveles de un nuevo sentido único. Riesgo al que no somos de ningún modo inmunes, y que sólo la elucidación crítica permanente y la interrogación de nuestro propio pensar logra, en parte, paliar.

Esto nos conduce a una dimensión fundamental del problema. Este ya no se circunscribe a la de por sí complejísima relación entre psicoanálisis y filosofía, sino que propone otro vértice insoslayable: el de nuestra posición subjetiva frente a los discursos y los lazos vinculares e institucionales en relación al saber. En este sentido, trátase del enunciado del que se trate (psicoanalítico, filosófico, sociológico), la cuestión estriba en el modo en que nos acercamos al mismo. Es decir, en nuestra lectura. ¿Es una lectura adhesiva? ¿Es una lectura con apropiación elaborativa? Desde Eco en adelante sabemos que un texto constituye una obra abierta a múltiples interpretaciones. De cierta forma, casi como algo que se presta para nuestro propio uso, para ser soporte de nuestra tarea de pensamiento. Y, a la vez, es aquello que nos desafía en nuestro propio mundo conceptual. Pero todo esto no sucede por fuera del campo de la enunciación. Un pensamiento crítico no lo es meramente respecto de los enunciados, sino fundamentalmente respecto de las condiciones de la enunciación. Considero que cualquier aproximación a las riquísimas conexiones entre metapsicología y filosofía no debiera soslayar estas cuestiones.

Por último, y ya en directa conexión con los bordes, rupturas y enlaces entre metapsicología y filosofía, voy a responder a este *Interrogaciones* formulando las mías propias, a fin de relanzar el intercambio respecto de estas importantes problemáticas.

Primer interrogante: ¿cuál es el estatuto de conceptos centrales de la metapsicología freudiana a la luz de perspectivas filosóficas que realizan aportaciones provenientes de su campo? ¿Qué ocurre con la noción de inconciente? ¿Cuál es el lugar, en este sentido de la operatoria representacional que caracteriza su funcionamiento? ¿Cómo se consideran los mecanismos de defensa, es decir, represión, desmentida, repudio, y a nivel vincular los pactos denegativos? ¿Cuál es el papel de la historia? ¿La noción de repetición es retrabajada, suplementada o dejada de lado? ¿El término de pulsión se sostiene, en particular en lo que refiere a su naturaleza más conservadora?

Segundo interrogante: la noción de conflicto es esencial a la metapsicología psicoanalítica. Conflicto intrapsíquico, conflicto entre pulsiones, con la realidad, con los otros, con la cultura. ¿Qué idea de conflicto surge a partir de nuevas aportaciones desde la filosofía?

Tercer interrogante: ¿cómo se articulan ciertas nociones provenientes de la filosofía con nuestra práctica? ¿Qué valor clínico poseen, o, en todo caso, qué tipo de clínica suponen? Preguntas que relanzan temas tan centrales como el de la transferencia y el de la resistencia. Y, como tema no menor, el de la concepción de la cura: ¿la misma varía en función de los nuevos aportes conceptuales?

Finalmente: ¿cuáles son las actuales condiciones de producción de discursos? ¿Cómo incide el magma de significaciones imaginarias-simbólicas en los presentes desarrollos conceptuales? ¿De qué modo se inscribe este interjuego en las especificidades por las que atraviesa nuestra práctica actual en la Argentina? ¿Cuál es hoy la demanda social respecto de nuestra clínica cotidiana, y cómo se inscriben los actuales desarrollos en el campo de dicha demanda social?

*Daniel Waisbrot*

*Revista: ¿Cómo influye la historia en una terapia vincular, con qué concepto de historia trabaja, y dónde ubica lo indeterminado-azaroso?*

Cómo pensar la historia. Creo que en Psicoanálisis historia no es historia lineal, cronológica, sino muy por el contrario historia es retroacción. La idea de retroacción es central en la obra freudiana y, a mi gusto, no superada posteriormente, ya que sostiene una concepción absolutamente original y es que los hechos del presente modifican el pasado. Se trata de pensar en una noción de historia en la cual no se trata de desentrañar sucesos acaecidos como en una búsqueda arqueológica, sino pesquisar los modos en los que lo actual le otorga nuevos sentidos.

De manera que en el análisis de pareja, la historia del vínculo y de los miembros de la pareja, va a tener un lugar importante en el proceso de historización simbolizante que permita desobturar tramas identificatorias productoras de patología vincular. Entiendo necesario en este punto, aclarar algunas cuestiones y contextualizar esta pregunta en torno a los movimientos teóricos que vienen sucediendo en diversos espacios de nuestra institución.

En los últimos años, la temática de la novedad, al comienzo de la mano de la revalorización de la noción de «azar» aportada por la teoría de la complejidad, y más tarde por la conceptualización del «acontecimiento» de la mano de Alain Badiou, y entre nosotros trabajadas en el departamento y en la institución junto a Ignacio Lewkowicz, Raul Cerdeiras y otros (incluido, no dejemos de recordar, el mismísimo Badiou), operó como una novedad que nos permitía salir de ciertos impasses a los que nos condenaba la teoría de la repetición y cierta concepción determinista de la historia. Sin embargo, en los últimos tiempos pareciera haber una tendencia a plantear las cosas de tal manera que la inclusión de la novedad debería barrer de plano con la teoría de la repetición.

La discusión sería: lo actual, ¿supone recomposición de lo infantil histórico o, en cambio, tiene existencia por sí mismo, independientemente de sus condiciones de producción histórica? Creo que sería muy importante intentar transitar ese espinoso y difícil sendero entre un determinismo a ultranza y un caos arrasador. Ambas alternativas «puras» me resultan mutilantes de su complejidad, de su densidad inmanente.

Por ejemplo: pensemos en la cuestión de la elección de pareja. ¿La pensamos como encuentro o como reencuentro? El azar del encuentro, ¿barre con las condiciones de producción subjetiva de esos sujetos que se encuentran en un punto de sus historias y de sus recorridos identificatorios? Y viceversa, esa historia, ¿será «destino» para las elecciones vinculadas de ese sujeto? Recuerdo que cuando estudiaba en la facultad, me habían enseñado que si un paciente tenía problemas de pareja, lo que verdaderamente iba a resolver esa cuestión era su análisis personal, ya que si sólo se separaba, inevitablemente iba a repetir esa historia en sus nuevos vínculos porque seguramente volvería a elegir en la misma dirección, a la manera de las «neurosis de destino». Tardé muchos años en darme cuenta de la falacia de esa enseñanza que estaba sostenida en una versión determinista de la historia y no dejaba un solo resquicio para la inclusión de lo azaroso del encuentro, de la otredad, de la novedad esencial de un nuevo vínculo.

Si todo «encuentro» es sólo y sobre todo un «reencuentro», leemos en clave de repetición, de historia determinista, de destino, aun cuando lo planteemos como repetición en diferencia y ahogamos la novedad instituyente que todo vínculo provoca.

Sin embargo, también deberíamos decir que hay algo en el encuentro que deriva del reencuentro, que deriva de la infancia, de lo representacional, del complejo de Edipo y de los modos que se fueron gestando en el sujeto sus posiciones identificatorias con la historia que le fue legada por sus generaciones anteriores. Hay algo, entonces, que viene de la repetición, que operaría como *limite interno del vínculo*, donde lo

que prevalece es la unidad, la indiferenciación, la fusión, la identificación, lo representacional, lo identitario, pero que en sí mismo no puede ser ése el centro de la elección porque si así fuera, quedaría afuera el encuentro amoroso como novedad instituyente. Estaríamos allí en una especie de exégesis del reencuentro, del destino. Pero el encuentro es también, y quizá fundamentalmente presentación y no sólo representación, encuentro más que reencuentro, novedad más que repetición, azar más que destino.

Y me parece que nosotros, para avanzar en el entendimiento de cómo se produce una elección y qué sucede en el vínculo, cuáles son sus fuentes de sufrimiento, tenemos que recorrer esa doble vía. La cuestión es si podemos aceptar esa densidad que implica a la vez, encuentro y reencuentro.

Es importante que a este componente «histórico» no se lo visualice como determinismo a ultranza viendo sólo la acción del pasado sobre el presente, sino además las recomposiciones que el presente inaugura sobre el pasado en un proceso de historización simbolizante. Rehusarse a inscribir a un sujeto o a un vínculo en una historia que lo antecede y lo significa, supondría sostener una fantasía de autoengendramiento y singularidad sin fin, sin tope, sin límite. Al anudar encuentro y reencuentro, el análisis de pareja gana en complejidad.

Me parece en ese sentido bastante claro que cuando en la clínica nos encontramos con que todo o casi todo sucede del lado del puro reencuentro, cuando la historia y la repetición insiste tanto y es más, cuando es tan evidente y notoria, estamos en el terreno de las patologías más serias del vínculo. Hay parejas que se pasan sesiones y sesiones hablando de sus familias de origen, de sus historias individuales, de lo parecido que es el otro a este o aquel personaje de su vida. En cambio, hay otras parejas que se remiten muy poco a esa historia y a esas cadenas de determinaciones identificatorias, parejas en las cuales algo del encuentro resulta más fuerte y trasciende al reencuentro y se hace más palpable la emergencia de la diferencia y habrá que ver allí, entonces, cómo hace, cómo

trabaja el vínculo esa diferencia, quiero decir, si va a poder hacerle un lugar o va a intentar abolirla.

Entonces, una perspectiva que no vea antinomia sino suplementación, permitiría complejizar la mirada clínica, dado que, según pienso, la recomposición simbolizante produce novedad. Entiendo como posible la relación entre repetición y novedad, entre historización simbolizante y acontecimiento.

El riesgo de la antinomia, es el de volver a poner vigente aunque desde otra perspectiva, la pretensión estructuralista de disolver la dimensión de historicidad haciendo sólo lugar a la sincronía.

Para decirlo con las palabras de Alan Badiou (2001) publicadas en esta misma revista, «que hay algo en el encuentro, en la posibilidad del encuentro, que viene de la infancia, estoy perfectamente convencido de eso, absolutamente. Somos todos freudianos, de una manera o de otra, pero al mismo tiempo, la identidad del amor no es la repetición. Hay un elemento de repetición, pero lo que importa es lo nuevo en la repetición. (...) Quisiera simplemente recordar que nunca hay novedad absoluta, así que no hay contradicción entre la idea de una novedad (...) y el hecho que hay repeticiones y conexiones con la infancia, y que ambas no son contradictorias. No se trata de comprender la repetición como necesidad, tampoco se trata de comprender el encuentro como novedad absoluta. Una vida tiene una continuidad y ello no excluye que en ella haya novedad.»





**La mirada humorística.  
Psicoanálisis, Internet y  
vida cotidiana \***

**Rasia Friedler \*\***

- (\*) Artículo presentado en el Primer Congreso Virtual de Psicoanálisis, «Los Psicoanálisis en Castellano desde el Sur del planeta», organizado por Revista *Topía* y Proyecto Cultural Sur, 2000.
- (\*\*) Lic. en Psicología, psicoanalista, fundadora y directora de SaludArte, Centro para la Promoción de Salud a través del Arte y el Humor. Echevarriarza 3411. Montevideo. Uruguay. CP. 11300. Tel: (0592) 622 3452. E-mail: [rasiafriedler@netgate.com.uy](mailto:rasiafriedler@netgate.com.uy)

### *Expansión de la risa*

En los albores del tercer milenio, lo cómico ha dejado su lugar marginal en nuestra cultura para convertirse en un asunto de salud y de curación. La risa se legitima en sí misma, adquiere un valor moral. El optimismo se asocia con la resistencia inmunológica, con la reducción de la ansiedad y de la frustración. Carecer de sentido del humor resulta hoy imperdonable: ha disminuido la tolerancia hacia el malestar, el anhelo de plenitud se ha convertido en una invitación imperiosa.

¿Qué vigencia tiene la fórmula freudiana de transformar la miseria neurótica en desdicha banal? ¿Quién acepta hoy que la felicidad consiste en no necesitar de ella?

La pregunta por el gozo de vivir se anuda con la diversión, en el sentido de apartarse de algo para volverse hacia otra cosa. Extraña paradoja: el sujeto, para acceder a su deseo, debe desconocerse. Efectivamente, para reír de una cosa hace falta tomar distancia de ella, tomarse a uno mismo como personaje, ya que en la metáfora hay más sitio para la verdad que en la literalidad. Esta idea se conjuga con el viejo dictado de que la vida es una tragedia vista de cerca y una comedia vista de lejos.

En distintas ciudades del mundo, en el ciberespacio, se abren clubes de hilaridad y se multiplican las aplicaciones del humor. La risa contagiosa juega un rol cada vez más preeminente en la sociedad de mercado. Lo que prolifera no es tanto la sátira contra los ricos y poderosos, la caricatura política, la exageración de los clisés que existen desde larga data. Tampoco parece darse un aumento notorio de las expresiones verbales cotidianas que arremeten contra las incongruencias humanas; asociaciones rápidas plenas de inteligencia, inspiración e ironía, cuyas virtudes han sido tan fecundas a lo largo de la historia. Lo que crece es la risa extendida como pátina sobre otros fines, tomada como recurso adaptativo, como gimnasia de placer casi obligatoria. Se busca y se ofrece el chiste al instante, lo que se corresponde a menudo con cierta ideología de la felicidad basada en la alienación, la opresión, los

estados maníacos y la negación del sufrimiento. El mercado de la hilaridad transforma a este último en un bien útil de la cultura de masas, más próximo de los servicios que de las ideologías, más cercano a un accesorio para el hogar que a una manera de vivir. La euforia calza bien con nuestras representaciones de un mundo deseable, se institucionaliza y se convierte en un subrogado pobre de la espontaneidad. Hay una búsqueda ansiosa de la grandiosidad falsa y de lo vulgar como gratificación instantánea. Las incitaciones recurrentes a la euforia se convierten en un rasgo cultural. El mercado de la hilaridad transforma la disposición humorística en un bien útil de la cultura de masas, más próximo de los servicios que de las ideologías, más cercano a un accesorio para el hogar que a una manera de vivir. La euforia calza bien con nuestras representaciones de un mundo deseable, se institucionaliza y se convierte en un subrogado pobre de la espontaneidad. Hay una búsqueda ansiosa de la grandiosidad falsa y de lo vulgar como gratificación instantánea. Las incitaciones recurrentes a la euforia se convierten en un rasgo cultural. Esa emergencia de la zoncera como mercancía y entretenimiento requiere, a mi entender, un análisis crítico. En nuestra cultura se ha producido una erosión de lo jocoso a favor de una apología de la trivialidad. Sin embargo, debemos cuidarnos de atribuir a ciertas chanzas el mote de banales o pueriles; sabemos que la disposición humorística se alimenta de las tonterías y ocurrencias más intrascendentes, y también requiere el reconocimiento socrático de saber que no se sabe.

Si el consumo de la sorna adquiere un nuevo auge en este universo globalizado de control y regulación del consenso, quizás sea porque, como observó Eco (1986), aquella no resulta del todo liberadora, requiere antes y después de su aparición un fondo de obediencia y observancia hacia el orden impuesto. La internalización de modelos funcionales y culturales está implícita en la enunciación del chiste.

El humor, en cambio, supone una crítica a esos modelos y prescripciones. Se ubica en las antípodas de las ambiciones totalitarias, de la hipocresía, de la indulgencia y de la pomposidad. En la sonrisa que dejan las pequeñas acotaciones que

modifican el sentido de un enunciado, lo cotidiano se convierte en revelación. Lo absurdo alumbró lo ordinario de nuestros actos mínimos, que portan siempre más sentido del que podamos saber.

### *Humor en la red*

La circulación de chistes es una de las prácticas que más ha crecido con la instalación de los medios digitales de comunicación, lo cual ha producido cierta globalización de los contenidos. La gracia y la picardía digitalizada se filtra en las oficinas, en los hogares, en los hospitales y contribuye a un nuevo estilo de contacto social. Se presenta como una alternativa colectiva que promueve nuevas formas de socialización. El nuevo imperativo tecnológico sumerge a los cibernautas en una inmensa profusión de gracejos, generalmente copiados, pegados y reenviados, que a veces sugieren cierto entumecimiento de la capacidad creativa.

Si bien son muchas las personas que utilizan y comparten la afición a los chistes y juegos lingüísticos que circulan por el ciberespacio, sólo un grupo reducido de ellas se ocupa de crearlo. El ingenio es una joya rara en cualquier género y no se llega al humor a través del esfuerzo sino de la espontaneidad; es un acto público de confesión, si se quiere una vía de expiación personal que muestra aquello que las reglas sociales prohíben mostrar. Más que incorporar un conocimiento, hace falta detectar y eliminar aquello que bloquea el ejercicio de la sinceridad última, para lo cual se requiere una atmósfera de confianza. Con todo, leer, escuchar o ver un chiste estimula la capacidad de observación, permite cierta elaboración de lo vivido y ayuda a captar lo esencial de una situación, el ingenio comienza a veces por la imitación. Además, la selección de las bromas y la elección de sus destinatarios revela algo acerca del estilo, de las preferencias estéticas y afectivas de una persona, dice algo acerca de su gozo de existir.

El sentido del humor se desarrolla a partir de sus múltiples y mínimas oportunidades como una forma luminosa de ad-

quisición y transmisión de conocimiento que trabaja sobre el «malentendido», la paradoja y la polisemia. Allí se juega una posibilidad de transfigurar el dolor, la humillación, etc., bajo una nueva perspectiva liberadora.

Sabemos que no hay chiste sin relato, sin fantasía y sin significante, es decir, sin una palabra capaz de remitir a más de un significado. Tampoco lo hay sin deformación, exageración y sorpresa. El humor es social, pero también es íntimo. Las bromas, tan sujetas al contexto, al tiempo histórico y a la cultura, cruzan cada vez más las fronteras territoriales sin rebajar del todo su sentido, hay una pérdida de particularidad vinculada a la torsión de los referentes temporales y espaciales. Esas ocurrencias ganan en anonimato y contribuyen a consolidar una subjetividad cada vez más desenraizada de las referencias identitarias. Los textos humorísticos administrados a través de Internet también cumplen una función reguladora: conceden algunos espasmos fugaces y calibrados de placer.

Dichas rupturas con las máscaras de lo cotidiano merodean en torno a diversos mitos y prohibiciones culturales, muestran lo que el comportamiento oculta. Cada chiste revisita cierta tipicidad y contiene al mismo tiempo una perspectiva particular y única. Algunos de ellos ponen al descubierto el carácter de construcción sociocultural de los rasgos adscritos al género, otros revelan el carácter mítico de nuestros ideales amorosos, los referidos a las suegras suelen girar en torno a la ambivalencia con relación a la exogamia, hay bromas que aluden al carácter irreductible de la ajenidad del otro, otras al cisma entre amor y lujuria, etc. Algunas sátiras le hincan el diente a la dimensión irracional, absurda de la sociedad en que vivimos y ponen en cuestión el propio concepto de felicidad y de valor estético.

La subjetividad, con sus extensiones mediáticas, aparece hoy vinculada a una visibilidad máxima. El humor proviene de aquello que se le escapa, de lo que huye de su tendencia representacional monopólica: el espíritu crítico, en el mejor sentido de la palabra; el más sublime y maduro de todos los mecanismos de defensa según Freud, el mejor antídoto contra

la vanidad, la posibilidad de acceder a la verdad del deseo. Se puede expresar en dichos agudos, imprescindibles, de gran valor desalienante, que ensanchan las fronteras de la conciencia. Son argucias abiertas hacia lo impensado, hacia lo que escapa del marco de visibilidad en que nos movemos. Constituyen la constatación fehaciente de que las relaciones humanas se ordenan sobre todo por matrices más primitivas que la palabra, la mayor parte de lo que nos sucede nunca llega a ser designable.

### *Humor y psicoanálisis*

Si en cada época existe una preferencia por determinados objetos de estudio, el humor seguramente tenderá a adquirir una gravitación creciente en la investigación y en las prácticas psicoanalíticas del próximo siglo. Los humoristas, los payasos, los mimos tendrán un papel a jugar en la formación de los psicoanalistas. Se producirán transformaciones significativas en la técnica y habrá una mayor integración con otros marcos teóricos.

Diversos factores contribuyen a reubicar la importancia del humor: la valorización creciente de la prevención y la promoción de salud sobre la curación, el reconocimiento de las endorfinas como factores protectores de la salud y analgésicos naturales del cuerpo, la necesidad de abordajes novedosos y múltiples movilizados hacia el bienestar de la comunidad, la crítica ético-ideológica a la medicalización de la sociedad, etc.

Pensar el proceso de la cura analítica desde el placer plantea un desafío cognitivo: reivindicar la «revuelta» (Kristeva, 1998), no sólo en el sentido de superación de la visión del ser como lenguaje, sino como aligeramiento de cierta visión grave, lógica y solemne del devenir humano que ha impregnado buena parte de nuestras producciones de fin de siglo. En la práctica del psicoanálisis se ha ido atenuando aquel plus de placer que permitía vencer las barreras de la represión, el humor ha sido más invocado que practicado.



Cuando el analista se limita apenas a señalar los posibles sentidos inconcientes en el chiste y los mecanismos en juego, de algún modo la teoría se le ha impuesto como verdad y muerte de la imaginación.

¿Dónde está el humor que hemos perdido con el conocimiento? ¿Qué prejuicios académicos, qué sacralizaciones, qué sacrificios de la libido y qué inflexibilidades psíquicas nos apartan de él? ¿Por qué resulta tan difícil esa regresión al servicio del yo? ¿Por qué en definitiva habríamos de celebrar nuestros lapsus, nuestros actos fallidos, nuestros defectos?

Sabemos que el humor, esa prerrogativa del ser humano frente al animal, no abunda en la neurosis obsesiva ni en la paranoia; no prolifera entre los que no admiten lo fallido del ser y de sus instituciones. Sin embargo, siempre está motivado por una realidad insatisfactoria, la sublimación está íntimamente relacionada con esa forma tan singular de darle curso al deseo.

«Hacer el humor» es una de las tareas del analista, si retomamos aquella segunda función que planteaba Laplanche: acompañar el proceso primario. Supone una donación de sentido por parte del analista como un modo de hacer progresar la transferencia, de interpretarla. Y no se trata de una mera cuestión de técnica sino del logro de cierta disposición psíquica compartida para bordear la ilusión y al mismo tiempo dudar de ella. Lo que se pone en juego es la capacidad para crear y sostener lazos libidinales que ligan a otros en una invención incesante, es decir, la posibilidad de abordar los contenidos fantasmáticos intersubjetivos mediante una ampliación de la capacidad empática y sublimatoria.

¿Cómo hacer trabajar la propuesta psicoanalítica de romper con la compulsión a la repetición abriendo vías a la resignificación? Y bien, ¿por qué no hacerlo través del «Witz», siempre interpretante, que produce un derrumbe súbito de un hábito de pensamiento e ilumina la negatividad del discurso? Para eso necesitamos redescubrir el humor y situarlo en toda su importancia, no sólo como *ars* interpretativo, sino también

como *ars* poético. Se trata de un factor clave, no sólo para romper las secuencias narrativas repetitivas en el diálogo clínico sino también para liberar la angustia de una manera que permita ligar las representaciones de otro modo. Reír sacude nuestras contradicciones más apremiantes al cambiar nuestro marco de referencia.

Las bocanadas chispeantes de fantasía sólo revelan su pleno sentido en relación con otro; el humor es una producción vincular que supone, por su propia esencia, una superación de la idea del sujeto como unidad independiente, regido por la razón. Se basa en un doble descentramiento: el del sujeto consigo mismo y el de la intersubjetividad. En tanto apuntador del psiquismo, deriva de una construcción conjunta, nace de un vínculo. Por eso las relaciones humanas han sido un tema recurrente en toda la historia del humor. La reacción ante la argucia ajena es de gran importancia para su desarrollo o para su inhibición. El humor se beneficia del reconocimiento, del estímulo, de la risa y del placer compartido.

Como producción significativa, el chiste constituye una experiencia reveladora de la alteridad y ajenidad del otro. Es un relato que, en su aparente placer, contiene juicios críticos sobre los avatares propios de la subjetividad en sus tres dimensiones: sujeto, vínculo y cultura, y lo hace con benevolencia. Constituye algo de los márgenes de lo impensado que irrumpe en relación con el deseo del otro.

Según Rodrigué (1996, p. 394), el chiste es «la más social de todas las funciones mentales que objetivan la producción de placer.» Esa operación de cuestionamiento de los sentidos dados inaugura nuevas posibilidades interpretativas y guarda una estrecha vinculación con la cura analítica, facilita el proceso terapéutico. En el dispositivo analítico, los pacientes suelen significar la seriedad excesiva del analista como rechazo personal, como índice de aburrimiento o como sanción moral. Son igualmente sensibles a la burla, al sarcasmo y a la ironía.

¿Qué define entonces la disposición humorística? La permeabilidad al inconciente vincular, la posibilidad intersubje-

tiva de asir con ingenio las paradojas e incongruencias de la vida.

En suma, reivindico el humor como una perspectiva privilegiada para favorecer procesos de subjetivación. Planteo la necesidad de un nuevo retorno, acaso hedonista, a Freud, que lo haga gravitar, no sólo como descarga o reconocimiento de la desnudez ontológica sino también como provocación intersubjetiva, como gozo creador, como movimiento liberador de nuestras capturas sintomáticas y dogmáticas.

### **Bibliografía**

Eco, U. *La estrategia de la ilusión*, cap. VI, «Lo cómico y la regla», Ed. Lumen, Barcelona, 1986.

Kristeva, J. *Sentido y sinsentido de la revuelta. Literatura y psicoanálisis*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

Laplanche, J. *La prioridad del otro en psicoanálisis*, p. 181, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1996.

Rodrigué, E. *Sigmund Freud. El Siglo de Psicoanálisis*, T. I, cap. 23, «El libro de los chistes», Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

### **Resumen**

*La autora plantea la necesidad de recuperar la mirada humorística como forma de develar y crear nuevos sentidos, subrayando la importancia del humor en la vida cotidiana, la formación y la práctica del psicoanálisis. Asimismo, hace una reflexión crítica sobre los efectos banalizadores de la cultura mediática y de consumo tal como se reflejan en ciertas manifestaciones humorísticas, realizando ciertas precisiones conceptuales.*

*Frente al clima desvitalizado que impregna buena parte del campo psicoterapéutico, la autora propone darle una nueva atención, amplitud e intensidad al ejercicio del humor.*

### **Summary**

*The author puts forward the need to recuperate the humorous gaze as a way of unveiling and creating new meaning and significance, and demonstrates the importance of humor in daily life and in the formation and practice of psychoanalysis. This paper offers a critical viewpoint of some disparaging effects on humor of popular consumerist culture, and presents some conceptual definitions. Within the lackluster environment that proliferates in actual psychotherapy, the author proposes that a whole new focus, scope and intensity should be placed on the use of humor.*

### **Résumé**

*Cet article propose un secours du regard humoristique comme forme de dévoilement et de création de nouveaux sens, tout en montrant sa relevance pour la vie quotidienne, pour la formation et la pratique psychanalytique. Elle fait une réflexion critique sur les effets banalisants de la culture médiatique et de consommation a propos de quelques manifestations humoristiques, en réalisant en même temps des précisions conceptuelles.*

*Dans le climat dévitalisé qu'impreigne une bonne partie du champ thérapeutique, l'auteur propose de lui donner une nouvelle attention, amplitude et intensité à l'exercice de l'humour.*



**Referente a de NüShu:  
la lengua china,  
femenina y secreta**

**Martha Satne \***

(\*) Licenciada en Psicología. Miembro Adherente de la AAPPG. Corresponsal de la Revista en China.  
E-mail: martha\_satne@hotmail.com

Cuando aquellos hombres de la pequeña aldea de Shangjiangxu durante la dinastía Tang (618-907) desterraron a sus esposas e hijas a las habitaciones altas estaban lejos de imaginar siquiera que aquellas mujeres tomarían esa situación como la oportunidad de crear una nueva lengua, que quedara a resguardo de la comprensión de los hombres y que les permitiera intercambiar entre ellas comentarios sobre su situación y, a la vez dar nacimiento a una hermandad. Limitadas, prácticamente lisiadas por sus pequeños pies, alejadas de la comunidad, las mujeres en aquella remota localidad de la provincia de Hunan desarrollaron su propia y original escritura. La llamaron NüShu: escritura de mujeres. En su lenguaje hablado parecía uno de los dialectos locales. En su forma escrita se desarrollaba como un lenguaje independiente, una alternativa impenetrable que se iba organizando con un espíritu de libertad e igualdad.

Sólo cuatro personas que conocen la lengua todavía viven, tres de ellas octogenarias. Son la evidencia histórica de la importante contribución de las mujeres al avance de la civilización china, como una instantánea de la dura y, a menudo, abusiva vida que las mujeres vivían en las sociedades tradicionales.

Los orígenes precisos de NüShu se pierden en las nieblas del tiempo. La leyenda relata que la lengua fue inventada por una de las concubinas del Emperador, de nombre Hu Yuxin. Trasladada desde su aldea natal, se encontró a sí misma sola en el palacio, extrañaba mucho su casa pero tenía miedo de la vergüenza que caería sobre el emperador si ella escribía a su familia acerca de la desolación que sentía. Bordaba telas expresando sus sentimientos y las enviaba a sus hermanas. Existen distintas versiones sobre cómo se fue creando esta lengua, todas tienen algo común: una joven aislada necesitada de expresarse.

La lengua toma la forma de un alfabeto de aproximadamente seiscientos caracteres, simplificados de la lengua china. Aparecen escritos, bordados en telas, con la forma de poemas, canciones que expresan la tristeza de ver partir a las hi-



jas así como los deseos de felicidad. Se supone que la lengua iba siendo transmitida de madres a hijas, de abuelas a nietas a través de las actividades cotidianas: cocinar, coser, bordar, cantar.

Los escritos se iban pasando de unas a otras, en forma casi secreta, no sólo expresaban sentimientos de soledad o tristeza, se han encontrado algunos textos que manifiestan opiniones políticas sobre las reglas que imponía el emperador o acerca de las guerras. Generalmente circulaban a través de las visitas a los templos: así como las mujeres escribían y ofrendaban plegarias a los dioses, también iban dejando esos otros comentarios.

Aparentemente los hombres no tenían mucho conocimiento de estas actividades entre las mujeres, desconocían lo que ellas escribían, creían que no podía tener importancia ni ser peligroso para ellos. Los hombres habían recibido el legado de la cultura, habían aprendido a leer y escribir. Las mujeres también querían un lenguaje, era su manera de interpretar la igualdad.

NüShu, lenguaje de mujeres, es el nombre que le encuentran a lo que entienden era el NanShu, lenguaje de los hombres, que les estaba vedado.

Diferentes efectos producen en los grupos de mujeres el logro de esta hermandad a través del lenguaje, es interesante uno en particular: la baja tasa de suicidio entre estas mujeres, que se explicaría por el camino que ellas habían encontrado para luchar en la vida:

*«Cerca de un manantial una no tiene sed, cerca de una hermana una no desespera».*

Y las razones para la desesperanza entre las mujeres chinas han sido abundantes. No sólo en la antigüedad: se han encontrado textos de este siglo escritos en NüShu donde se relatan niveles terroríficos de violencia ejercida por el hombre sobre su mujer. Mujer que tambaleante sobre sus pequeños pies buscaba un camino para su liberación.

NüShu permanece oculto, escondido hasta que, en 1950 un empleado encuentra entre los papeles familiares un texto. Intenta sin éxito su estudio pero interviene la Revolución Cultural y es recién después de la rehabilitación de esta persona que puede seguir con sus estudios sobre el lenguaje descubierto.

Recelo, miedo, confusión aumentaron considerablemente en la sociedad china en los años de la Revolución Cultural y los libros de NüShu no lograron salvarse de ser quemados como parte del trabajo de censura y destrucción desatado en esos tiempos. Destruir la cultura, las ideas, los hábitos y las costumbres con el objetivo de una nueva China fue la consigna y no faltaron mujeres quemadas juntos a sus libros con el pretexto que representaban supersticiones feudales!!!! Seguramente que la sociedad era feudal pero estas mujeres representaban el progreso, tenían una conducta desafiante frente a lo que la sociedad les había impuesto.

Hoy, sólo un pequeño grupo de mujeres conoce el secreto de NüShu, lengua que está muriendo. No hay programas oficiales para preservar esta increíble herencia cultural, símbolo de la capacidad de reacción femenina frente a un medio hostil y opresivo.

**PRESENTACIÓN  
A MIEMBRO TITULAR**

# **El vínculo: esa incógnita**

**Carlos Pachuk** 

(\*) Médico. Miembro Titular de la AAPPG. Director de la Revista de la AAPPG. Supervisor del Centro Asistencial «Dra. Andrée Cuissard». Sánchez de Bustamante 1017, 2º A (1173) Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4865-5081. E-mail: carlos\_pachuk@sinectis.com.ar

(Dedico este trabajo a Marcos Bernard)

## *Introducción*

Este trabajo es el resultado de varios años de elaboración e intervención en diversos grupos de investigación de la AAPPG.

Es un texto sobre textos que posee el sentido de mi propio recorrido singular. También me permite reflexionar sobre nuestra teoría vincular desde una perspectiva penelopiana: construir y deconstruir siempre en estado gerundial, haciendo nuevas hipótesis sin perder de vista (subrayo) la genealogía de nuestras ideas.

El armado de un discurso científico supone participar de ciertos paradigmas vigentes, lo cual conlleva el riesgo de construir un «sistema», y suele ocurrir en la historia que los sistemas se entorpecen generando un adentro-afuera con sus divisorias de aguas entre fieles y herejes. Así, invirtiendo la pregunta de Lévi-Strauss, buscaría en mis desarrollos que el sistema no sea sistemático.

Una vez establecidos ciertos significantes teóricos o líneas duras como podrían ser: «otro del vínculo», «alteridad», «presentación», «ajeno», *différance*, etc., me resulta importante registrar las «líneas de fuga» deleuzianas, es decir aquellos puntos de inconsistencia y vacío que funcionan como un resto imposible de transmitir que se sustrae a toda forma de sistematización.

Entonces dirijo la mirada hacia los pensadores nómades, aquellos que nunca se detienen y van abriendo senderos en tierra desconocida, trabajan sobre los bordes de las teorías, las zonas de malestar y desecho sin preocuparse por la famosa «articulación» de sus ideas ya que se sienten extranjeros de su propio pensamiento.

Por mi parte me asigno una tarea que denomino «historiador retroactivo», se trata de ir ligando recorridos y aspectos de nuestra historia vincular y al mismo tiempo transformarlos en nuevas redes conceptuales.

Considero que la teoría vincular y su práctica clínica nos confrontó con lo múltiple, el entre y un psiquismo espacial desligado de los límites corporales. El vínculo implica otra realidad psíquica, lo que sucede en la intersubjetividad y un error metodológico serio es abordarlo desde los psicoanálisis clásicos, así no habría más opciones que las historias individuales que llevaron a la elección de objeto o bien a las transferencias recíprocas. Es como jugar al truco con el reglamento de la escoba, las cartas son las mismas pero lo que sucede es distinto (pensaba en los ejemplos que se me ocurrieron, el vínculo tiene algo de truco y mucho de escoba que barre).

Al mismo tiempo la cuestión filosófica, sabemos que Freud planteó su teoría en plena época moderna desde una posición binaria y dualista y que sin embargo en textos como el «Proyecto...», «La interpretación de los sueños», «Más allá del principio del placer» y «La pizarra mágica» desarrolló una línea hacia sistemas topológicos y dinámicos.

Es un pensador bisagra con el posmodernismo, de ahí la sensación de lectura infinita que produce su obra y que debemos descapturar de los conceptos metafísicos y positivistas. Se trata de las conclusiones, como plantea Cerdeiras, que extraemos en lo vincular de la caída nietzscheana de los referentes supremos y la ontología del múltiple inconsistente que anunciara, con temor, Platón en el Parménides: «si el Uno no es, nada es».

La propuesta de Nietzsche implica un doble desafío: el abandono del campo de la trascendencia para encontrarse en una inmanencia caótica, pero que representa el tiempo de la oportunidad.

Surge también el viejo problema entre desterritorializar los psicoanálisis o mantener la disciplina. Ya con Lacan se per-

dieron las fronteras entre metapsicología y filosofía y esto generó consecuencias institucionales serias, desde entonces el fantasma de la excomuniación persigue a todo teórico innovador. No obstante los desarrollos psicoanalíticos, como ocurrió con los posteriores desarrollos lacanianos, conservan cierta lógica interna y especificidad ligado al campo transfero-contratransferencial y su correlato clínico del cual somos responsables (tema no menor).

*El vínculo: precisiones acerca de différance, presentación y presencia*

La hipótesis central de mi trabajo es que el vínculo es un borde o intervalo en *différance* entre presentación y representación.

*El vínculo es una incógnita en varios aspectos: como devenir infinito, como producción inédita de deseo y sentido, como alquimia entre la marca de la historia vincular y el grafismo de la traza, como aquello imposible de capturar y conocer, pero que también hace fantasma y anudamientos. Interrogantes en la geografía de la complejidad.*

Para ello incorporo el término *différance* de Jacques Derrida, que en su inicio parte de la diferencia ontológica en Heidegger entre ser (presencia) y ente (presente). El ser no es del orden del presente sino de la presencia-absencia, el ser aparece y se sustrae, registra una idea de temporalidad en simultáneo, mientras que el tiempo sucesivo aristotélico del presente corresponde al ente.

La hipótesis derridariana hace marca entre la diferencia gráfica (*difference*) y la fonética (*différance*), pues al escribirlo como se pronuncia, señala el silencio entre la «e» y la «a» que sólo puede funcionar en un lenguaje fonético. Plantea un orden que resiste a la oposición entre sensible e inteligible. Así la *différance*, ubicada en el extraño espacio «entre» escritura y habla, no pertenece al grafismo ni a la voz. Es un innombrable que hace posible efectos nominales, es el parado-



jal origen no originario, no pleno y diferenciante de las diferencias.

*Ese «entre» posibilita la presentación que a su vez genera el grafismo del vínculo (Deleuze lo dice a su manera: «las cosas empiezan por el medio»). A mi criterio, ese «entre» permite el juego en el intervalo de la presentación y representación, y despliega una línea de fuga de un sistema binario entre ambos términos.*

En su polisemia *différance* apunta en varios sentidos:

Diferir tiene que ver con posponer una temporización que también es espaciamento.

Diferente es la acepción más común, no ser idéntico, ser otro; hace a la línea de la otredad y a la repetición, se repiten diferencias como la traza de un pincel (se contraponen con otra idea de repetición de lo mismo que Julio Moreno denomina repetición verificante).

Diferendo apunta a conflicto, terreno de disputa, campo de fuerzas freudiano.

Luego veremos cómo diferir, diferencia y diferendo juegan en la dinámica vincular.

### *Presentación*

Es como los senderos de bosque, aquello no representado, no ligado se va abriendo paso como ajenidad o alteridad radical, que es también el inconciente originario, zona del psiquismo donde no hay sujeto ni representación, es decir lo ajeno del otro o lo ajeno propio. Esto que resulta novedoso estaba esbozado en el primer Freud; ya en el «Proyecto...» se diferencia representación de afecto que tiene algo irreductible a la representación que intenta su dominio. Por último describe cantidades que circulan por fuera del aparato, Q (energía libre), y las que circulan dentro, Qn, o sea el psiquismo procesa

los estímulos provenientes del exterior convirtiéndolos en excitaciones y representaciones. Las preguntas son: desde esta perspectiva ¿qué ocurre con la presentación? ¿Es puro estímulo tomado por las neuronas de percepción ((omega) que no ingresa al circuito? ¿Atraviesa esta barrera y queda como una excitación sin ligadura como neuronas de pasaje ((fi), funciona como un afecto sin representación? ¿Hay luego transformaciones entre las presentaciones que circulan como energía libre, pura pulsión de muerte como un resto imposible de representar?

Este extraño metabolismo entre lo que ingresa y lo que sale, entre lo que se presenta y representa, nos interroga acerca del porqué ante las mismas circunstancias los seres humanos tienen respuestas tan diferentes.

### *El Vínculo: su desarrollo teórico*

Estos despliegues tienen su origen en trabajos realizados con mis amigos Héctor Krakov y Gloria Mendilaharsu, que luego fui modificando, al igual que el término «instante» del compañero Hugo Bianchi. Resulta frecuente, como decía Marx respecto a la dialéctica hegeliana, la operatoria de «dar vuelta» los conceptos de un pensador y hacerlos jugar en otro contexto de significación.

## ESQUEMA VINCULAR

### MODELO □

Sujeto □ Múltiple      Producción □ Vincular      Sujeto □ Múltiple

El primer modelo grafica cómo se da producción vincular entre dos sujetos múltiples definidos en un triple sentido: a) porque este sujeto se origina en el vínculo (creación de subjetividad); b) porque apunta hacia el Dos; c) porque genera lo

indeterminado y constituye la intersubjetividad con sus barreras y transcripciones.

En cuanto a la producción vincular, el entre define el nosotros o bien la relación crea sujeto. El vínculo es como una obra de teatro cuyo argumento varía en cada función (con ciertos fantasmas que se reiteran), sus actores son los creadores del guión y quienes lo dramatizan en un escenario continuo que no pueden abandonar salvo que la pareja estalle.

Es importante diferenciar fusión de vincularidad, que es una condición de la transubjetividad. Aquí rescato la idea del compañero Hugo Bianchi respecto del «instante», aunque lo trabajo como momento de pasaje de la transubjetividad al sujeto múltiple, es decir un sujeto que se constituye en ese vínculo, como ser amantes en el caso clínico de la pareja que luego veremos. Tiene puntos de contacto en grupos con el pasaje de la transferencia horizontal a la vertical, punto de capitón, allí algo de lo transubjetivo se anuda y produce sujeto. Veo la relación entre transubjetividad, intersubjetividad, sujeto múltiple y producción vincular del siguiente modo y para ello continuaré desarrollos de mi querido maestro Marcos Bernard.

Transubjetividad (Marcos Bernard): «...describiría la apertura máxima de las subjetividades parcialmente abolidas por la ausencia de un espacio de transcripción y diferenciación... lo que atraviesa al sujeto es lo indiferenciado, el borramiento de los límites de self...»

Desde mi perspectiva este aspecto es el caudal psíquico o materia prima sobre el que se apoya el sujeto múltiple para construir la intersubjetividad de esa producción vincular.

Intersubjetividad (Marcos Bernard): «...definiría la transcripción (*reprise*) subjetiva de lo que se intercambia entre los sujetos. Supone un espacio de transformación, una brecha, una barrera...»

A mi criterio, la intersubjetividad constituye la membrana del vínculo y es constituida por los sujetos múltiples de ese

vínculo. Funciona con la lógica del nosotros con una transcripción hacia fuera de la membrana (ejemplo: Somos los Peres) y con barras en el espacio interno donde circulan diferentes representaciones del Otro del vínculo, como veremos en el Modelo 2. Se trata de un psiquismo espacial que supera el concepto interno-externo aunque lo siga formalizando en esos términos.

Es decir que algo del sujeto va a ser otro en cada vínculo, que es diferente al yo como sede de una identidad diferida, no plena, pero singular que corresponde a los límites corporales como las huellas digitales. Esto implica otro aspecto del psiquismo como veremos luego.

## MODELO 2

RE-PRESENTACION VINCULAR PRESENCIA del OTRO del VINCULO

Otro-Objeto ↔ Otro-Real  
Lo Real del Otro

Alteridad  
Ajenidad

Este esquema está propuesto desde el sujeto múltiple, planteado en el Modelo 1 como zona interna-externa del psiquismo, que «contempla» al otro del vínculo y permite jugar con la dinámica del borde entre presentación y re-presentación en *différance* que, como decía antes, no es un concepto mas, es el que permite que haya vínculo, es pura inmanencia.

La re-presentación vincular es la relación entre el Otro-Objeto (aspecto narcisista-imaginario) y el Otro-Real (marca de exterioridad), campo de la positividad y *Lo Real del Otro*, campo de la negatividad radical o la ajenidad del otro en el sujeto múltiple.

*Observamos que la presentación parasita la re-presentación desde su origen. Hay un polo de tensión entre el Otro-Objeto y el Otro-Real donde cursa lo idéntico —semejante—*

diferente cuyo fenómeno clínico es el reproche (el *Otro Real* no es como el *Otro Objeto*).

Hay otro polo de tensión entre positividad y negatividad marcado por la barra de la represión primaria vincular, cuando ésta se perfora se produce la «locura vincular» o intento de transparentar la ajenidad del otro. *Constituye el momento donde se pierde el intervalo entre los dos sistemas del vínculo, es decir no hay borde; aquí se desarrolla la violencia vincular.*

A su vez la *Presencia del Otro del Vínculo* no implica necesariamente hacerse presente, sí para la alteridad donde se tramita la diferencia y genera el campo de acuerdos o lo compartido, no para la ajenidad que se sustrae pero aporta efectos de presencia, como diría mi amiga Janine Puget.

La cadena representacional liga:

*Otro-Objeto – Otro-Real ..... Presencia – Alteridad* como tendencia hacia el UNO; hay otro fenómeno clínico interesante que es el malentendido como forma de obturar la alteridad. La representación totaliza rellenando lo indeterminado y aspira a un sujeto pleno, idéntico y entero, es la lógica del yo.

Los productos y mecanismos de la representación son:

Los significantes vinculares, la interpenetración, la interfantasmaticación, el lugar del otro, la novela vincular, la transcripción, etc.

La línea de la presentación está manifestada por:

*Lo Real del Otro ..... Presencia – Ajenidad o negatividad radical* cuyos mecanismos son:

Combinación espontánea (lo pienso a partir del concepto de valencia que Bion observó en los grupos).

Mutación del sujeto múltiple (tomado de Bleger, aquí lo que muta no es el aspecto psicótico de la personalidad).

Efectos de Presencia (tendencia hacia el Dos, siguiendo a Janine Puget).

El vínculo tiene algo de incapturable, la presentación expresa la lógica del inconciente.

*Ambos sistemas* en un intervalo constituyen el produciendo vincular, es un acontecer en una *Khora* (palabra griega que significa lugar).

Respecto a los dos sistemas y su borde: cuando vemos a una pareja esta ya tiene un sistema interpretativo armado, algo hizo fantasma y eso nos traen, pero simultáneamente en la transferencia algo va haciendo huella, se presenta y abre camino.

Dicho de otra manera: en la producción vincular los efectos de presencia al igual que en el comienzo de la vida generan un exceso, algo no evacuable, no representable. En un campo de fuerzas singular el vínculo inventa un grafismo, la huella forjará gramma (signo gráfico) como el punzón de la lámina de cera de la pizarra mágica freudiana, un mapa de trazas geográficas y libidinales que van abriendo surcos ligados a percepción, afecto, mientras algunas hacen marca, se transcriben, y representan, otras quedan como satélites. Todas construyen la memoria vincular, que es simultáneamente anudamiento, resistencia y abertura a la violencia de la huella.

## MODELO 3

### PSIQUISMO

■SUJETO MÚLTIPLE ■YO DIFERIDO ■INCONCIENTE ORIGINARIO (AJENO)

Lo vincular nos fue empujando a una concepción del psiquismo cercana a los pensadores del entre como Deleuze y Derrida, y ligada con el joven Freud (primera tópica) y el último Lacan (lo real).

También implica un inconciente en superficie que se desliza y que se produce en el trabajo analítico, pues a través de lo

expresado surge el deseo y el sentido. Es diferente a un inconsciente oculto que se devela al estilo del trauma donde el analista interpreta, es decir lo hace consciente.

Me acerco entonces a la idea deleuziana de una geografía del psiquismo, veo al sujeto múltiple como un psiquismo en extensión rizomática. Hay líneas duras entre Trans subjetividad-Sujeto Múltiple-Yo diferido-Inconsciente Originario con diferentes cadenas transcriptivas y barreras que se atraviesan y barras que no se pueden cruzar (represión primaria), espacio de lo ajeno o inconsciente originario, campo de lo pulsional (lo veremos en detalle en el próximo gráfico).

El Yo diferido quiere decir que difiere (no es idéntico a sí mismo), procesa diferencias y es mediador en los diferendos o conflictos. Es el lugar de la duda y de las certezas transitorias. Pero no todo es superficie; existen cuevas, grutas, y túneles donde circulan ciertas profundidades del inconsciente y diversas corrientes fantasmáticas y sexuales. También hay montes en esa geografía como la diferencia sexual y generacional (Edipo), que funcionan como líneas binarias.

Desde otra óptica puede ser pensado el vínculo como magma o redes con zonas de anudamientos al estilo de la complejidad (Morin), con heterotopía (muchos lugares) y polifonía (muchas voces). Recuerdo al respecto mi paso por el grupo de redes y las conversaciones e ideas de las compañeras y amigas M.C. Rojas, Susana Matus, Graciela Ventrici y Adriana Zadunaisky.





Este esquema complejiza los anteriores y aquí intento dar cuenta cómo la teoría vincular modificó mi concepto de psiquismo.

Surge la pregunta ¿cómo llega cada sujeto al vínculo? En el cuadro, a izquierda y derecha observamos un Yo diferido con sectores espaciales (abiertos al afuera) y otros ligados al cuerpo, una zona de transubjetividad (aspecto desubjetivado del psiquismo), presentando ambos conexiones inconcientes, luego la barra de la represión originaria y el inconciente originario expresión de la pulsión de muerte.

A mi criterio el vínculo, el sujeto múltiple y el otro del vínculo nacen y se constituyen en forma simultánea con la producción vincular. El vínculo es un acontecer, no existe previamente al encuentro. Cada uno es al mismo tiempo sujeto múltiple y otro del vínculo, depende del lugar de la mirada.

¿Cómo está formado este sujeto múltiple? La materia prima es aportada por la psique como la describí antes, especialmente por la transubjetividad, pues estas zonas indiferenciadas se transforman en sujeto múltiple en el momento del «instante».

Luego en el gráfico está el punto 1 (uno) que corresponde a la cadena representacional: Otro Objeto y Otro Real; aquí se dirime el campo de la alteridad, desde lo idéntico a lo diferente, entre transformar al otro en un objeto interno o tolerar su otredad. Es la zona de pactos y acuerdos, asociada a la historia vincular, donde los significantes expresan fantasmas vinculares. Significa también que la representación tiende al UNO transitorio en términos de Cerdeiras.

El punto 0 (cero) es la barra de la represión primaria vincular que separa y constituye un borde entre los dos sistemas, también se instaure (o no) con el vínculo, no lo precede (aunque tiene alguna relación con la existencia de la barra de la represión originaria en cada uno).

Retornan los interrogantes: ¿alguien psicótico puede constituir un vínculo no psicótico? ¿Cuál es la importancia del

acontecer y la fuerza del vínculo? Al revés, ¿alguien neurótico puede mutar a «loco del vínculo»?

El punto 2 (dos) alude a la presentación *Lo Real del Otro* conectado con la *ajenidad del inconsciente originario*, o sea lo *irrepresentable del otro* y lo *extranjero de lo propio*. En este sentido podemos entender «el otro se nos impone» de Levinas como los efectos de presencia de lo ajeno.

También la presentación deriva hacia el *DOS* pensado como múltiple *inconsistente* (no coincide exactamente con Badiou que propone el *DOS* desde el amor como diferencia). Aquí la presentación es la *zona del desencuentro vincular* y es plena *inmanencia* y *repetición de diferencias*.

Todo ocurre en la *intersubjetividad*, *zona espacial del psiquismo* que posee una *membrana del vínculo al estilo Yo-piel grupal*.

Quiero terminar esta formulación conceptual recordando que es *ficcional* como toda teoría. Se trata de *hipótesis a verificar*, que *abren preguntas*; es un *modelo de partida* destinado a *generar debate*.

### *La Clínica*

Nuestra *tarea* tiene un *lugar privilegiado*: el *campo transfero-contratransferencial*. Como *terapeuta vincular* me interrogo *acerca de las diferencias y similitudes entre un grupo y una pareja o familia*, *prácticas con la que suelo encontrarme*. También *surgen los viejos problemas entre la clínica que se presenta y la idealidad del concepto que unifica*.

Frente a cualquier configuración vincular la primera pregunta que yo me haría es *¿cómo se da vínculo?* (lo digo así en impersonal, junto al gerundial siendo como producción vincular que genera subjetividad). ¿Qué pasa en ese encuentro, cómo se arma ese sujeto múltiple en esa transubjetividad?

¿Cómo se juega el borde y la *différance* entre presentación y representación?

Voy a traer dos ejemplos clínicos de una pareja y un grupo terapéutico. Los encuadres familiares actuales tienden a una terapia por sectores, por ejemplo: vincular entre hermanos, o bien padre-madre y un hijo, etc., esquemas móviles y por módulos temporales.

### *La pareja*

Agradezco a la compañera Silvia Cincunegui el material clínico.

Motivo de consulta: se trata de una pareja de amantes, María y Juan, que están juntos hace ocho años; él está casado y tiene dos hijas, ella separada hace una década con dos hijas que conviven con Juan en su «doble vida». Quieren definir la situación, o divorcio de Juan o corte del vínculo por María.

Tomaré tres elementos: la presentación, los significantes vinculares (expresión de representaciones que hacen a la historia vincular) y el lugar del sujeto múltiple y el otro del vínculo (que incluye la transferencia vincular).

La presentación nos arroja en el devenir de lo irrepresentable, lo no ligado. El «cómo vienen», «cómo se da vínculo».

En ese sentido lo que impacta del comienzo es la ausencia-espera. Hay dos referencias a la temporalidad: los veinte minutos de demora y el cumpleaños de ella (fecha que coincidió con la sesión anterior pero lo mencionan en ésta con el término post, otro dato). En ambos casos hay un desfasaje en el tiempo.

¿Podemos inferir que se manifiesta el conflicto en la transferencia vincular?

El «cómo vienen» puesto en acto produce un vínculo con la terapeuta marcado por la ausencia temporal con una pro-

mesa de llegada, que coincide con los ocho años sin modificaciones, que relata María como reproche.

Los argumentos que mencionan son un fresco de la realidad cotidiana en nuestro país... caos, protestas, aumentos, etc. Pero recordando el paradigma de la complejidad, también nos indican que el funcionamiento vincular pone el conflicto afuera (familia de Juan).

*T: ...las cosas entre ustedes estaban peor?*

*María: No, no! Entre nosotros no! nosotros estamos bien.*

En otro sentido, el vínculo desfasado consiste en construir un contrato (ser amantes) que no pueden sostener ideológicamente puesto que son personas tradicionales y se exigen otro contrato (ser matrimonio) que nunca llega.

*María (comienzo de sesión): ... complicado para llegar.*

Mientras tanto no pueden vivir con plenitud el vínculo que sí tienen o bien el sufrimiento formará parte del goce.

Los significantes vinculares: salgo de la presentación y voy a la historia, representan aquello fijado en líneas fantasmáticas que aparecen en el discurso vincular.

Encuentro dos en las viñetas: arrogante y secundario o segundo.

*María: ...él me dijo que yo era arrogante.*

*Juan: ...¿soy arrogante yo?*

El otro significante aparece en forma más reiterada:

*María: soy un ser secundario en el listado.*

*Juan: mi padre me tenía a mí en un segundo plano.*

Esto quizás nos permita ligarlo con el lugar del sujeto múltiple y el otro del vínculo. Observamos que en la sesión no hay diálogo vincular pues el otro del vínculo no ingresa como

variable de cambio, es decir en el campo representacional el Otro Real está volcado hacia el Otro Objeto que predomina. Esto conlleva a discursos hegemónicos donde no es posible la duda, construyendo universos cerrados donde cada uno espera en forma arrogante que el otro se adapte, sea segundo. Lo mismo ocurre con las intervenciones de la analista que sólo es escuchada como un juez que otorga verdad a los miembros en litigio. Por tanto el sujeto múltiple que produce este vínculo no tolera la ajenidad, y la diferencia genera conflictos de primacía y luchas por el poder.

Los significantes vinculares manifiestan la dupla arrogante-segundo, destinos recíprocos que se adjudican Juan y María construyendo estos fantasmas que coagulan la producción vincular y los desubjetivizan.

*María (enojada): ¡Entonces vos te estás tomando la revancha conmigo y me dejás a mí en un segundo plano!*

*Juan: ¡Y a vos te parece que me estoy vengando con vos!*

### *El grupo terapéutico*

Voy a traer una sesión del día siguiente del atentado a las Torres Gemelas.

### *Constitución del Grupo:*

Está formado por seis hombres entre cuarenta y pico y cincuenta y pico años que se reúnen los días miércoles a la noche durante dos horas, cinco de ellos están juntos casi desde el principio, aunque sólo dos, C y E, son fundadores del grupo, el otro, R, se incorporó hace poco más de un año.

C: comerciante, judío-sefaradí, 48 años, obeso, creador de un empresa familiar, casado en primeras nupcias, con una católica, tres hijos. Personalidad narcisista de estilo simbiótico, líder afectivo, absorbe climas emocionales tipo esponja.

R: Kinesiólogo, 41 años, casado en primeras nupcias, una hija, ex militante de un partido de izquierda, obsesivo grave con aspectos masoquistas y tendencia a monopolizar el discurso que fue modificada por la dinámica grupal.

G: Sindicalista de base, peronista, 56 años, criollo de aspecto imponente, divorciado en dos oportunidades, cinco hijos, convive en pareja. Personalidad paranoide con tendencias violentas que ha superado en los últimos años y permitió su acceso a este grupo.

M: Artesano, se dedica al mantenimiento de Consorcios, 45 años, neurótico con tendencias depresivas, con conflictos de pareja y laborales, poco vital, está casado en primeras nupcias y tiene un hijo.

A: Artesano, 53 años, divorciado, sin hijos, neurótico de estilo fóbico, reflexivo, ex-militante de izquierda, estuvo exiliado en Barcelona durante la Dictadura.

E: Ex-empresario, y trabajador en relación de dependencia, 53 años, casado en segundas nupcias, tiene un hijo de cada matrimonio, neurótico depresivo aunque con cierta tendencia al acting por su pasado de abundancia, conserva contactos sindicales.

Dinámica grupal: los tres primeros pacientes presentaron, por su estructura, dificultad para su agrupación y suelen ser los más explosivos; los tres últimos funcionan como el aspecto reflexivo del grupo y conservan el equilibrio.

### *Sesión del miércoles 12 de septiembre del 2001*

Llegan todos juntos salvo G que siempre se demora, hablan desordenadamente.

A: *¿Vieron lo que pasó? se la dieron a los yankees.*

C: *A mí me pareció una matanza despreciable, una locura, peor que los nazis.*

*E: Lamento las muertes de gente inocente, pero esto alguna vez iba a pasar; con esta política expoliadora mundial, un día les iba a llegar la guerra a ellos.*

*C (interrumpe constantemente): ¿Pero vos viste la cantidad de gente que murió? mujeres, pibes, gente de trabajo, turistas. Te podía haber tocado a vos E, a mí, yo estuve en esas Torres.*

*E: Yo también, pero esto fue muy temprano, y a esa hora hay pocos turistas, yo había ido a la tarde.*

*C (se ríe): ¿Y eso qué tiene que ver? eso que decís es una boludez. ¿Vos crees que pensaron en los turistas?*

*(al T) ¿Pero a vos te parece Carlos? Parece que yo soy el único humano aquí. Estos callados (por los otros) ¿y vos qué decís? (al T)*

*M (lo interrumpe): Te entendemos C, estamos todos apenados por los muertos, pero tengo como una satisfacción aquí (se toca la garganta, sonriendo) ¿qué querés que le haga?*

*R (se para y habla en tono solemne): Yo recuerdo: el Cordobazo, la Dictadura, los miles de desaparecidos (nombra unos cuantos) por la política de la CIA y digo ¡alguna vez tenían que cagar estos hijos de puta! (se sienta).*

*A: Pará, pará, no creo que ese sea el camino. Nos estamos olvidando que lo que hicieron esto son todos asesinos, querían sangre.*

*T: Me parece que no hay parámetros para entender estos hechos que superan la ciencia-ficción y esta incertidumbre promueve en el grupo emociones ambivalentes y muy polarizadas.*

*(Ingresa G)*

*C: (muy ansioso, mira torcido al T) Estamos hablando del acto terrorista de ayer. ¿Y vos que pensás G?*

*G: Fue el día más feliz de mi vida. No saben cómo gocé. Esto es peor que Vietnam para ellos (sigue parado y se abraza con R).*

*R: Claro, claro.*

*C (se levanta): ¡No puedo estar en un grupo con gente tan inhumana! (a los gritos, a G) ¡¿Y vos qué crees?! ¡¿que ayer murió Rockefeller?! ¡Eran todos negritos laburantes, inmigrantes, gente de laburo como nosotros los que hicieron cagar!*

*(Los dos frente a frente, parados, se están por ir a las manos).*

*T (se levanta presuroso): Están actuando la violencia y están llevando las diferentes interpretaciones al enfrentamiento personal, repiten la violencia sin pensamiento.*

*Si esto continúa así suspendo la sesión.*

*(Silencio. Hay algunos insultos en voz baja entre G y R contra C).*

*C: ¿Cómo, cómo?*

*T: Yo creo que el atentado entró al grupo (mirando hacia los ventanales del consultorio) como los aviones por las ventanas de las Torres, como una bomba que no podemos metabolizar. Estamos todos contaminados y la primera reacción aquí adentro es dividir el campo entre aliados y enemigos, que se encarna no casualmente entre ustedes tres, quizás los más explosivos, los que tienden a saltar. Parece que aquí C representa a E.U. o a las Torres (no a la gente) y casi todos cargan contra él, especialmente G y R hoy aliados y C que suele poner la cabeza para que se la corten, por suerte hoy puede pedirme ayuda para que intervenga. Creo que hay una fantasía de concretar una ejecución aquí adentro, entre nosotros, como espejo de lo que pasó, pero también tiene que ver con los lugares de cada uno y de cómo aceptar los diferentes puntos de vista.*

La presentación se ve favorecida por el efecto grupo: la comunicación multipersonal produce reacciones en cadena que facilitan un pensamiento intuitivo y un lenguaje de acción y dramatización. Es un juego del Dos, que nunca cierra y que intenta en este caso obturarse en términos binarios: C es E.U. y el grupo es ant imperialista.

El momento de la presentación se da con la ruptura de la piel del grupo, surge lo otro que no se puede metabolizar y produce efectos en la cadena representacional donde el derrumbe de las Torres es otra versión de la caída de lo establecido (los dioses tambalean). Se confunde el adentro con el afuera y amenaza derivar en una lucha fratricida (fantasía de ejecución de C), que produce una apelación a un padre que ponga orden. En el borde de la presentación podemos reubicar



el nivel de la fantasía originaria (isomorfia-zonas desubjetivadas del psiquismo), el encuadre se mueve, el grupo también, el mundo es atroz y peligroso (entra por los ventanales). Se encuentran ya en el universo representacional el nivel de las transferencias laterales entre  $\mathbb{R}$ ,  $\mathbb{G}$  y  $\mathbb{C}$  y la fantasía secundaria homomorfa en  $\mathbb{C}$ , con el pasaje de la transferencia horizontal a la vertical (el llamado punto de capitón), que puntúa la última interpretación del terapeuta. Un comentario kaésiano:  $\mathbb{C}$  es portavoz o función fórica del lugar de la diferencia como fantasía de no asignación.

### *Para concluir*

Como observarán, en mi paso por la institución he escrito con muchos colegas, a los cuales agradezco pues me permitieron construir un pensamiento múltiple. Este trabajo, donde doy cuenta de mis transformaciones singulares, sólo fue posible por ese rico intercambio vincular impulsado por los interrogantes y la pasión que nos convoca la tarea analítica. Quizás la condición humana sea el eterno deslizamiento del sentido y el deseo que lanza la incógnita infinita.

## **Bibliografía**

- Badiou, A. Conferencia AAPPG, abril 2000.
- Bernard, M. *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*, Publicación AAPPG, 1991.
- Bianchi, G.; Moscona, S. y otros, Sexualidad en la pareja, Informe, Taller 2000, AAPPG.
- Bianchi, H. y Vaqué, M., Apuntes para una práctica Vincular, Conferencia AEPG, 2002.
- Cerdeiras, R., Revisando nuestros fundamentos epistemológicos, Conferencia AAPPG, 2001.
- Czernikowski, E.; Gomel, S. *Locura Vincular. Del amor y sus bordes*, Paidós, 1997.
- Deleuze, G. *Mil Mesetas*, Les Editions de Minuit, París, 1980.
- *Repetición y diferencia*, Idem.
- Derrida, J. *Différance*, Selección

- de Textos, ficha técnica.
- *Escritura y Diferencia*, Idem.
- *De la Gramatología*, Idem.
- Effrom, M.; Saavedra, C. y otros, Informe Taller 2000-01, El otro, su vertiente filosófica.
- Freud, S. Proyecto de una Psicología para Neurólogos, *O. C.*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973, Tomo I.
- El block maravilloso, Idem, Tomo 3.
- Krakov, H. y Pachuk, C., Informe Taller 1999, AAPPG.
- Mackintach, A. y otros, Vicisitudes del goce en la clínica de parejas, Taller AAPPG, 2001.
- Maresca, S. Acerca de nuestras bases epistemológicas, Nietzsche, Conferencia AAPPG, 2001.
- Mendilaharzu, G. y Pachuk, C. Diversas modalidades de pareja, Congreso de familia 2001.
- Moreno, J. *Ser Humano*, Del Zorzal, 2002.
- Pachuk, C.; Giberti, E.; Barros, G. *Los Hijos de la Fertilización Asistida*, Ed. Sudamericana, 2001.
- Pachuk, C. Discusión del trabajo de Hugo Bianchi y Mónica Vaqué, 2002, AEPG.
- Pachuk, C. Discusión de material clínico, Jornadas Kaës, AAPPG, 2003.
- Pachuk, C. Influencia institucional en la atención de pacientes del centro asistencial, 2002, AEPG.
- Puget, J. y Berenstein, I. *Lo Vincular*, Paidós, 1997.
- Puget, J., Grupo de supervisión de parejas.
- Puget, J., Conversaciones.
- Puget, J., Qué es material clínico para el psicoanalista.
- Puget, J., Los espacios psíquicos. *Rev de psicoanálisis*, Vol X, 1987.
- Rella, E., El descrédito de la razón. Ficha técnica.
- Rodríguez, M. y Vidal, A. (comp.) *Después del posmodernismo ¿Qué?* Rubí (Barcelona), Anthropos, 1998.
- Spivacow, M.; Waisbrot, D.; Rolfo, C. y otros, El vínculo de pareja entre la novedad y la historia, Taller AAPPG, 2002.
- Tortorelli, A., El pensar de la diferencia (curso AAPPG 2002), Grupo de estudio 2003.

**Comentario al trabajo  
«El vínculo, esa incógnita»,  
del Dr. Carlos Pachuk**

**Janine Puget \***

(\*) Miembro Titular de APdeBA; Miembro Fundador de la AAPPG.  
Paraguay 2475, Piso 7 (1126) Buenos Aires.  
E-mail: [janinep@fibertel.com.ar](mailto:janinep@fibertel.com.ar).

Este trabajo de *historiador retroactivo* es una creación de Carlos como le corresponde a un historiador. Es una reflexión de muy alto nivel, una conceptualización mediante la cual va dando forma a su definición de lo que va sucediendo para que un vínculo se vaya constituyendo. Propone muchas ideas, posibilidades de formulaciones y sistematización de su teoría vincular que son bien interesantes. Su trabajo sirve de punto de partida para seguir pensando y es desde esta perspectiva que iré orientando mi discusión con él. Es muy evidente que en nuestra institución han ido naciendo diferentes maneras de conceptualizar los vínculos dependiendo, por un lado de la creatividad propia de cada uno de los investigadores y por otro, del apoyo teórico psicoanalítico y filosófico sobre los cuales se basan las diversas elaboraciones. Ello lleva a que cada uno de nosotros tenga su propio vocabulario y por ejemplo, destaco en Carlos, conceptos como sujetos múltiples, rizomas, anudamiento, *différance* derridiano, grafismo y una linda idea de geografía de la complejidad. Pero también es cierto que muchos de nosotros incluimos conceptos que tal vez formen parte de la cultura de esta institución tales como lo real, subjetividad, lo externo interno empleados de alguna manera especial, así como temas que son, hasta ahora, un gran escollo tales como: pulsión, represión primaria, inconciente y transferencia. Y toda esta complejidad queda reflejada en la elaboración de Carlos.

Me resultó complicado entender sus cuatro modelos porque si bien no cabe duda que dan cuenta de una manera de ir organizando los conceptos en un orden creciente, valdría la pena discutir, por ejemplo: ¿cómo es la cuestión de la represión primaria?, ¿si es adecuado pensar esto en estos términos? y ¿si el pasaje de un estado a otro se realiza dentro de un proceso evolutivo? Pero sea como fuere, su producción es el resultado de un esfuerzo descomunal que merece que discutamos dentro del departamento.

Haciendo esta salvedad, el modelo 1 resulta sin embargo muy claro y concuerdo plenamente con la idea que la relación crea sujetos. Pero para hacer un contrapunto o tal vez tan sólo una especificación mayor, yo hoy jerarquizaría que lo que crea

un vínculo es un *hacer junto con*. De donde cada vez más pienso que es necesario encontrar cómo hablar del «hacer».

Me interesó también ver cómo usa el concepto de transubjetividad pedido prestado a Marcos Bernard, en tanto espacio de máxima apertura de las subjetividades abolidas por la ausencia de un espacio de transcripción. Se ve que estamos navegando muchos de nosotros en esas aguas borrosas que son las que no tendrían marcas, inscripciones y que sin embargo ocupan algún lugar en la teoría. No los ubicamos todos en el mismo espacio teórico pero por ahí andamos.

El que me resulta más complicado es el modelo 2.

No me queda claro qué entiende Carlos por una presentación que parasita la representación desde su origen. Es una linda idea, si es que la entiendo bien, en la medida en que estaría tratando con eso de dar forma a ese punto de tensión entre presentación y representación que crea singularidades propias. Habrá que seguirlo pensando y forma parte de los puntos que abren al futuro de las formulaciones.

En cuanto al modelo 3, propone un «inconciente de superficie» que es bastante tentador. En mi forma de conceptualizar estos temas es un punto realmente flojo donde me cuesta pensar con precisión en la creación de un inconciente a partir del efecto vincular. Por ahora lo recalco, lo pienso y lo seguiremos pensando.

El modelo 4 es una síntesis apretada que da una visión global del trabajo y que puede ser el punto de partida para futuras discusiones.

En cuanto a los dos ejemplos, son bien interesantes y diferentes.

El de la pareja, me llamó la atención lo que para mí sería un malentendido, y que en el esquema de Carlos corresponde a una dificultad con la alteridad y tendencia al Uno. Desde mi perspectiva ello implica una dificultad para escuchar y en con-

secuencia la abolición del efecto de presencia en tanto productor de un corrimiento. María dice «él me dijo que yo soy arrogante», a lo cual Juan contesta preguntando «si él es arrogante». Entonces, ¿qué escucharon? Sólo escucharon arrogante y cada uno lo tomó para sí con una desmentida, ¿o la denuncia de una acusación trae como resultado un acto defensivo en el otro? Y esto se repite en el intercambio siguiente donde ella dice «soy un ser secundario en el listado» y Juan dice «mi padre me tenía a mí en un segundo plano»... La mención a «ser secundario» dispara en el otro un recuerdo... ¿cómo tomaríamos esto? Es interesante porque con esto solo se abren muchas líneas interpretativas. Intentando hacer jugar algunas de ellas, estaría la de la asociación que produce recuerdo... la de la confusión yo-otro, la de un discurso autorreferencial, o como dice Carlos, la posibilidad de catalogar el diálogo desde su negatividad: no habría diálogo dado que el otro del vínculo no ingresa como variable de cambio. Yo personalmente sería algo menos contundente y trataría de ver en qué interfirió el otro, o por ejemplo recalcarles que para ellos estar bien es estar un poco cada uno en su mundo.

Pasemos ahora a pensar en el grupo.

Se me ocurre que la violencia instituyente de esta sesión proviene de la intolerancia entre las diferencias ideológicas. Pero ello tiene que ver también con lo difícil que resulta pensar el evento «Torres Gemelas». Una confusión de contextos lleva a que los parámetros que hasta ese evento les permitían agruparse de alguna manera, en ese momento habían cambiado bruscamente. Carlos interpreta muy adecuadamente pero les dice que están actuando una violencia que no sería de ellos. Y ahí se abre un gran tema... Cristina Corea y Silvia Duschatzky en su libro «Chicos en banda, Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones», donde estudian la violencia en el contexto escolar, destacan cuatro formas de presentación de la violencia: como estallido (en la escuela), como una forma instituida (en los ritos), como componente de un acontecimiento (en fiestas) o como matriz cotidiana (en la calle). Trasladando este modelo me he preguntado qué pasó en este grupo. La discusión se entabla sobre de-

rechos a matar... y uno de los integrantes se va a los recuerdos, a buscar similitudes... pero resulta que es algo que no se pudo prever y no tiene antecedentes... ¿Será tolerable la sorpresa? Pero lo que sucedió en la sesión probablemente tenga que ver con un estallido con algún resabio de matriz cotidiana.

¿Hacía falta que Carlos nos contara quién era quién con los datos provistos por él para que pensemos en la sesión? En todo caso ello corresponde a un modelo analítico muy tradicional, no creo que sea el de Carlos, pero lo incluyo como un ritual. Si quisiéramos, con esa presentación solamente podríamos ir a otro lado. Por ejemplo preguntarnos si los datos provistos presentan... si en ellos se han recalcado diferencias irreconciliables y capaces de producir estallidos de violencia en cualquier momento. Pero se me ocurrió jugar un poco con los datos y entonces pensé: un comerciante judío turco con un kinesiólogo, un sindicalista, un artesano y otro artesano y un ex-empresario... harán jugar estas diferentes posiciones laborales para que se produzca efectos de presencia. ¿Qué nos dicen estos datos?... También los hay casados en primeras nupcias, divorciado, con conflictos de pareja, viudo y casado... No sigo y solamente jugué con ese esquema sobre todo para abrir a futuras discusiones y preguntarnos qué hacemos con los datos. Ello forma parte de una vieja y renovada preocupación mía.

Pensando en la sofisticación del modelo presentado por Carlos hoy me encuentro que esta manera de presentar un caso corresponde al retorno de lo reprimido, o dicho de otra manera, a todo lo que tenemos fuertemente instituido y que cuesta volver a pensar.

Este trabajo reúne con creces las condiciones para un trabajo para optar a la condición de Miembro Titular de nuestra institución, título por otra parte que Carlos ya tenía merecido por sus ricos aportes científicos, por el *Diccionario* que publicó en colaboración con otros colegas, por sus numerosas intervenciones en paneles, etc... por su permanente colaboración con todos los miembros de la institución. Me queda felicitarlo.



**Comentario al trabajo  
«El vínculo, esa incógnita»,  
del Dr. Carlos Pachuk**

**Hugo R. Bianchi \***

(\*) Miembro Plenario y Coordinador Científico del Area de Familia y Pareja de la Asociación Escuela de Psicoterapia para Graduados. Miembro Titular de APA y de la Sociedad Psicoanalítica del Sur (SPS).  
José L. Pagano 2601, 5º (1425) Buenos Aires, Argentina.  
Tel.: 4802-4780. E-mail: [h.bian@fibertel.com.ar](mailto:h.bian@fibertel.com.ar)

Carlos intenta hoy darle un status metapsicológico a la presentación, haciendo jugar su conocimiento acerca de la clínica vincular con nociones derivadas del pensamiento de filósofos como Heidegger y Derrida. Alejados, estos pensadores de toda pretensión de determinismo, o esencialismo, profundizan acerca de la diferencia cuestionando toda lógica identitaria. Carlos propone sus ideas desde el papel de *historiador retroactivo* que él mismo se asigna. Como historiador nos trae un juego de cartas (truco y escoba), señalando las diferencias de los reglamentos junto a la igualdad de las cartas. ¿Es que la diferencia es del orden de una lógica?

Los autores *entramados* –según sus propias palabras– por Carlos Pachuk son Puget, Bernard, Freud, Lacan, y otros colegas y compañeros del autor en la Institución. Una observación más o menos imparcial diría que un equipo así formado vestiría camisetas de colores muy variados y hablarían en las lenguas de Babel. Pero dejemos paso al texto y ya veremos el resultado.

A mi parecer Sigmund Freud no abandonó nunca el paradigma en el que se formó: el paradigma racionalista kantiano-hegeliano. Las lecturas de Freud podrán producir una reedición pero la *historización retroactiva* no debería dejar de ver que la obra de Freud tenía bordes que la contenían, aun en artículos como los que toma Carlos, «Proyecto de una Psicología para Neurólogos», o «El Block Maravilloso» (descapturar, desterritorializarse). Sin embargo concuerdo en la observación de que su obra constituye una obra abierta que permite el tránsito y la reedición en extensión.

«*La hipótesis central de mi trabajo es que el vínculo es un borde o intervalo en différence entre presentación y representación*», nos comunica Carlos Pachuk. Un problema a considerar es que la diferencia no se presenta nunca, está siempre diferida. Esto nos ha llevado a pensar al vínculo en el término del instante (que no es una dimensión del tiempo, sino la concreción de una práctica instituyente, en el sentido en que Castoriadis escribe acerca de la «Institución Imaginaria de la Sociedad»).

Por cuerda separada podemos considerar en los materiales clínicos el uso de las ideas antes mencionadas para el ejercicio de la clínica.

### *Los Modelos*

Modelo 1: entiendo el esquema, parece adecuado. En c) «[el sujeto múltiple] porque genera lo indeterminado y constituye la intersubjetividad con sus barreras y transcripciones».

Pregunto ¿genera lo indeterminado o es efecto de lo indeterminado? Me parece que la indeterminación (vacío) es el productor de lo que aparece como producto. De otra forma tendríamos que recurrir a un origen *pleno* en el camino de una definición identitaria.

Otra pregunta: ¿el *nosotros* no es otra forma de recurrencia al *uno*?

Dentro del modelo 1 se lee «A mi criterio, la intersubjetividad constituye la membrana del vínculo y es constituida por los sujetos múltiples de ese vínculo. Funciona con la lógica del nosotros con una transcripción hacia fuera de la membrana».

En tren de reiteración: ¿definir una membrana del vínculo –(y entiendo la metáfora biológica)– no produce un efecto de localización y con ello la posibilidad de cierre identitario?

Modelo 2: aquí la dificultad está en la definición de lo Real del Otro como «campo de la negatividad radical».

Yo pregunto ¿se puede combinar la ontología de la negatividad junto a la ontología de la diferencia? Para que se entienda la pregunta voy a repetir en otros términos: ¿podemos procesar simultáneamente la ontología de Hegel (lo negativo y su contrario, la afirmación identitaria) y la ontología de Heidegger?

En todo caso si el vínculo es puro devenir de acuerdo a la definición fuerte de Carlos Pachuk, por qué colgarle las pesas del pensamiento más identitario como lo es el de Kant y Hegel, o el lastre del estructuralismo, igualmente identitario y logista.

Sigo leyendo y pregunto porque hay una frase que no entiendo: «El vínculo tiene algo de incapturable, la presentación expresa la lógica del inconciente». Mi duda apunta a pensar que la presentación tiene, efectivamente la característica de lo incapturable, pero ¿apunta a alguna lógica, o quizás a una estética?

Modelo 3: Se puede leer una tesis fuerte: la del inconciente en superficie producido en el trabajo analítico, al que Carlos diferencia del inconciente oculto develado supuestamente en la clínica llamada individual. Pareciera este inconciente «en superficie» productor de deseo y sentido. También introduce el autor al Yo diferido, aquí retorna mi síntoma, me asaltan las dudas porque entendí al Yo diferido como un yo en permanente advenir (como el trabajo), pero resulta que este yo «procesa diferencias» y es mediador en los diferendos o conflictos. Luego me tranquilizo porque este yo es la sede de las dudas y certezas transitorias con lo que me encuentro representado.

Ahora me pregunto la cuestión del origen en el inconciente originario y en la extensión rizomática, ¿no remite a una lógica identitaria fijando un lugar, el del origen que traerá consigo las cuestiones de la identidad?

Modelo 4: En el modelo 4 se reúnen las categorías mencionadas en los Modelos 1, 2 y 3, representando la producción de psiquismo en el vínculo desde las diferentes teorías involucradas.

El intento de dar un sustento metapsicológico al tema de la presentación se halla bien desarrollado y la progresión por los modelos facilita la comprensión del intento. Quizás, una vez salvadas las preguntas y, si cabe corregidos los esquemas

que pudiesen resultar contradictorios podamos avanzar en el pensamiento de cada uno que se ha entrelazado y también cuáles hebras deben mantenerse separadas.

### *La clínica*

«Frente a cualquier configuración vincular la primera pregunta que yo me haría es ¿cómo se da vínculo? lo digo así en impersonal, junto al gerundial siendo como producción vincular que genera subjetividad ¿Qué pasa en ese encuentro, cómo se arma ese sujeto múltiple en esa transubjetividad? ¿Cómo se juega el borde y la *différance* entre presentación y representación?»

En la primera viñeta la queja es por lo que yo llamaría lo estructural del vínculo, es decir aquello que forma parte del cruce de representaciones con la cultura y su ideal de pareja. En lo que hace al instante del vínculo como suele suceder no se dice mucho «nosotros estamos bien».

¿Quién está mal?

Dentro de los límites que la viñeta permite, daría la impresión que es cierto anclaje en el pasado que bajo la forma de reproches retorna impidiendo la emergencia de los afectos que se vienen dando en esta pareja. ¿Por qué el lugar terapéutico aparece descrito como de «juez»? Juez es complementario de reproche. ¿Cómo salir de allí? Pareciera que el permanecer en posiciones «arrogantes» como retorno fuerte a una identidad excluyente del otro impide el juego que se venía dando.

### *El grupo terapéutico*

Ante el acontecimiento que se describe anonadante, el grupo parece buscar un re-encuentro, ver cómo se viene dando, y este dando produce formas, figuras, el triunfo prestado, los muertos y heridos, el pude estar allí...

Una idea, ¿no sería más adecuado quedarse sin «los parámetros» para dejar que la incertidumbre opere como ese vacío al que algo nuevo podía llegar siempre que no se lo ocupara con la repetición de lo ya acontecido, con las marcas del pasado?

Carlos señala, con razón, que la primera forma que se da es la de ocupar la incertidumbre mediante la organización dualista, unos y otros.

La metabolización, la indigestión, los modelos biológicos denotan la búsqueda de algún camino diferente, escondido, en que la violencia deje de darse, ¿la violencia del atentado que ya fue? ¿La violencia del grupo que se puede dar? Carlos señala «la ruptura de la piel del grupo». La dificultad de operar con el modelo heideggeriano es notable, la tendencia es a volver a encontrar identidades, y el pasado es reconfortante en ese sentido. El obstáculo al devenir expresa el temor grupal del ¿y ahora qué va a pasar?

Los modelos tienen una aplicación parcial en la clínica demostrada, y está bien que así sea, hay un trabajo de pensamiento fuerte, y continuar trabajando con la diferencia sin hacer de esto una lectura de doble registro donde la teoría psicoanalítica y la filosofía tengan que coincidir letra a letra es saludable.

Al respecto del tiempo Castoriadis, que desde 1922 recorrió otras catástrofes, escribe:

«Si el *tiempo* verdadero, tiempo de la emergencia, de la creación, de la alteración alteridad esencial no tiene y *no puede tener* lugar en la teoría; si la vida del sujeto no es nunca sino circulación sobre la única superficie de una banda de Moebius –habiéndose sido fijadas las variedades posibles de ésta de una vez y para siempre y por toda la eternidad por la *estructura*– en síntesis, si la historia no existe, ni como individual, ni como social-colectiva, ¿cómo podría la cura misma ser segmento de una verdadera historia en la que el sujeto llegaría, con la cooperación del analista, a alterarse esencialmente?»

La alteración en los vínculos se viene *dando*, el rechazo de toda pretensión determinista en el campo que llamamos del dos, es parte de ese pensamiento, Carlos lo llama pensamiento nómada, a lo mejor sólo es necesario soportar la incertidumbre...



**PASANDO  
REVISTA**

*La clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales.  
La experiencia argentina*  
**Daniel Waisbrot, Mariana Wikinski, Cielo Rolfo,  
Daniel Slucki, Susana Toporosi (compiladores)**  
**Paidós, Buenos Aires, 2003**

Agradezco a Cielo Rolfo, Daniel Slucki, Susana Toporosi, Daniel Waisbrot y Mariana Wikinski por invitarme a presentar este libro.

Estamos ante un libro que da cuenta de las Jornadas que, con el mismo título se llevaron a cabo los días 11 y 12 de julio de 2002. Sin embargo, lo que quiero rescatar es la importancia de este texto ya que, si bien los compiladores parten de esas jornadas, realizaron un trabajo de selección que le da su propia autonomía. Para decirlo de otra manera, esas Jornadas les permitió realizar este libro colectivo sobre «La clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales». Este libro es un hecho más de esas Jornadas.

Por ello el sentido que, para los compiladores, tuvo ese encuentro también lo podemos extender a este texto. En la introducción hablan sobre tres sentidos posibles: 1°) Apostar a la construcción colectiva de la memoria, que luche contra la falta de palabra, el olvido y la renegación, riesgos mayores de una sociedad que aún sufre

la violencia social. 2°) Volver a pensar las experiencias como el terrorismo de Estado que llevó a 30.000 desaparecidos, la guerra de Malvinas, los atentados en la AMIA, en la embajada de Israel y en Río Cuarto, provincia de Córdoba. Es decir, dar cuenta de ellas y poder aprender qué nos sirve y qué no y 3°) trabajar con el padecimiento psíquico, lo cual nos lleva a la implicación en tanto analistas y ciudadanos sujetos de una cultura. Por ello afirman: «No hay salud individual si no es posible la salud colectiva.»

Esta última frase nos plantea la relación del padecimiento con una estructura económica, política y social. Es decir, con una cultura que potencia la creatividad, los lazos de solidaridad o, por el contrario, que tienda al desarrollo de la violencia destructiva y autodestructiva. Evidentemente estamos en una cultura donde predomina esto último. Esta situación nos lleva a la necesidad de destacar algo que, por evidente, no es un dato menor para subrayar: en toda situación de catástrofe social no es lo mismo ser rico que ser pobre.

En este sentido, los ricos no sólo viven mejor que los pobres, viven más tiempo. Uno de los datos de la desigualdad es cuánto se vive y cuánto se sobrevive a la enfermedad y el riesgo. La protección de la vida es una tarea de los gobiernos porque la circunstancia de que la gente viva o muera es un hecho político. Si se deja que las condiciones de vida, la enfermedad y la muerte estén en manos de los votos o de las leyes del mercado, las familias pobres se morirían. Esta es la función de un Estado que represente los intereses de la mayoría de la población. Cuando se mencionan los índices de mortalidad infantil, se está hablando de un problema que fundamentalmente tienen los pobres. Cuando se habla de accidentes de trabajo también. Los riesgos de trabajo hablan de un concepto que algunos consideran pasado de moda como el conflicto de clases. Nadie quiere que ocurran accidentes de trabajo. El empleador no es una persona cruel o asesina, ni los obreros suicidas. La lógica del capital lleva a unos a no gastar dinero para la seguridad de los trabajadores. A los obreros no les queda otra alternativa que poner el cuerpo y arriesgarse más. Si ocurre algún accidente, unos pagan con plata otros con el cuerpo. Además esta misma lógica ha llevado a poner en riesgo al sistema ecológico. Por ello podríamos decir que no hay

catástrofes naturales, en tanto el actual desarrollo capitalista pone en riesgo tanto al tejido social como al ecológico. Esta es la lógica del capital que desnuda un Estado que no es objetivo, ya que defiende los intereses de los sectores empresarios al no garantizar las leyes que protejan a los sectores de menores recursos. Pero a este capitalismo le debemos agregar la actualidad de un capitalismo mundializado cuya lógica del capital financiero lo lleva a producir trabajo para sectores concentrados de la población. Su resultado es que en el mundo más de la mitad de la población no tiene trabajo y vive con un dólar diario. En nuestro país casi el 60% de la población vive debajo del nivel de pobreza y casi el 30% está desocupado. Esto tiene como consecuencia situaciones de catástrofe personales, familiares, grupales e institucionales. Sin embargo en nuestro país, con avances y retrocesos, encontramos reacciones a esta situación por parte del colectivo social. Me refiero a las organizaciones piqueteras, las asambleas vecinales, las fábricas ocupadas y puestas a producir por sus obreros, etc. Muchos psicoanalistas trabajan en estos espacios que se han transformado en lo que denominamos laboratorios sociales de Salud Mental.

En este sentido debemos señalar que al presentarse este libro en una fábrica ocupada y administrada por sus obreros, nos lleva a rescatar la importancia que tiene para el necesario debate sobre ciertas cuestiones que hacen a la práctica y la teoría de un psicoanálisis que no se limita solamente al dispositivo de la cura individual.

Refiriéndonos al libro no vamos a mencionar todos los cruces de acuerdos y diferencias que atraviesan este texto. Mucho menos resumir la riqueza y complejidad de ciertos escritos realizados por los diferentes autores. Solamente recordaremos algunas ideas que me resonaron en su lectura con el fin de establecer un diálogo con ellas.

El texto está dividido en cuatro partes por la temática desarrollada en los paneles de las jornadas. Al final se transcriben los debates entre los participantes.

El primer panel se denomina «Conceptualización de catástrofe social. Límites y encrucijadas». Este panel está compuesto por Silvia Bleichmar, Luis Hornstein e Ignacio Lewkowitz.

Allí Silvia Bleichmar establece lo que considera el impacto traumático como aquél que pone en riesgo dos grandes aspectos de la organización del yo: la autopre-

servación y la autoconservación. Entendiendo el yo como una organización defensiva, lo traumático pone en riesgo tanto la forma con la que el yo representa la conservación de la vida como desde el punto de vista de la autopreservación, es decir las formas en las que el yo se siente en riesgo con respecto a los enunciados identificatorios. En este sentido, tanto Silvia como Luis Hornstein actualizan la teoría traumática para establecer los desafíos teóricos y clínicos que llevan a modificar el encuadre, el estilo interpretativo, etc.

En cambio, Ignacio Lewkowitz recupera el concepto de «acontecimiento» para diferenciarlo de «trauma» y «catástrofe». Al dar cuenta de un mundo capitalista donde la solidez de las instituciones ha trocado en la fluidez de los cambios, hay una tensión permanente entre la destitución objetiva y la invención de la cohesión subjetiva. Esta idea de la catástrofe como «acontecimiento» y como «trauma» está presente en varios escritos. De aquí la pregunta ¿es necesario elegir entre una y otra o hay que establecer una relación dialéctica entre ambas? En el final los compiladores desarrollan estas perspectivas.

Pero antes de pasar al otro panel me quiero detener en una cir-

cunstancia que ocurre en el posterior debate. Allí uno de los participantes hace referencia a una expresión de Ignacio Lewkowiec que, cuando se refiere a los hechos ocurridos en el Puente Pueyrredón, menciona que hubo una «balacera». Esta persona —el texto no dice quién es— aclara que no hubo una «balacera» sino un asesinato a sangre fría de dos personas indefensas. Luego en una nota aclaratoria se señala que dos piqueteros fueron muertos en el Puente Pueyrredón. Más adelante en el libro se habla de dos muertos en Avellaneda, sin mencionar sus nombres, y se repite la misma nota aclaratoria. Debemos esperar el escrito de Laura Conte donde plantea claramente que en Avellaneda fueron asesinados Darío Santillán y Maximiliano Kosteky. Inclusive su escrito termina con las palabras dichas por un compañero de ambos en un homenaje. ¿Por qué hago este comentario? Por dos cuestiones. La primera es para destacar lo difícil que es nombrar lo traumático. En este caso dos personas indefensas asesinadas impunemente. Ninguno de nosotros estamos exentos de esa dificultad. Podríamos decir que en este «olvido» aparece la polémica «trauma» y/o «acontecimiento». Lo segundo, es para recordar que ayer se cumplió un año del asesinato de Darío y Maxi. Por ello, mañana se hace un homenaje en Grissinopoli

con la inauguración de una exposición de cuadros realizados por Maximiliano Kosteky, a la cual están todos invitados.

Continuemos con el libro. El segundo panel se denomina «Herramientas para pensar nuestras catástrofes cotidianas». Intervienen Isidoro Berenstein, Ana María Fernández y Hugo Urquijo. El primero que escribe es Isidoro Berenstein, quien menciona las herramientas necesarias para dar cuenta de las catástrofes en los tres espacios donde se mueve el sujeto: el espacio individual, el espacio familiar y el espacio público. Ana María Fernández comenta extensamente una importante investigación sobre el desarrollo de las asambleas populares. Me llamó la atención cómo en estos espacios referidos a nuestra cotidianidad urbana nos encontramos con la presencia de Roberto Arlt. Ana lo menciona al hablar de los «juguetes rabiosos barriales» recordando la novela de Arlt: «El juguete rabioso». Pero, al decir «rabiosos», no es por acciones de violencia sino de la rabia que aporta potencia de invención y afronta alternativas comunitarias. Y cuando se refiere a «juguetes», no es por divertir sino como sitios de experimentación de nuevos modos de productividad económica, simbólica, organizacional, etc. Por otro lado, Hugo Urquijo que apuesta a

«la gran herramienta del Arte» y a la importancia de la resistencia cultural, comienza su trabajo con una cita de Arlt que es una propuesta para todos los lectores de este libro: «El futuro es nuestro por prepotencia de trabajo».

El tercer panel se denomina «La crueldad del otro humano». Ana Berezin, Ricardo Forster y Janine Puget son los encargados de plantear los nudos problemáticos entre «crueldad» y «catástrofe». Ana Berezin nos habla de cómo la crueldad se ha cotidianizado. El ser humano es potencialmente cruel. Pero esta condición debe ser entendida no como esencia inmutable sino como construcción singular y colectiva de lo histórico-social, es decir como condición histórica. Ricardo Forster nos señala que la crueldad no es exclusivamente asociable al mal. Por eso lo más traumático sería pensar el desborde de crueldad que encontramos en los diferentes proyectos emancipatorios. En este sentido la crueldad es más efectiva cuando se hace invisible. La crueldad es entonces la crueldad del otro humano que me hace ver en el espejo del otro lo que efectivamente soy yo mismo. De esta manera Janine Puget va recorriendo el concepto de crueldad en la teoría psicoanalítica para establecer cómo la crueldad despoja, quita sentido y produce un efecto des-

humanizado. De allí la pregunta ¿la crueldad es un acto humano o el acto cruel deshumaniza al sujeto? Estas definiciones llevan a un debate para diferenciar entre culpa y responsabilidad en relación a los actos de crueldad.

El cuarto y último panel se denomina: «Efectos de la catástrofe social. Intervenciones en la clínica». Sus relatores son Laura Conte, Marilú Pelento y Jorge Rodríguez. Laura Conte —como señalamos anteriormente— refiere a su trabajo con víctimas del terrorismo de Estado. Marilú Pelento relata diferentes intervenciones sobre catástrofe social y Jorge Rodríguez nos introduce en el tema de la guerra de las Malvinas. Es en este último texto donde nuevamente aparece el tema de la culpa y la responsabilidad. Jorge plantea que en la guerra van algunos en representación del conjunto de la sociedad. Este hecho lo lleva a pensar en la responsabilidad de la sociedad para con los veteranos de la guerra de Malvinas. Su abandono y olvido ha causado hasta la actualidad más muertos por suicidios que en la propia guerra. Nuevamente el tema de la culpa y la responsabilidad. Creo que este tema es aclarado por una de las participantes en los debates de la mesa sobre crueldad. Dada su importancia voy a finalizar mi exposición transcribiendo su texto ya

que el mismo, a mi entender, resuena para el conjunto de los temas planteados en este libro. Es en relación a la cuestión de la crueldad que Gilou García Reinoso dice: «... la crueldad no es un hecho consumado; es efecto de un sistema cruel. Si nos quedamos en la filosofía del hecho consumado, podríamos pensar efectivamente en la responsabilidad. Alguien preguntó en algún momento si había grados de responsabilidad; a cada uno la suya. Estamos todos implicados; es cierto que el mal es humano. Somos implicados. El problema es preguntarnos ¿en qué? Yo respondo: en la posición que tomemos frente a los problemas de los hechos crueles. Tenemos la necesidad de realizar un análisis político de la situación, no naturalizarlos, ni esencializarlos. Somos testigos y no espectadores; esto quiere decir que al no tomar los hechos como consumados, fatales, irreversibles, podremos

aportar para transformar los hechos crueles. No es posible tratar este tema como una cuestión abstracta. Debemos diferenciar implicarse y responsabilizarse por un lado, de culpabilizarnos, por el otro. La culpabilización es efecto político de los sistemas crueles, es un operativo ideológico». Podríamos extender esta perspectiva señalada por Gilou sobre la crueldad a los fenómenos que se suscitan en las catástrofes sociales. Como decía Jacques Derrida: el psicoanálisis no crea ni la ética, ni la política, ni el derecho. Pero el psicoanálisis nos habla sobre nuestra responsabilidad en esos tres ámbitos. Es decir, nos plantea nuestra responsabilidad ante nuestra propia subjetividad y también ante la cultura dominante. En definitiva, ésta es la importancia de este libro al generar un debate sobre cuestiones teóricas y clínicas en las catástrofes sociales.

*Enrique Carpintero*

***La clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales.  
La experiencia argentina***  
**Daniel Waisbrot, Mariana Wikinski, Cielo Rolfo,  
Daniel Slucki, Susana Toporosi (compiladores)**  
**Paidós, Buenos Aires, 2003**

Así como se habla de veteranos de guerra, vamos a hablar hoy de veteranos de traumas, o de catástrofes. La veteranía no es cuestión de edad, sino de experiencia. De experiencia compartida, elaborada en común, en haber pasado juntos por las buenas y las malas, y haber producido con todo eso una obra a transmitir. Por eso presentamos hoy un libro de veteranos. No es lo mismo expertos que veteranos. No estamos hablando de especialistas, sino de experiencias especiales por las que ciertos sujetos pasaron. No es lo mismo.

En efecto los compiladores y organizadores de esta jornada, participaron todos en la atención a los afectados por el atentado en Amia. Y han agrupado a otros veteranos, y queda claro que lo digo con el mayor de los respetos, que han participado en la atención, y/o reflexión de otras catástrofes: en especial el terrorismo de estado que marcó de manera indeleble a varias generaciones de manera en que todavía es prematuro evaluar. También la guerra de Malvinas, decidida de forma miserable por quienes quisieron retener el poder

sostenido en sangre joven, pobre y ajena. Los atentados a la Embajada de Israel y la Amia, bombas anónimas, por culpa del estado argentino que debía investigar a los culpables internos y externos y no lo hizo, pero bombas anónimas también porque fueron arrojadas con el fin de producir terror, con total indiferencia sobre quienes iban a ser las víctimas. No me refiero al racismo de hablar de víctimas inocentes, sino a la cobardía de usar un método de lucha que no se hace responsable por la sangre de las víctimas que se va a derramar. Y del tendal de sobrevivientes, familiares, testigos, que reciben también las esquirlas de la cobardía. Figura también el estallido del arsenal de Río Tercero. Una trama de sangre, dinero e impunidad que explota nuevamente entre población civil. Y finalmente, de manera menos puntual, pero no menos grave, la terrible crisis socioeconómica que como consecuencia, como objetivo mejor dicho diseñado y preparado por el terrorismo de estado, prosigue el genocidio, con desaparecidos masivos en el trabajo, la salud, la educación. Veteranos entonces de la



lucha contra todas estas calamidades no naturales, se han reunido en este libro a transmitir lo que se hizo, lo que no se hizo, y lo que se deberá seguir haciendo, según cada caso.

Se confluó, dicen los veteranos autores en el prólogo, en «una ética del compromiso de resistir a la catástrofe psíquica». Atesorar las vivencias, haciéndolas experiencias. Se arma así una rima política: vivencia de la emergencia, hecha experiencia y transformada en resistencia.

Notan los autores, en todas estas catástrofes sociales, un factor común, la falta de verdad y justicia en cuanto a los verdaderos responsables de ellas. Es decir que aparece claramente la *impunidad* misma como una verdadera catástrofe social. Habría entonces que agregar, que denunciar a cada movimiento que se hizo para generar impunidad, a cada ley de perdón, de indulto, o cada encubrimiento de un criminal, como complicidad directa y co-autoría de catástrofe social. Y pensar también como catástrofe social a los estragos que en las víctimas sobrevivientes, que son los sobrevivientes de las víctimas, produjo la crueldad de la impunidad.

Por eso el uso del término catástrofe social tiene un sentido es-

tratégico. No sólo recordar que hay una responsabilidad humana en esa catástrofe, sino evitar, como bien dice Silvia Bleichmar en su ponencia, la naturalización como algo del orden de lo imposible de ser enfrentado.

A diferencia de Marx del «Manifiesto Comunista», no discutiéndolo, sino actualizándolo, Nacho Lewkowicz sugiere, aunque no llega a decirlo así, que *todo lo sólido se desvanece en el agua*, y no en el aire como dijo el gran Karl. En efecto Nacho anuncia la desaparición de lo sólido del estado nacional. Nacho dice que en la fusión de la informática con el capital, irrumpió el lenguaje de la fluidez. Flujos de capital y flujos de información. El capital financiero es fluido, y cuando no inunda, anuncia Nacho, viene algo peor, la sequía. La catástrofe quizá consista en tener que habitar un medio fluido. Y de lo fluido pasa a lo superfluo. Que así como para el sólido estado nacional, la población humana era necesaria para la alienación y la explotación, para los fluidos mundos del capital financiero, el peligro es la superpoblación, el ya no ser necesarios, ser superfluos. La catástrofe es un cambio de medio físico, en el que debemos aprender a temer, como naufragos.

Como dice también Ricardo Forster, ya no estamos en una *cri-*

sis, sino en una catástrofe, un colapso, un derrumbe. Diferencia esencial. En la Argentina se acabaron las crisis, esos estados agudos, pasajeros, que por obra de un optimismo ingenuo y no gramsciano, siempre era una oportunidad. Algunos llegaron a creer en las jornadas gloriosas y luctuosas del 19 y 20 de diciembre, como una gran oportunidad, era la por fin llegada crisis terminal del capitalismo, la llamaron estado pre-revolucionario. Por eso digo, confundir una crisis con una catástrofe, es además un gravísimo error político. Una catástrofe no es necesariamente una oportunidad; una catástrofe, valga la redundancia, es una catástrofe, y sólo da la oportunidad de contar cadáveres, consolar familiares, y recién después, poder reflexionar entre tanta sangre y tanta mierda.

Creo que hay que evitar una doble psicopatologización, y por motivos opuestos. Hay que evitar la psicopatologización de las víctimas, para no producir en sus subjetividades una culpabilización mortificante e injusta. Como dice Marilú Pelento, hay realidades sociales que son destituyentes de subjetividades, no reveladoras de una falla propia. Pero también hay que evitar la psicopatologización de los victimarios, llamando a los torturadores o a sus jefes, sádicos, paranoicos o psicópatas. Porque

estos términos paradójicamente los des-responsabilizan de sus crueldades. Los hacen inimputables, algún juez les evitaría la cárcel por esos mismos motivos. Las catástrofes no son enfermedades, no son actos realizados por enfermos, y no es por enfermos que sus víctimas sufren. No estoy negando la importancia de la atención que los organismos de derechos humanos, y analistas independientes ejercieron. Pero creo que ellos, nosotros, siempre tuvimos en cuenta la responsabilidad mayor del terrorismo de estado en la destrucción de subjetividades. Sin perder de vista, claro, a cada singularidad en juego.

Este libro no es un libro más. Cuántas presentaciones de libros empezaron o terminaron, como en este caso, con esta relamida frase. Igual la digo. Este libro no es un libro más. Primero porque no es un libro simplemente escrito. Es que el título del libro lo fue antes de unas jornadas que resultaron multitudinarias. En efecto, este libro es el testimonio de una experiencia que reunió testimonio y pensamiento crítico, que consistió en un acto de resistencia, en el mejor sentido de la palabra, frente al vaciamiento intelectual post terrorismo de estado.

Adorno dijo una vez que después de Auschwitz ya no es posible la poesía. En la Argentina des-

pués de Auschwitz fue posible la  
Esmá. Pero también (gracias Juan  
Gelman) fue posible la poesía.  
Gelman, nuestro poeta, refutó a

Adorno. No sólo es posible la poe-  
sía, es necesaria. Algo de eso se  
podrá leer en este libro.

*Eduardo Müller*

***Emigración, salud mental y cultura***  
**Compilado por**  
**María Isabel Pazos de Winograd y Silvio Gutkowski**  
**Ediciones Del Candil, Buenos Aires, 2003**

Es una doble satisfacción y honor para mí comentar este libro, que cierra un momento de mi vida muy feliz, que evoco con placentera nostalgia. Fue en el año 98 cuando Silvio y un grupo de colegas organizó el primer encuentro de trabajadores de la salud mental hispano parlantes de Israel con la sigla de ATSMHI, que quiere decir «yo mismo». Ese encuentro se hizo en la ciudad de Jerusalén y recuerdo que era fascinante, una experiencia difícil de traducir en palabras, recorrer una ciudad tan enigmática, de intersección de culturas y de idiomas, por cuyas calles fluyen el hebreo, idioma bíblico, el ladino, el idisch, el árabe; sentir que en ese marco, con esas colinas, con una historia que te contempla, se realizó un encuentro, en nuestro idioma, el castellano; hablábamos ciento cincuenta colegas psicoterapeutas con una hermandad y una familiaridad que sólo produce la cercanía y la apropiación de un idioma común.

Siempre presentar un libro es un acto de júbilo. Es un acto de júbilo porque el libro es la máxima expresión de la cultura y de la

palabra. La presentación del libro renueva ese pacto de la realidad con la palabra. Pero este libro tiene un mérito adicional, un valor agregado: es el hecho que es el producto de un trabajo, la conclusión de un esfuerzo y un trabajo de mucha gente que viajó miles de kilómetros, que desafió temores, cobardías, inconsecuencias y se reunió a pensar temas de altísima importancia teórica y clínica en nuestro tiempo como son la emigración y la salud mental. Es el producto de una transferencia de trabajo, y esto hay que destacarlo como un valor fuerte cuando muchas veces la escritura en los países emergentes o periféricos sirve para satisfacer goces diletantes y regodeos narcisistas del autor y no una expresión de una praxis. Este libro es producto de ese esfuerzo, por eso lo saludamos y si tuviese que definirlo diría que es el intento, el esfuerzo, de elaborar a través y mediante la escritura, el complejo problema de la emigración. Es el intento de procesar verbalmente, simbólicamente, lo que significa para un terapeuta y para un paciente emigrar. Es un intento de dar cuenta, pero no dar cuenta des-

de el lugar en que los analistas piensan la emigración como algo ajenos a ellos mismos, sino pensar la emigración como un objeto de conflicto y preocupación que atraviesa a los mismos profesionales y a sus pacientes. No hay aquí la tradicional separación entre pensadores que piensan la emigración en el laboratorio y sus pacientes... tal es así que el Dr. Gutkowski en el prólogo habla de las «penas y las nostalgias» que llevan a la escritura de este libro. Penas y nostalgias, es justa la intención, habla de dolor y duelos, y habla de lo perdido que se intenta recuperar, y el libro termina con un trabajo de Yelin donde ella habla de la «añoranza» y nos explica cómo se puede transformar una vivencia siniestra en una vivencia casi agradable, familiar y reconocida. Es decir un proceso inverso que habitualmente se vive como lo extraño, lo ajeno, ella dice, cómo uno puede lograr apropiarse de lo desconocido y transformarlo en algo conocido.

Pero el libro, más allá de estos dos trabajos que inauguran y finalizan como dos polos, es un libro que tiene una dificultad de lectura. Tiene una gran diversidad conceptual, de esquemas teóricos y esa dificultad, decía yo, es al mismo tiempo su virtud, porque estamos acostumbrados a afiliarnos a dogmas y a escuelas cerradas. Tene-

mos un libro, tan abierto, tan plural, tan polifónico, tan lleno de sentidos abiertos, y nos sentimos regocijados porque sentimos que se trata del producto de un pensamiento vivo, un producto que está en elaboración, que clama por expresarse; y entonces mientras leía el libro, pensaba cómo haré para comentarlo, un libro donde Pichón Riviere, la teoría del Yo, esquemas del self, sociología de la cultura conviven. Pues bien, hagamos de esta dificultad una virtud y encontremos la plusvalía, el plus valor de la lectura. Busquemos en las diferencias, en la circulación de los trabajos y en las fricciones, y en la confrontación de los textos, un valor. Yo encontré el mío. Ustedes, que lo leerán, seguramente encontrarán el de ustedes. Pero, fíjense, en esa plusvalía hay coincidencias y diferencias.

Hay tres autores por ejemplo, que trabajan un tema importante para el psicoanálisis que es la falta, el vacío. Lo que produce el desarraigo, dicen ellos, es un cierto vacío, un cierto agujero en la subjetividad, que de alguna manera hay que tratar de resolver. Por ejemplo Alberto Grinberg dice «hay que tratar de transformar el vacío, que es «pura falta», puro agujero de nada; ese vacío, hay que transformarlo en agujero. «Llenemos» dice, el vacío con un borde que lo perimetre, que lo rodee, lo

bordee y que haga de ese vacío innominado, difuso y que tiende a succionar a la subjetividad, démosle al vacío un contorno con palabras, con pensamientos y hagámoslo agujero! Por su parte María I. Pazos de Winograd en su trabajo dice «el agujero de sentido hay que transformarlo en palabra plena a través del juego terapéutico. Un agujero de sentido que circula en las generaciones repitiendo voces que ella trabaja en lo transgeneracional, «lo no resuelto de generación en generación es forcluido, lo no elaborado de los padres y de los abuelos, retorna sintomáticamente como repetición gozosa y angustiante en la descendencia, hijos y nietos. Yelin habla de agujeros, zurcidos, suturas, ya no perimetrando, sino zurciendo, para poder desde allí, reconstituir el desgarramiento, el colapso, la tensión subjetiva que produce la migración. Para que ustedes vean cómo estos temas recurren, y van siendo procesados de igual y diferente manera.

Gian Franco Nicolussi habla de duelo normal y duelo patológico, ese trabajo intenta marcar, como a mí me gusta, una concepción de la salud y de la enfermedad. No todo duelo es patológico. Hay duelos normales. Y Gian Franco, marca la diferencia. La vicisitud procesada melancólicamente o la vicisitud normal. El habla con una

reminiscencia tanguera, que es hacer de la nostalgia un fetiche. Habla de aquellos que cultivan la nostalgia y que se regodean y sufren gozosamente y la sufren para no poder integrarse y no poder finalizar el duelo. Creo interesante el concepto de nostalgia como fetiche. Ese atrapamiento de uno en el pasado para vivir aferrado a un pasado que fue y que jamás volverá.

Graciela Spector, trata el complejo problema de perder y encontrar una nueva identidad. Una identidad cultural, sociológica, humana, de vínculos. Nosotros los que somos nietos de inmigrantes, sabemos lo que significa perder la identidad y luchar por recuperar otra, ese momento de renacimiento; ella habla de un inmigrante judío argentino que viaja a Israel, y trabaja esto desde un estudio lingüístico. Porque lo que el libro transmite es el intento de Silvio y sus colegas israelíes de transmitirnos a nosotros cómo la identidad está fundamentada y enlazada en un sustento lingüístico, cómo el idioma es el fundamento mismo de la identidad y cómo la apropiación de un nuevo idioma ataca la esencia misma del ser que habita en el lenguaje, como diría Heidegger. Es interesante, Itzighson en su trabajo toma una expresión de Rashi (siglo XI) que habla de la «disminución del nombre» tomando el mito

de Abraham que se va de Ur hacia Canaan. Habla de la disminución del nombre. El emigrado sufre una depravación lingüística que se expresa metafóricamente, en el empequeñecimiento del nombre, que es la palabra, el significante que singulariza en forma absoluta la particularidad intransferible del sujeto. Graciela Spector explica cómo a veces la dificultad para aprender el nuevo idioma se produce como un acto de lealtad con la vieja identidad étnica. Teme aprender el nuevo idioma por temor a ser inconsecuente con los ancestros y su filiación previa y detiene activamente el proceso de aprendizaje. Pero además, dice ella, «se disocia el problema del idioma y del acento». Se puede hablar literalmente un perfecto hebreo, pero con acento porteño, de Almagro, Boedo o Villa Crespo. Entonces el mensaje es «Yo hablo tanto hebreo como tú, pero por mi acento yo soy argentino. Soy uno de ustedes pero también no lo soy, soy de otro lugar. No crean que he traicionado a mi pasado». En nuestro país hemos visto a muchos inmigrantes que no lograron apropiarse del idioma.

No pude resumir a todos y a cada uno de los autores, Marta Giusti, trabajó el tema de la adolescencia, tema que actualmente tiene mucha importancia dada la partida de muchos jóvenes en bús-

queda de proyectos de vida, como así también hay una vívida remembranza de Marie Langer hecha por Gracchinsky Kohan, Langer, pionera del psicoanálisis en nuestro país, huida del nazismo y luego de la dictadura militar, con sus desarraigos, su producción y su escritura.

Para resumir debo decir que este libro es un aporte sustantivo al tema de la emigración y el exilio porque fue gestado en una tierra hecha de emigrantes, en el interior de la cultura judía, que está basada en el exilio de la palabra. No es casual que este libro haya tenido su germen en Jerusalén. Habla de la búsqueda de un arraigo en la lengua, del aferramiento a la escritura, como manera de sostenerse frente al desarraigo. Habla del exilio interior y exterior, de las intersecciones, de los límites, de los bordes, que es ahí donde se produce la mayor producción cultural. Aquellos lugares de intercambio donde se rompe el cautiverio narcisista de uno con uno. Autores como Kafka, Benjamin, o Levinas, escribieron en las intersecciones de las culturas. También Freud, con su espíritu judaico, escribía en alemán y recibió el premio Goethe. Recuperemos la mística que tiene que ver con el pensamiento de los bordes, límites y la producción en los confines, lo que es ajeno, que es lo que se afir-

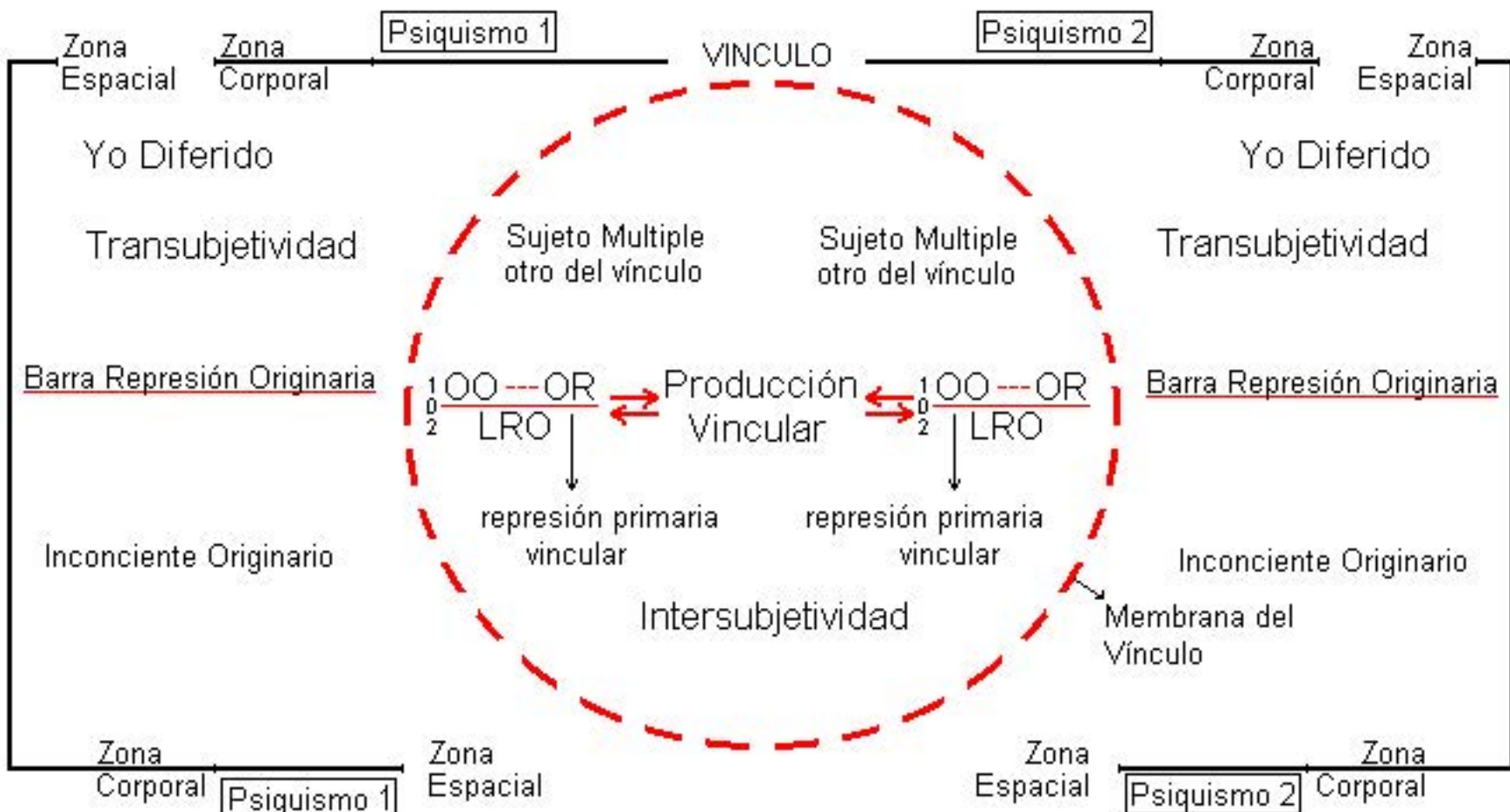
ma en el libro como patria universal. Un acto final comienza en una idea, dijo Silvio al comienzo de

esta noche. Que la potencia de las ideas de este libro nos lleve a nuevas acciones, a nuevas creaciones.

*José Milmaniene*



# Modelo 4: Psiquismo Y vinculo



# Modelo 4: Psiquismo Y vinculo

